

Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen



San Luis María Grignion de Montfort



Nuestra Señora del Perpetuo Socorro

Breve biografía del autor

SAN LUIS GRIGNION nació en Montfort, Francia, en 1673. Era el mayor de ocho hermanos. Desde muy joven se distinguió como gran devoto de la Santísima Virgen, y a la edad de 12 años ya la gente lo veía pasar largos ratos arrodillado ante la imagen de la Madre de Dios.

Con grandes sacrificios logró ir a estudiar al más famoso seminario de Francia, el seminario de Saint Sulpice en París, sobresaliendo como un seminarista totalmente mariano. Ya ordenado sacerdote, decidió celebrar su primera Misa en un altar de la Virgen, y durante muchos años la Catedral de Notre Dame de París fue su templo preferido y su refugio.

El santo dedicó todas sus grandes cualidades de predicador, de conductor de multitudes, de cantante y compositor a predicar misiones para convertir pecadores, viajando incansablemente por los distintos lugares de Francia anunciando el Evangelio y permitiendo la llegada de Dios Padre en el corazón de las personas.

A pie y de limosna se fue hasta Roma, pidiendo a Dios la eficacia de la palabra, y la obtuvo de tal manera que al oír sus sermones se convertían hasta los más endurecidos pecadores. El Papa Clemente XI lo recibió muy amablemente y le concedió el título de “Misionero Apostólico”, con permiso de predicar por todas partes.

El santo fundó una de las comunidades religiosas que han hecho grandes obras por la conversión de las almas: los *Padres Monfortianos*, a cuya comunidad le puso por nombre “Compañía de María”, y las *Hermanas de la Sabiduría*. San Luis además escribió uno de los libros que junto con “Las Glorias de María” de San Alfonso, ha llegado a ser uno de los libros más famosos que se han escrito acerca de la devoción a la Virgen María: el “**TRATADO DE LA VERDADERA DEVOCIÓN A LA VIRGEN MARÍA**”, obra que se ha propagado por todo el mundo con enorme provecho para sus lectores. Incluso el Papa Juan Pablo II tomó como lema una frase que repetía mucho este gran santo: “*Soy todo tuyo oh María, y todo cuanto tengo, tuyo es*”.

San Luis dio a la Iglesia las obras más grandes que se han escrito sobre la Virgen Santísima: además del mencionado “TRATADO...”, escribió “EL SECRETO DE LA VIRGEN” y “EL SECRETO DEL ROSARIO”. A estos

se añade *“A los Amigos de la Cruz”*. La Iglesia ha reconocido sus libros como expresión auténtica de la doctrina eclesial. El Papa Pío XII, quien canonizó a San Luis Grignion, dijo: “Son libros de enseñanza ardiente, sólida y auténtica.”

San Luis murió en Saint Laurent sur Sevre el 28 de Abril de 1716, a la edad de 43 años. Fue beatificado en 1888 y canonizado el 20 de Julio de 1947.



San Luis María Grignion de Montfort

Introducción del Santo

1. Es por la Santísima Virgen María que Jesucristo vino al mundo, y es también por Ella que Él debe reinar en el mundo.

2. María estuvo muy oculta en su vida: por esto el Espíritu Santo y la Iglesia la llaman *Alma Mater*, Madre oculta y escondida. Su humildad fue tan profunda, que Ella no tuvo en la tierra deseo más poderoso y continuo que ocultarse a toda criatura, para ser conocida sólo por Dios.

3. Para escucharla en las súplicas que Ella le hiciera, de dejarla oculta, empobrecida y humillada, Dios se regocijó ocultándola en su concepción, en su nacimiento, en su vida, en sus misterios, en su resurrección y ascensión, a las miradas de casi todas las criaturas humanas. Sus propios padres la desconocían, y aún los ángeles se preguntaban a menudo unos a otros: “*¿Quae est ista?*”... — ¿Quién es ésta? ya que el Altísimo se las ocultaba; o si les descubría alguna cosa, les ocultaba infinitamente más.

4. Dios Padre consintió que Ella no hiciese ningún milagro en su vida, al menos notable, a pesar de que le había comunicado su poder. Dios Hijo, convino en que no hablase casi nada, a pesar de haberle comunicado su sabiduría. Dios Espíritu Santo, en relación a su Esposa fiel, consintió que sus Apóstoles y Evangelistas hablasen muy poco de Ella, y sólo en la medida en que fuera necesario para conocer a Jesucristo.

5. María es la excelente obra maestra del Altísimo, quien se reserva para Sí mismo su conocimiento y posesión. María es la Madre admirable del Hijo, quien se complació en humillarla y ocultarla durante su vida, favoreciendo su humildad, tratándola con el nombre de mujer, “*mulier*”, como a una extraña, aunque en su corazón la estimara y amase más que a todos los ángeles y a los hombres. María es la fuente sellada (*Fons signatus...* Cant. 4,12 – “Huerto cercado eres, hermana esposa mía, huerto cercado, fuente sellada”) y la Esposa fiel del Espíritu Santo, donde nadie más que Él puede entrar. María es el santuario y el reposo de la Santísima Trinidad, donde Dios está más magnífica y divinamente que en ningún lugar del universo, sin exceptuar su morada entre los querubines y serafines; y no

está permitido entrar allí a ninguna criatura, a pesar de su pureza, a no ser por un gran privilegio.

6. Yo digo con los santos: La divina María es el paraíso terrestre del nuevo Adán, donde Él se encarnó por la acción del Espíritu Santo, para obrar allí maravillas incomprensibles; es el excelso y divino mundo de Dios, donde hay bellezas y tesoros inefables. Es la magnificencia del Altísimo, donde ha ocultado como en su seno a su Hijo único, y en Él, todo lo que hay de más excelente y precioso. ¡Oh! ¡Oh! Qué grandes y ocultas son las cosas que Dios Todopoderoso ha hecho en esta criatura admirable, según Ella misma es obligada a confesar, a pesar de su profunda humildad: *Fecit mihi magna qui potens est* (Lc. 1, 49) – “porque hizo en mi favor cosas grandes y maravillosas, el que es Todopoderoso”. El mundo no las conoce, porque es incapaz e indigno.

7. Los santos han dicho cosas admirables de esta ciudad santa de Dios; y, jamás fueron más elocuentes y alegres, según ellos mismos lo comentan, que cuando han manifestado sus excelencias. Después de esto, reconocen que la magnificencia de sus méritos –que Ella elevó hasta el trono de la divinidad– no es comprensible al humano entender; que la extensión de su caridad, que sobrepasa las dimensiones de la tierra, no se puede medir; que la grandeza de su poder, que Ella tiene hasta sobre el propio Dios, no se puede comprender; y, en fin, que la profundidad de su humildad y de todas sus virtudes y gracias, que son un abismo, no se pueden sondear. ¡Oh excelencia inefable e incomprensible! ¡Oh grandeza sin medida! ¡Oh abismo impenetrable!

8. Todos los días, de un rincón a otro de la tierra, en lo más alto de los cielos y en lo más profundo de los abismos, todo nos proclama y nos habla admirablemente de María. Los nueve coros angélicos, los hombres de todo sexo, raza, edad, condición y religión, sean buenos o malos, hasta los mismos diablos, son compelidos por la fuerza de la verdad a llamarla bienaventurada, de buen o mal grado. Todos los ángeles en el cielo, como nos dice San Buenaventura, incesantemente le cantan: *Sancta, sancta, sancta María, Dei Genitrix et Virgo*. Y le ofrecen millones de veces todos los días la salutación angélica: *Ave María...* etc., y postrándose ante Ella, le suplican su favor honrándolos con algunas de sus órdenes. El propio San Miguel, según San Agustín, siendo Príncipe de toda la corte celestial, es el más celoso en rendirle y hacerle rendir toda especie de honores, siempre a la espera

de tener la honra de ir, según su mandato, a prestar sus servicios a alguno de sus servidores.

9. Toda la tierra esta llena de su gloria, particularmente entre los cristianos, donde se la considera por tutelar y protectora de muchos reinos, provincias, diócesis y ciudades. Muchas catedrales son consagradas a Dios bajo su nombre. Ninguna iglesia siente la ausencia de un altar en su honor: ni comarca ni cantón donde no haya alguna de sus imágenes milagrosas, y toda clase de enfermedades por su intercesión sean curadas, y toda clase de bienes obtenidos. La exaltan tantas cofradías y congregaciones erigidas en su honor; tantas comunidades puestas bajo su nombre y protección, hermanos y hermanas de todas las cofradías, religiosos y religiosas de todas las órdenes que publican sus alabanzas y anuncian sus misericordias.

No hay un sólo niño que balbuciendo el Ave María deje de honrarla; ningún pecador, por endurecido que esté, que no conserve en su ser una centella de confianza en Ella; ni diablo en los infiernos, que aún temiéndola, no la respete.

10. Después de todo esto, es menester afirmar en verdad con los santos: *De Maria nunquam satis...*

No se ha suficientemente alabado, exaltado, honrado, amado y servido a María. Ella ha merecido aún más alabanzas, respetos, amor y servicios.

11. Es necesario decir, entonces, con el Espíritu Santo: *“Omnis gloria ejus filiae Regis ab intus”* (Sal. 44,14): – “Toda la gloria de la hija del Rey está en su interior”. Como si toda la gloria exterior que le rinden a porfía el cielo y la tierra no fuera nada, en comparación con la que Ella recibe en su interior del Creador, y que no puede ser conocida de las viles criaturas, impedidas de penetrar el secreto del Rey.

12. Según esto, debemos clamar con el Apóstol: *“Nec oculus vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit”* (1 Cor. 2, 9) – Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre comprendió las bellezas, las grandezas y excelencias de María, el milagro de los milagros (*Miraculum miraculorum...* San Juan Damasceno – Oratio I de Nativ. B. V. M.) de la gracia, de la naturaleza y de la gloria. Si queréis comprender a la Madre, dice un santo (San Euquerio), comprended al Hijo, pues ésta es la digna Madre de Dios: *“Hic taceat omnis lingua”* – Calle aquí toda lengua.

13. Mi corazón me ha dictado todo lo que acabo de escribir con particular alegría, para mostrar que la divina María ha sido desconocida hasta aquí, y que ésta es una de las razones por las cuales Jesucristo no es conocido como debería serlo. Por lo tanto, como con certeza el conocimiento y el reinado de Jesucristo deben llegar al mundo, éste no será sino la secuencia necesaria del reino de la santísima Virgen María, que lo trajo al mundo la primera vez, haciéndolo triunfar de forma reluciente en la segunda.



Capítulo I

Necesidad de la Devoción a la Santísima Virgen

14. Confieso con toda la Iglesia que no siendo María más que una pura criatura salida de las manos del Altísimo, comparada a su Majestad infinita, es menor que un átomo, no es nada, porque Él solamente es “el que Es” (Ex. 3, 14), y que en consecuencia, este gran Señor siempre independiente y suficiente en sí mismo, no ha tenido nunca absolutamente, ni aún ahora, necesidad de la Santísima Virgen para el cumplimiento de sus deseos y la manifestación de su gloria, ya que le basta su Voluntad para que todas las cosas sean hechas.

15. Entre tanto, afirmo que, puestas las cosas como ellas son, habiendo querido Dios comenzar y acabar sus grandes obras por medio de la Santísima Virgen desde que la formó, es de creer que no cambiará en nada su conducta por los siglos de los siglos, pues Él es Dios, y no cambia nada en sus sentimientos ni en su conducta.

Artículo I ■ Principios

★ 1^{ER} Principio:

Dios quiso valerse de María en la Encarnación

16. Dios Padre no dio a su único Hijo al mundo sino por María. A pesar de los suspiros que hayan exhalado los Patriarcas, de las peticiones que hicieron los Profetas y Santos de la antigua ley durante cuatro mil años para recibir ese tesoro, solamente María mereció y halló gracia delante de Dios por la fuerza de sus oraciones y la excelencia de sus virtudes. Siendo el mundo indigno – según enseña San Agustín – de recibir al Hijo de Dios inmediatamente de las manos del Padre, Él lo dio a María, a fin de que el mundo lo recibiera por Ella.

El Hijo de Dios se hizo hombre para nuestra salvación, pero en María y por María.

Dios Espíritu Santo formó a Jesucristo en María, pero después

de haberle pedido su consentimiento a través de uno de los primeros ministros de su corte.

17. Dios Padre comunicó a María su fecundidad en la medida en que una pura criatura fuere capaz de recibirla, para darle el poder de producir a su Hijo y a todos los miembros de su cuerpo místico.

18. Dios Hijo descendió en su seno virginal, como el nuevo Adán en su paraíso terrestre, para allí tener sus complacencias, y para allí obrar ocultamente las maravillas de su gracia. Dios hecho hombre ha encontrado su libertad en verse aprisionado en su seno; manifestó su fuerza dejándose llevar por esta pequeña doncella; encontró su gloria y la de su Padre ocultando sus esplendores a todas las criaturas de la tierra, no revelándolos más que a María; glorificó su independencia y majestad siendo dependiente de esta amable Virgen en su concepción, en su nacimiento, en su presentación en el templo, en su vida oculta durante treinta años, hasta su muerte, a la que Ella debía asistir, para no hacer con Ella más que un solo sacrificio, y para ser inmolado por su consentimiento al Padre eterno, como otrora Isaac por el consentimiento de Abraham a la voluntad de Dios. Es Ella quien lo amamantó, nutrió, levantó, educó y sacrificó por nosotros.

¡Oh admirable e incomprensible dependencia de un Dios, que el Espíritu Santo no pudo dejar en silencio en el Evangelio, a pesar de habernos ocultado casi todas las cosas admirables que esta Sabiduría encarnada ha hecho en su vida oculta, para mostrarnos el precio y la gloria infinita! Jesucristo ha dado a Dios su Padre más gloria por la sumisión que Él tuvo a su Madre durante treinta años, que la que le hubiese ofrendado convirtiendo todo el mundo, obrando las más grandes maravillas.

¡Oh, qué gran gloria damos a Dios cuando a ejemplo de Jesucristo, nuestro único modelo, nos sometemos a María para mejor agradecerle!

19. Si examinamos de cerca el resto de la vida de Jesucristo, constataremos que Él ha querido comenzar sus milagros por María. Santificó a San Juan en el seno de su madre Santa Isabel, por la palabra de María; inmediatamente Ella habló, Juan fue santificado, y fue su primero y gran milagro de gracia.

En las bodas de Caná convirtió el agua en vino a su humilde ruego, siendo su primer milagro de naturaleza. Por María comenzó y

continuó sus milagros, y hasta el final de los siglos los continuará por medio de María.

20. Siendo Dios Espíritu Santo estéril en la divinidad, es decir no produciendo ninguna otra persona divina, se volvió fecundo por María con quien se desposó. Es, efectivamente, con Ella y en Ella y de Ella, que Él ha producido su obra maestra, que es un Dios hecho hombre; y es también por medio de Ella, que Él produce todos los días hasta el fin del mundo a los predestinados y miembros del cuerpo de esa Cabeza adorable. He aquí el por qué cuanto más Él ve a María, su querida e indisoluble Esposa viviendo en un alma, más operante y poderoso se vuelve, para producir a Jesucristo en esta alma y a esta alma en Jesucristo.

21. No es propiamente que se quiera decir que la Santísima Virgen da al Espíritu Santo la fecundidad, como si Él no la tuviera, ya que siendo Dios, tiene la fecundidad o la capacidad de producir como el Padre y el Hijo, a pesar de no reducirla al acto y en consecuencia no produciendo ninguna otra Persona divina. Con esto quiero decir que el Espíritu Santo, por intermedio de la Santísima Virgen de quien Él quiere servirse, aunque de ello no tendría absolutamente ninguna necesidad, puso en acto su fecundidad, produciendo a Jesucristo y a todos sus miembros en Ella y por Ella: misterio de gracia desconocido incluso a los más sabios y espirituales de entre los cristianos.

★ 2º Principio:

*Dios quiere valerse de María
en la santificación de las almas*

22. La conducta que las tres Personas de la Santísima Trinidad tuvieron en la Encarnación y primera venida de Jesucristo, la guardan siempre y de una manera invisible en la Santa Iglesia, y continuará así hasta la consumación de los siglos, en la última venida de Jesucristo.

23. Dios Padre reunió en un lugar todas las aguas y las llamó mar; reunió todas sus gracias, y las llamó María. Este gran Dios tiene un tesoro o un almacén riquísimo, donde ha encerrado todo cuanto tiene de bello, esplendoroso, raro y precioso, incluso su propio Hijo; y este tesoro inmenso no es otro que María, a quien los santos llaman el tesoro del Señor, de cuya plenitud los hombres son enriquecidos.

24. Dios Hijo comunicó a su Madre todo lo que adquirió con su

vida y con su muerte, sus méritos infinitos y sus virtudes admirables, haciéndola tesorera de todo lo que su Padre le dio en herencia. Es por medio de Ella que Él aplica sus méritos a sus miembros, comunica sus virtudes y distribuye sus gracias; es su canal misterioso, el acueducto por el cual hace pasar suave y abundantemente sus misericordias.

25. Dios Espíritu Santo comunicó a María su fiel Esposa sus dones inefables, y la escogió para ser la dispensadora de todo cuanto Él posee: de tal forma que Ella distribuye a quien quiere, tanto cuanto quiere, como Ella quiere, y cuando quiere, todos sus dones y gracias, y no se da a los hombres ningún don celeste que no haya pasado por sus manos virginales, pues tal ha sido la voluntad de Dios, quien quiere que tengamos todo [por] María, ya que así será enriquecida, ensalzada y honrada del Altísimo, la que se empobreció, humilló y ocultó hasta el fondo de la nada, por su profunda humildad durante toda su vida. Estos son los sentimientos de la Iglesia y de los Santos Padres.

Si yo hablase a los soberbios e incrédulos de este tiempo, probaría con más extensión lo que acabo simplemente de afirmar, basado en la Sagrada Escritura y en los Santos Padres; reportaría a los pasajes latinos, aduciendo además muchas otras sólidas razones que podrían ser vistas en la *Triple corona de la Santísima Virgen* del R.P. Poiré. Pero como yo hablo particularmente a los humildes y sencillos –que siendo de buena voluntad y teniendo más fe que el común de los sabios, creen con más sencillez y con más mérito– me contento con declararles la verdad con simplicidad, sin detenerme en citar los pasajes latinos, que ellos no entienden –aunque no dejo de citar algunos– no sin poca búsqueda. Continuemos.

27. Como la gracia perfecciona la naturaleza, y la gloria perfecciona la gracia, es evidente que Nuestro Señor es aún en el cielo tan Hijo de María como lo era en la tierra, y que, en consecuencia, Él ha conservado la sumisión y obediencia del más perfecto de todos los hijos, en relación a la mejor de todas las madres. Pero es necesario tomar cuidado para no ver en esta dependencia cualquier rebajamiento o imperfección en Jesucristo, ya que María siendo infinitamente inferior a su Hijo, que es Dios, no lo manda como una madre de la tierra mandaría a su hijo, que en cuanto tal es inferior a ella. María, estando totalmente transformada en Dios por la gracia y la gloria que transforma en Él a todos los santos, no pide, ni quiere, ni hace nada que sea contrario a la eterna e inmutable voluntad de Dios. Cuando

leemos pues en los escritos de San Bernardo, San Bernardino, San Buenaventura, etc., que en el cielo y en la tierra, todo, hasta el mismo Dios, está sometido a la Santísima Virgen, ellos quieren decir que la autoridad que Dios ha querido voluntariamente dispensarle a María es tan grande, que se diría que Ella tiene la misma potestad que Él, y que sus oraciones y súplicas son tan poderosas ante Dios, que son como mandatos a la Majestad divina, que no resiste nunca a la oración de su querida Madre, pues Ella es siempre humilde y conforme a la voluntad del Señor.

Si Moisés por la fuerza de su oración detuvo la cólera de Dios sobre los israelitas de una manera tan poderosa, que este Altísimo e infinitamente misericordioso Señor, no pudiendo resistirle, le pidió que lo dejase encolerizar y castigar a aquel pueblo rebelde, ¿qué podríamos entonces pensar, con mayor razón, de la súplica de la humilde María, la digna Madre de Dios, que es más poderosa ante su Majestad que las oraciones e intercesión de todos los ángeles y santos del cielo y de la tierra?

28. María manda en los cielos sobre los ángeles y los bienaventurados. Como recompensa de su profunda humildad, Dios le ha dado el poder y el encargo de llenar de santos los tronos vacíos de los cuales cayeron por su orgullo los ángeles apóstatas. Tal es la voluntad del Altísimo que exalta a los humildes (Lc. 1, 52), que el cielo, la tierra y los infiernos se pliegan de buen o mal grado, a los mandatos de la humilde María, a quien Él ha colocado como soberana del cielo y de la tierra, generala de sus ejércitos, tesorera de sus bienes, dispensadora de sus gracias, realizadora de sus grandes maravillas, reparadora del género humano, medianera de los hombres, exterminadora de los enemigos de Dios y la fiel compañera de sus grandezas y de sus triunfos.

29. Dios Padre quiere hacerse hijos por María hasta el fin del mundo, y le dice estas palabras: *“In Jacob habita...”* (Eclo. 24, 13): – Habita en Jacob, es decir, haced vuestra morada y residencia en mis hijos y predestinados, figurados por Jacob, y de forma ninguna en los hijos del diablo y los réprobos, figurados por Esaú.

30. De igual manera que en la generación natural y corporal hay un padre y una madre, también en la generación sobrenatural y espiritual hay un padre que es Dios y una madre que es María. Todos los verdaderos hijos de Dios y los predestinados tienen a Dios por padre

y a María por madre, y quien no tiene a María por Madre, no tiene a Dios por Padre. Esta es la razón por la cual tanto los réprobos como los herejes y cismáticos, etc., que odian o miran con desprecio o indiferencia a la Santísima Virgen, no tienen a Dios por padre, aunque se gloríen de tenerlo, porque no tienen a María por madre: una vez que, si ellos la considerasen como tal, la amarían y honrarían como un verdadero hijo ama y honra naturalmente a su madre que le dio la vida.

El signo más infalible e indudable para distinguir a un hereje, un hombre de mala doctrina, un réprobo, de un predestinado, es que el hereje y el réprobo no tienen más que desprecio e indiferencia hacia la Santísima Virgen, procurando, por sus palabras y ejemplos, disminuirle el culto y el amor, abierta u ocultamente, y aún sirviéndose algunas veces de hermosos pretextos. ¡He ahí la razón por la cual Dios Padre no ha dicho a María que haga en ellos su morada, ya que son Esaús!

31. Dios Hijo quiere formarse, y por decirlo así, encarnarse todos los días por medio de su querida Madre, en sus miembros, y Él le dice: “*In Israel hereditare...*” (Eclo. 24, 13): Os doy a Israel por herencia. Que es como si dijese: Dios mi Padre me ha dado en herencia a todas las naciones de la tierra, a todos los hombres buenos y malos, predestinados y réprobos. Conduciré a los unos con la vara de oro, y a los otros, con la vara de hierro; seré el padre y abogado de aquellos, el justo vengador de éstos, y el juez de todos. Pero en cuanto a Vos, querida Madre, no tendréis por herencia y posesión vuestra más que a los predestinados, figurados por Israel; y como su buena madre, les daréis a luz, alimentaréis y educaréis; y como su soberana, los conduciréis, gobernaréis y defenderéis.

32. “Un hombre y un hombre ha nacido en Ella”, dice el Espíritu Santo: *Homo et homo natus est in ea*. (Sal. 86, 5). Según la explicación de algunos Padres, el primer hombre que nació de María es el Hombre-Dios, Jesucristo; el segundo es un hombre puro, hijo adoptivo de Dios y de María. Si Jesucristo, Cabeza de los hombres, nació en Ella, los predestinados, que son los miembros de esta Cabeza, deben también nacer de Ella, como consecuencia necesaria. Una misma madre no da a luz al mundo a la cabeza o al jefe sin los miembros, ni a los miembros sin la cabeza: de ese modo engendraría un monstruo de la naturaleza; de igual manera, en el orden de la gracia: la cabeza y los miembros nacen de una misma madre; y si un miembro del cuerpo

místico de Jesucristo, es decir, un predestinado, naciese de otra madre que no fuese María, quien produjo la Cabeza, no sería un predestinado, ni un miembro de Jesucristo, sino un monstruo en el orden de la gracia.

33. Más aún, siendo Jesucristo ahora y siempre el Hijo de María, según le repiten millares de veces todos los días el cielo y la tierra: *“Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús”* (Lc. 1, 42), es enteramente cierto que Jesucristo es para cada hombre que lo posee en particular, tan verdaderamente el fruto de la obra de María, como para todo el mundo en general. De suerte que, si algún fiel tiene a Jesucristo formado en su corazón puede atreverse a decir: “Mil gracias a María. Lo que yo poseo es su efecto y su fruto, y sin Ella yo no lo tendría”. Y a Ella pueden aplicarse con más razón, lo que San Pablo a sí mismo aplicaba en estas palabras: *“Quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis”* (Gal. 4, 19): Yo engendro todos los días a los hijos de Dios, hasta que Jesucristo, mi Hijo, sea formado en ellos en la plenitud de su edad. San Agustín, sobrepasándose a sí mismo y a todo cuanto acabo de decir, afirma que todos los predestinados, para ser conformes a la imagen del Hijo de Dios, permanecen en este mundo ocultos en el seno de la Santísima Virgen, donde son guardados, alimentados, mantenidos y desarrollados por esta buena Madre, hasta que Ella no los engendre para la gloria, después de la muerte, que es propiamente el día de su nacimiento, como la Iglesia llama a la muerte de los justos. ¡Oh misterio de gracia desconocido de los réprobos y poco conocido de los predestinados!

34. Dios Espíritu Santo quiere formarse en Ella y por Ella sus elegidos, y le dice: *“In electis meis mitte radices”* (Eclo. 24, 13) – Echad amada mía y Esposa mía, las raíces de todas vuestras virtudes en mis elegidos, a fin de que crezcan de virtud en virtud y de gracia en gracia. He tenido tantas complacencias con Vos mientras vivíais en la tierra practicando las más sublimes virtudes, que aún ahora deseo veros en la tierra, sin que dejéis de estar en el cielo. Para este efecto, reproducíos en mis elegidos. Que Yo vea en ellos complacido las raíces de vuestra fe invencible, de vuestra humildad profunda, de vuestra total mortificación, de vuestra oración sublime, de vuestra caridad ardiente, de vuestra firme esperanza, y de todas vuestras virtudes. Vos sois siempre mi Esposa tan fiel, tan pura y tan fecunda como siempre: que vuestra fe me dé fieles; que vuestra pureza me dé vírgenes; que vues-

tra fecundidad me dé elegidos y templos.

35. Cuando María ha dejado sus raíces en un alma, produce allí maravillas de gracia que sólo Ella puede obrar, pues solamente Ella es la Virgen fecunda, que no tuvo ni tendrá jamás semejante en pureza y fecundidad.

María produjo, con el Espíritu Santo, la cosa más grande que haya habido y habrá jamás, que es un Dios-Hombre, y producirá sucesivamente las más grandes cosas que habrá en los últimos tiempos. La formación y educación de los grandes santos que habrá hacia el fin del mundo le está reservada a Ella, ya que sólo esta singularísima y milagrosa Virgen puede producir, en unión con el Espíritu Santo, las cosas singulares y extraordinarias.

36. Cuando el Espíritu Santo, su Esposo, la encuentra en un alma, vuela allí y entra plenamente, se comunica a esta alma con abundancia, en cuanto ella da lugar a su Esposa; y una de las grandes razones por las que el Espíritu Santo no hace ahora maravillas asombrosas en las almas, es porque no encuentra en ellas una tan gran unión con su fiel e indisoluble Esposa. Digo indisoluble Esposa, ya que después de que este amor substancial del Padre y del Hijo se desposó con María para producir a Jesucristo, la Cabeza de los elegidos, y a Jesucristo en los elegidos, Él nunca la ha repudiado, pues Ella ha sido siempre fiel y fecunda.

Artículo II ■ Consecuencias

★ 1ª Consecuencia:

María es la Reina de los Corazones

37. De lo que acabamos de decir, se debe evidentemente concluir:

En primer lugar, que María recibió de Dios un gran dominio en las almas de los elegidos, pues Ella no puede hacer en ellos su residencia como Dios Padre le ha ordenado, formarlos, nutrirlos y engendrarlos a la vida eterna como madre suya, tenerlos por herencia y porción suya, formarlos en Jesucristo y a Jesucristo en ellos, dejar en su corazón las raíces de sus virtudes, y ser la compañera indisoluble del Espíritu Santo para todas estas obras de gracia. Me parece que Ella no podría hacer todas estas cosas, sino teniendo el derecho y dominio sobre sus almas por una singular gracia del Altísimo, que habiéndole

dado potestad sobre su Unigénito, se la ha dado también sobre sus hijos adoptivos, no sólo en cuanto al cuerpo, lo cual sería poco, sino también en cuanto al alma.

38. María es la Reina del cielo y de la tierra por obra de la gracia, como Jesucristo es Rey por naturaleza y derecho de conquista: ahora bien, como el reinado de Jesucristo consiste principalmente en el corazón o en el interior del hombre, según estas palabras: *“El reino de Dios está dentro de vosotros”* (Lc. 17, 21), de igual manera, el reinado de la Santísima Virgen es principalmente en el interior del hombre, o sea en su alma, y es principalmente en las almas donde Ella es más glorificada con su Hijo que en todas las criaturas visibles, de donde nosotros podemos llamarla como los santos *Reina de los Corazones*.

★ 2ª Consecuencia:

*María es necesaria a los hombres
para llegar a su último fin*

39. En segundo lugar, es necesario concluir que la Santísima Virgen *siendo necesaria a Dios* con una necesidad que llamamos hipotética, en consecuencia de su voluntad, es mucho más necesaria a los hombres para alcanzar su último fin. No se debe confundir la devoción a la Santísima Virgen con las devociones a los santos, como si no fuera más necesaria y sólo por supererogación.

1º. La devoción a la Santísima Virgen es necesaria a todos los hombres para salvarse

40. El docto y piadoso Suárez, de la Compañía de Jesús, el sabio y devoto Justo Lipsio, doctor de Lovaina y muchos otros, han probado irrefutablemente en concordancia con los sentimientos de los santos Padres, entre otros San Agustín, San Efrén, Diácono de Edesa, de San Cirilo de Jerusalén, de San Germán de Constantinopla, de San Juan Damasceno, de San Anselmo, San Bernardo, San Bernardino, Santo Tomás y San Buenaventura, que la devoción a la Santísima Virgen es necesaria para la salvación, y que es una señal infalible de reprobación –como sienten incluso Ecolampadio y algunos otros herejes– no tener estima y amor a la Santísima Virgen; siendo, por el contrario, clara señal de predestinación, entregársele entera, devota y verdaderamente.

41. Las figuras y palabras del Antiguo y Nuevo Testamento así lo prueban, los sentimientos y ejemplos de los santos lo confirman, la razón y la experiencia así lo enseñan y demuestran, los propios diablos y sus secuaces, movidos por la fuerza de la verdad, a pesar suyo han sido obligados a menudo a confesarlo. De todos los pasajes de los santos Padres y Doctores, de quienes he hecho un amplio recuento para probar esta verdad, no comentaré más que uno para no extenderme demasiado: *“Tibi devotum esse, est arma quaedam salutis quae Deus his dat quos vult salvos fieri...”* El seros devoto, ¡oh Santísima Virgen! –dice San Juan Damasceno– es un arma de salvación que Dios da a quienes quiere salvar.

42. Podría aquí relatar muchas historias que prueban la misma cuestión, entre otras: **1ª.** la que nos refieren las crónicas de San Francisco, de cuando él vio en éxtasis una gran escalera que iba hasta el cielo, al fin de la cual estaba la Santísima Virgen, y por la cual le fue indicado que era necesario subir para llegar al cielo; **2ª.** la que es relatada en las crónicas de Santo Domingo, en que se cuenta que quince mil demonios poseían el alma de un infeliz hereje, cerca de Carcasóna, donde Santo Domingo predicaba el Rosario. Confundidos, fueron obligados por mandato de la Santísima Virgen, a confesar muchas, grandes y consoladoras verdades referentes a su devoción, con tal fuerza y claridad, que aunque seamos poco devotos, no se puede leer esta auténtica historia, así como el panegírico que el diablo hizo a pesar suyo sobre la devoción a Ella, sin derramar lágrimas de alegría.

**2º. La devoción a la Santísima Virgen es
más necesaria todavía para quienes están
llamados a una perfección particular**

43. Si la devoción a la Santísima Virgen es necesaria a todos los hombres para alcanzar su salvación, lo es mucho más aún para aquellos que son llamados a una perfección particular; y no creo que una persona pueda adquirir una unión íntima con Nuestro Señor y una perfecta fidelidad al Espíritu Santo, sin una gran unión con la Santísima Virgen y una gran dependencia en su socorro.

44. Solamente María encontró gracia delante de Dios (Lc. 1, 30) sin ayuda de ninguna criatura. Sólo por intermedio de Ella han encontrado gracia delante de Dios aquellos que después de Ella la han

hallado, y sólo por Ella la tendrán aquellos que en lo sucesivo la han de hallar. Ella era llena de gracia cuando fue saludada por el arcángel San Gabriel (Lc. 1, 28), y fue super abundantemente llena de gracia por el Espíritu Santo cuando la cubrió con su sombra inefable (Lc. 1, 35); y de tal manera ha aumentado de día en día y de momento en momento esta doble plenitud, que llegó a un grado de gracia inmensa e inconcebible, de tal forma que el Altísimo la hizo única tesorera de sus riquezas, y la única dispensadora de sus gracias, para ennoblecer, elevar y enriquecer a quien quiere, para hacer entrar a quien desea por la vía estrecha del cielo, para permitir la entrada, a pesar de todo, por la puerta angosta de la vida a quien desea, y dar el trono, el cetro y la corona de rey a quien Ella quiere. Jesús es en todas partes y siempre el fruto y el Hijo de María; y María es en todo lugar y siempre el verdadero árbol que lleva el fruto de la vida, y la verdadera madre que lo produce. (Ver No. 33)

45. Solamente a María entregó Dios las llaves de las bodegas (Cant. 2, 4) del divino amor, y el poder de entrar en las vías más sublimes y secretas de la perfección, y allí hacer entrar a los otros. María solamente es quien da la entrada en el Paraíso celeste a los miserables hijos de Eva, la infiel, para allí pasearse agradablemente con Dios, para ocultarse con seguridad de sus enemigos, para allí alimentarse deliciosamente y sin temer la muerte, del fruto de los árboles de la vida y de la ciencia del bien y del mal, y poder beber a grandes tragos de las aguas celestiales de esta bella fuente que allí brota con abundancia; o mejor aún, como Ella misma es este paraíso terrestre, o esta tierra virgen y bendita de la que Adán y Eva pecadores fueron expulsados, no permite la entrada en sí misma más que a aquellos y a aquellas que son de su agrado, para hacerles santos.

46. Todos los ricos del pueblo, para servirme de la expresión del Espíritu Santo (Sal. 44, 13) —según la explicación de San Bernardo— todos los ricos del pueblo suplicarán vuestra mirada de siglo en siglo, y más especialmente al fin del mundo; o sea, que los más grandes santos, las almas más ricas en gracia y en virtud, serán las más asiduas en pedir a la Santísima Virgen, y en tenerla siempre presente como su perfecto modelo de imitación, y su ayuda poderosa para socorrerlas.

47. Todo lo que he dicho sucederá especialmente al final del mundo, y bien pronto. Ya que el Altísimo con su Santísima Madre deben formarse grandes santos que sobrepasarán en santidad a la mayor

parte de los otros santos, como los cedros del Líbano sobrepujan a los pequeños arbustos, según ha sido revelado a una alma santa, cuya vida fue escrita por M. de Renty.

48. Estas grandes almas, llenas de gracia y de celo, serán escogidas para oponerse a los enemigos de Dios que bramarán de todos lados, y serán singularmente devotas de la Santísima Virgen, esclarecidas por su luz, alimentadas con su leche, conducidas por su espíritu, sostenidas por su brazo y guardadas bajo su protección, de tal modo que combatirán con una mano y edificarán con la otra (Neh 4, 17). Con una mano combatirán, derribarán, aplastarán a los herejes con sus herejías, a los cismáticos con sus cismas, a los idólatras con sus idolatrías, y a los pecadores con sus impiedades; y, con la otra mano edificarán el templo del verdadero Salomón y la mística ciudad de Dios, es decir la Santísima Virgen, llamada por los Santos Padres *el templo de Salomón y la ciudad de Dios*. Ellos conducirán a todo el mundo, con sus palabras y ejemplos, a la verdadera devoción a María, lo que les atraerá muchos enemigos, pero también muchas victorias y gloria para Dios sólo. Esto ha sido revelado por Dios a San Vicente Ferrer, gran apóstol de su siglo, conforme él mismo lo ha resaltado claramente en una de sus obras.

Es lo que el Espíritu Santo parece haber predicho en el Salmo 58 (14-16) cuyas palabras son: *“Et scient quia Deus dominabitur Jacob et finium terrae; convertentur ad vesperam, et famem patientur ut canes, et circuibunt civitatem* (Versos 14 y 15) – El Señor dominará en Jacob y en toda la tierra, ellos se convertirán en el atardecer y sufrirán el hambre como los perros e irán alrededor de la ciudad buscando qué comer”. Esta ciudad que los hombres encontrarán al fin del mundo para convertirse y saciar su hambre de justicia, es la Santísima Virgen, quien es llamada por el Espíritu Santo villa y ciudad de Dios (Sal., 86, 3).

3º. La devoción a la Santísima Virgen será más especialmente necesaria en esos últimos tiempos

I. PAPEL ESPECIAL DE MARÍA EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

49. Por María comenzó la salvación del mundo, también por María debe ser consumada. Ella prácticamente no apareció en la prime-

ra venida de Jesucristo, a fin de que los hombres aun poco instruidos y esclarecidos sobre la Persona de su Hijo, no se alejasen de la verdad, aferrándose intensa e imperfectamente a Ella, lo que aparentemente sucedería si hubiera sido conocida, por causa de los encantos admirables que el Altísimo puso aún en su exterior, lo que es tan verdadero, que San Dionisio el Areopagita nos dejó escrito que cuando la vio, la habría tomado por una divinidad –a causa de sus secretos encantos y su belleza incomparable– si la fe en la cual estaba confirmado no le hubiera enseñado lo contrario. Pero, en la segunda venida de Jesucristo, María debe ser conocida y revelada por el Espíritu Santo, para que por su intermedio sea mejor conocido, amado y servido Jesucristo. No subsistirán más las razones que lo llevaron a ocultar a su Esposa durante su vida, y a no manifestarse a su propósito sino raras veces desde que se predicó el Evangelio.

50. Dios quiere entonces revelar y descubrir a María, la obra prima de sus manos, en estos últimos tiempos.

1º – Porque Ella se ocultó en este mundo, colocándose más bajo que el polvo por su profunda humildad, habiendo obtenido de Dios, de sus Apóstoles y Evangelistas, que de Ella nada fuese manifestado.

2º – Porque siendo la obra prima de las manos de Dios –tanto aquí abajo por la gracia, como en el cielo por la gloria– quiere en Ella ser glorificado y alabado en la tierra por los mortales.

3º – Como Ella es la aurora que precede y descubre al Sol de justicia, Jesucristo, debe ser conocida y vista para que también Jesucristo lo sea.

4º – Siendo María el camino por el cual Jesucristo vino a nosotros la primera vez, Ella lo será también cuando venga la segunda, aunque no de la misma forma.

5º – Siendo Ella el medio seguro y la vía recta e inmaculada para ir a Jesucristo y encontrarlo perfectamente, también por Ella lo han de hallar las almas santas que deben resplandecer en santidad. El que hallare a María, hallará la vida (Prov. 8, 35), es decir a Jesucristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn. 14, 6); pero no se puede encontrar a María cuando no se la busca; no se puede buscar, cuando no se la conoce; pues no se busca ni se desea un objeto desconocido. Es necesario entonces que María sea más conocida que nunca, para el mayor conocimiento y gloria de la Santísima Trinidad.

6º – María debe brillar más que nunca en misericordia, en fuerza y en gracia, en estos últimos tiempos: en misericordia, para reconducir y recibir amorosamente a los pobres pecadores y desviados que se convertirán y volverán a la Iglesia Católica; en fuerza contra los enemigos de Dios, los idólatras, cismáticos, mahometanos, judíos e impíos obstinados, quienes se rebelarán de forma terrible seduciendo y haciendo caer, sirviéndose de promesas y amenazas, a todos aquellos que les fueren contrarios; en fin, Ella debe resplandecer en gracia, animando y sosteniendo a los valientes soldados y fieles servidores de Jesucristo que combatirán por sus intereses.

7º – Por último, María ha de ser terrible para el diablo y sus secuaces como un ejército formado en batalla, principalmente en estos últimos tiempos, pues el diablo, sabiendo perfectamente que le queda poco tiempo y mucho menos que nunca para perder a las almas, redobla sus esfuerzos y combates; y ha de suscitar rápidamente crueles persecuciones, poniendo terribles acechanzas a los fieles servidores e hijos de María, a quienes con más dificultad le cuesta vencer.

51. Es principalmente de estas últimas y crueles persecuciones del diablo, que aumentarán cada día hasta el reino del anticristo, de las que se debe entender la primera y célebre predicción y maldición de Dios, fulminada contra la serpiente en el paraíso. Es el propósito de explicarlo aquí para gloria de la Santísima Virgen, salvación de sus hijos y confusión del diablo.

“Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius; ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus” (Gen. 3, 15): Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo, ella te aplastará la cabeza, y tú pondrás acechanzas a su calcañar.

52. Dios no ha hecho ni formado nunca más que una sola enemistad, pero irreconciliable, la cual durará e incluso aumentará hasta el fin: es entre María su digna Madre, y el diablo; entre los hijos y servidores de la Santísima Virgen y los hijos y secuaces de Lucifer; de tal manera que la más terrible enemiga que Dios haya creado contra el diablo es María, su santa Madre. Él mismo le ha dado desde el paraíso terrestre, aunque Ella no existiese sino en su pensamiento, tanto odio contra este maldito enemigo suyo, tal capacidad para descubrir la malicia de esta antigua serpiente, tanta fuerza para vencer, aterrar y aplastar a este orgulloso impío, que éste la teme, no sólo más que a todos los ángeles y hombres, sino en cierto sentido, más que al propio

Dios. Esto no propiamente porque la ira, el odio y el poder de Dios no sean infinitamente más grandes que los de la Santísima Virgen, ya que las perfecciones de María son limitadas, sino, en primer lugar, porque Satán siendo orgulloso, sufre infinitamente más en ser vencido y castigado por una pequeña y humilde sierva de Dios, y su humildad lo humilla más que el poder divino; en segundo lugar, porque Dios ha otorgado a María tan gran poder contra los diablos, que más temen ellos –como a menudo han sido obligados a confesar a pesar suyo por la boca de los posesos– uno sólo de sus suspiros en favor de cualquier alma, que las oraciones de todos los santos; y una sólo de sus amenazas contra ellos, que todos los otros tormentos.

53. Lo que Lucifer ha perdido por orgullo, María lo ganó por su humildad; lo que Eva condenó y perdió por su desobediencia, lo ha salvado María por su obediencia. Eva, obedeciendo a la serpiente, perdió a todos sus hijos con ella entregándoselos a este infernal dragón; María, habiéndose conservado perfectamente fiel a Dios, con Ella ha salvado a todos sus hijos y servidores, y los ha consagrado a su Majestad.

54. Dios ha creado no solamente una enemistad, sino *enemistades*, y no sólo entre María y el demonio, sino también entre la descendencia de la Santísima Virgen y la del diablo. Es decir, Dios ha puesto enemistades, antipatías y odios secretos entre los verdaderos hijos y servidores de la Santísima Virgen, y los hijos y esclavos del diablo: por esta razón, ellos no se aman mutuamente, ni tienen correspondencia interior unos con otros. Los hijos de Belial, los esclavos de Satán, los amigos del mundo (ya que esto es la misma cosa), han perseguido siempre hasta el presente, y perseguirán más que nunca a aquellos y a aquellas que pertenecen a la Santísima Virgen, como otrora Caín persiguió a su hermano Abel, y Esaú a su hermano Jacob, que son prefigura de los réprobos y de los predestinados. Pero la humilde María obtendrá siempre la victoria sobre este orgulloso, y de manera tan rotunda, que Ella le aplastará la cabeza en la cual reside su orgullo, Ella descubrirá siempre la malicia de la serpiente, haciendo claras sus malicias infernales, disipará sus consejos diabólicos, y librará a sus fieles siervos, hasta el fin de los tiempos, de sus garras crueles.

Pero el poder de María sobre todos los diablos brillará particularmente en los últimos tiempos, en que Satán pondrá acechanzas a su talón, es decir, a sus humildes esclavos y a sus pobres hijos que Ella

suscitará para hacerle la guerra. Ellos serán pequeños y pobres según el mundo, y rebajados delante de todos como el talón, hollados y perseguidos, como el talón lo es en relación a los demás miembros del cuerpo; pero, a cambio de ello, serán ricos en gracias de Dios que María les distribuirá abundantemente; grandes y de santidad relevante delante de Dios, superiores a toda criatura por su celo inflamado, y tan fuertemente apoyados en el socorro divino, que con la humildad de su talón en unión con María, aplastarán la cabeza del diablo y harán triunfar a Jesucristo.

2. LOS APÓSTOLES DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

55. Finalmente, Dios quiere que su Santísima Madre sea ahora más conocida, más amada, más honrada de lo que ha sido; lo que será posible sin lugar a dudas, si los predestinados entran, con la gracia y la luz del Espíritu Santo, en la práctica interior y perfecta que yo les descubriré a continuación. Para entonces, ellos verán claramente en la medida que la fe lo permite, a esta bella estrella del mar, y siguiendo su conducta llegarán a puerto seguro a pesar de las tormentas y los piratas. Podrán conocer las grandezas de esta soberana, y se consagrarán enteramente a su servicio en calidad de súbditos y esclavos de amor. Experimentarán sus dulzuras y bondades maternas, y la amarán tiernamente como sus hijos predilectos. Conocerán las misericordias de que está llena, y podrán acudir a Ella en todas sus cosas, como a su querida abogada y medianera ante Jesucristo; sabrán que Ella es el medio más seguro, corto y perfecto para ir a Jesucristo, y se entregarán a Ella en cuerpo y alma, sin reserva, para pertenecer también a Él.

56. Pero, ¿Qué serán estos siervos, esclavos e hijos de María? Serán un fuego abrasador, ministros del Señor, que encenderán el fuego del amor divino por todas partes.

Serán *sicut sagitae in manu potentis*, como flechas agudas en las manos de la poderosa María, para atravesar a sus enemigos.

Serán hijos de Leví, purificados por el fuego de grandes tribulaciones, y unidísimos a Dios, que llevarán el oro del amor en el corazón, el incienso de la oración en el espíritu, y la mirra de la mortificación en el cuerpo, y que serán por todas partes el buen olor de Jesucristo para los pobres y los pequeños, mientras que serán olor de

muerte para los grandes, ricos y orgullosos mundanos.

57. Serán como nubes tronadoras que vuelan por los aires al menor soplo del Espíritu Santo, que sin apegarse a nada, ni asombrarse de nada, ni inquietarse por nada, repartirán la lluvia de la palabra de Dios y de la vida eterna; tronarán contra el pecado, retumbarán contra el mundo, golpearán al diablo y sus secuaces, y atravesarán de un lado a otro para la vida o la muerte, con la espada de dos filos de la palabra de Dios, a todos aquellos a los que serán enviados de parte del Altísimo.

58. Serán los apóstoles verdaderos de los últimos tiempos, a quienes el Señor de las virtudes dará la palabra y la fuerza para obrar maravillas, y conseguir gloriosos triunfos sobre los despojos de sus enemigos; dormirán sin oro ni plata, y lo que es más, sin cuidado, en medio de los otros sacerdotes, eclesiásticos y clérigos, *inter medios cleros* (Sal. 67, 14) y entre tanto, tendrán las alas plateadas de la paloma, para ir con la pura intención de la gloria de Dios y la salvación de las almas, donde el Espíritu Santo los llamare, no dejando detrás suyo en los lugares donde hayan predicado, sino el oro de la caridad, que es el cumplimiento de toda ley (Rom. 13, 10).

59. En fin, sabemos que serán verdaderos discípulos de Jesucristo, marchando sobre las huellas de su pobreza, humildad, menosprecio del mundo y caridad, enseñando el camino estrecho de Dios en su pura verdad según el Santo Evangelio, y no según las máximas del mundo, sin inquietarse ni hacer acepción de nadie, sin exceptuar, escuchar ni temer a ningún mortal, por más poderoso que sea. Tendrán en su boca la espada de dos filos de la palabra de Dios; llevarán sobre sus espaldas el estandarte ensangrentado de la Cruz, el Crucifijo en la mano derecha, el Rosario en la izquierda, los sagrados nombres de Jesús y de María sobre su corazón, y la modestia y mortificación de Jesucristo en toda su conducta.

He ahí los grandes hombres que vendrán, que serán hechos por María siguiendo las órdenes del Altísimo, para extender su imperio sobre el de los impíos, idólatras y mahometanos. ¿Cuándo y cómo será ésto?... Sólo Dios lo sabe: A nosotros sólo nos corresponde callar, rogar, suspirar y esperar: *Exspectans exspectavi* (Sal. 39, 2).

Capítulo II

Verdades fundamentales de la Devoción a la Santísima Virgen

60. Habiendo tratado hasta aquí algo sobre la necesidad que tenemos de la devoción a la Santísima Virgen, es preciso decir en qué consiste esta devoción, y esto lo haré con la ayuda de Dios, después de dejar como presupuesto algunas verdades fundamentales, que darán luz a esta grande y sólida devoción que quiero descubrir.

Artículo I ■

Cristo es el fin último de la devoción a la Santísima Virgen

★ Primera Verdad

61. Jesucristo nuestro Salvador, verdadero Dios y verdadero hombre, debe ser el fin último de todas nuestras devociones; de otro modo, ellas serían falsas e ilusorias. Jesucristo es el *alpha* y el *omega*, el principio y el fin de todas las cosas. Nosotros no trabajamos, como nos enseña el Apóstol, sino para hacer a todos los hombres perfectos en Jesucristo, pues es sólo en Él donde habita toda la plenitud de la divinidad, así como todas las otras plenitudes de gracias, virtudes y perfecciones; porque sólo en Él hemos sido bendecidos con todas las bendiciones espirituales; porque Él es nuestro único Maestro que debe enseñarnos, nuestro único Señor de quien debemos depender, nuestra única Cabeza a la cual debemos estar unidos, nuestro único Modelo según el cual debemos conformarnos, nuestro único médico que puede curarnos, nuestro único Pastor que nos ha de alimentar, el Camino único que debe conducirnos, nuestra única Verdad que debemos creer, nuestra única Vida que debe vivificarnos, y nuestro único Todo que en todas las cosas nos debe ser suficiente. Debajo del cielo no ha sido dado otro nombre que el nombre de Jesús, por el cual debemos conseguir nuestra salvación. Dios no nos ha dado otro fundamento para nuestra salvación, para nuestra perfección y nuestra

gloria, que Jesucristo: todo edificio que no esté fundamentado en esta piedra firme, está cimentado sobre arena movediza, y tarde o temprano caerá infaliblemente. Todo fiel que no esté unido a Él como un sarmiento a la cepa de la vid, caerá, secará, y sólo servirá para ser echado al fuego. Fuera de Él sólo hay extravío, mentira, iniquidad, inutilidad, muerte y condenación. Si permanecemos en Jesucristo y Jesucristo en nosotros, no tendremos que temer condenación alguna. Ni los ángeles del cielo, ni los hombres de la tierra, ni los demonios del infierno, ni criatura alguna podrá hacernos daño, porque no puede separarnos de la caridad de Dios que está en Jesucristo. Por Jesucristo, con Jesucristo, en Jesucristo, podemos todas las cosas: rendir todo honor y gloria al Padre, en la unidad del Espíritu Santo; ser perfectos, y en relación a nuestro prójimo, ser un buen olor de vida eterna. (2 Cor. 2, 15-16).

62. Si nosotros, pues, establecemos la devoción a la Santísima Virgen, no es por otra cosa que para establecer más perfectamente la de Jesucristo, y para ofrecer un medio fácil y seguro de encontrar a Jesucristo. Si la devoción a la Santísima Virgen nos alejase de Jesucristo, sería preciso rechazarla como una ilusión del diablo; pero es necesario afirmar lo contrario, como ya he hecho ver, y demostraremos también por delante: esta devoción no nos es necesaria sino para encontrar más perfectamente a Jesucristo, amarlo tiernamente y servirlo con fidelidad.

63. Hacia Vos me vuelvo aquí un momento, ¡Oh mi amable Jesús! para quejarme amorosamente a vuestra divina Majestad, de que la mayor parte de los cristianos, aún los más instruidos, desconocen la ligación necesaria que existe entre Vos y vuestra Santa Madre. Vos estáis siempre con María, Señor, y María está siempre con Vos, y no puede estar sin Vos: de otro modo, Ella dejaría de ser lo que es; pues Ella es de tal manera transformada por la gracia en Vos, que ni vive ni es nada en realidad; sino que sois Vos solamente, ¡Oh mi Jesús! quien vivís y reináis en Ella más perfectamente que en todos los ángeles y bienaventurados. ¡Ah! Si se conociera la gloria y el amor que Vos recibís de esta admirable criatura, se tendría de Vos y de Ella otros sentimientos que al presente no se tienen. Ella os es tan íntimamente unida, que se separaría primero la luz del sol y el calor del fuego; pero digo más aún: antes se separarían de Vos todos los ángeles y los santos, que la divina María; porque Ella os ama más

ardientemente y os glorifica más perfectamente que todas vuestras demás criaturas reunidas.

64. Después de esto, ¡Oh mi amable Maestro! ¿No es una cosa asombrosa y digna de lástima, ver la ignorancia y tinieblas que todos los hombres de la tierra tienen en relación a vuestra Santa Madre? No hablo tanto de los idólatras y paganos que no conociéndolos, se descuidan de conocerla a Ella. No hablo tampoco de los herejes y cismáticos, que habiéndose separado de Vos y de vuestra Santa Iglesia, no se cuidan de cultivar la devoción a vuestra Santa Madre. Hablo, sí, de los cristianos católicos, y aún de los doctores entre los católicos, que haciendo profesión de enseñar las verdades a los otros, no os conocen a Vos ni a vuestra Santa Madre, a no ser de una manera especulativa, seca, estéril e indiferente. Estos señores no hablan a no ser raramente de vuestra Santa Madre, y de la devoción que se le debe tener, porque temen según dicen, que se abuse de ello, haciéndolos injuria, al honrar excesivamente a vuestra Santa Madre. Si ellos ven u oyen a algún devoto de la Santísima Virgen, que habla a menudo de la devoción a esta buena Madre, de una manera tierna, intensa y persuasiva, como de un medio seguro sin ilusión, un camino corto sin peligro, una senda inmaculada sin imperfección, y un secreto maravilloso para encontraros y amaros perfectamente, claman contra él y le esgrimen miles de razones falsas para probarle que no es conveniente hablar tanto de la Santísima Virgen, que hay grandes abusos en esta devoción, siendo menester aplicarse para destruirlas, y hablar de Vos antes que llevar a los pueblos hacia la devoción a Ella, a quien aman ya demasiado.

Se les oye hablar algunas veces de la devoción a vuestra Santa Madre, pero no para establecerla ni inculcarla, sino para destruir los abusos que de ella se cometen, en tanto que carecen de piedad y tierna devoción hacia Vos, una vez que no la tienen hacia María. Miran el Rosario, el escapulario y la corona como devociones de mujercitas, propias de ignorantes, sin las cuales se puede uno salvar; y si cayese en sus manos algún devoto de la Santísima Virgen, que rece la Corona (cinco Misterios) o tenga alguna otra práctica de devoción a Ella, se esforzarán por modificarle rápidamente su espíritu y su corazón: en lugar de la Corona, le aconsejarán rezar los siete Salmos; y en lugar de la devoción a la Santísima Virgen, le inculcarán la devoción a Jesucristo.

¡Oh mi amable Jesús! ¿Estas gentes tienen vuestro espíritu? ¿Os

agradan actuando así? ¿Os complace que dejen de hacer todos los esfuerzos para honrar a vuestra Madre, por temor de ofenderos? ¿La devoción a nuestra Santa Madre impide tenerla hacia Vos? ¿Acaso se atribuye Ella la honra que se le rinde? ¿Acaso forma bando aparte? ¿Es tal vez una extraña sin relación alguna con Vos? ¿Agradarla a Ella os desagrada? ¿Es quizá separarse o alejarse de vuestro amor, quien a Ella se entregare y le amare?

65. Sin embargo, ¡mi amable Maestro!, la mayor parte de los sabios, en castigo a su orgullo, no se alejarían más de la devoción a vuestra Santa Madre ni demostrarían más indiferencia hacia Ella, si todo lo que acabo de exponer fuese verdad. Guardadme Señor, guardadme de sus sentimientos y sus prácticas, y concededme alguna parte de los sentimientos de reconocimiento, estima, respeto y amor que Vos albergáis en relación a Ella, a fin de que yo os ame y glorifique tanto más, cuanto más os imitare y siguiere de cerca.

66. Si hasta aquí aún yo no hubiera dicho nada en honor de vuestra Santísima Madre, dadme la gracia de alabarla dignamente: *Fac me digne tua Matrem collaudare*, a pesar de todos sus enemigos –que son los vuestros– y que yo pueda decirles en alta voz con los santos: *Non praesumat aliquis Deum se habere propitium qui benedictam Matrem offensam habuerit* – “No presuma obtener la misericordia de Dios aquel que ofende a su Santísima Madre”.

67. Y para obtener de vuestra misericordia una verdadera devoción a vuestra Santísima Madre, e inspirarla a toda la tierra, haced que os ame ardientemente, y recibid para ello la súplica ardiente que os hago con San Agustín y vuestros verdaderos amigos:

“Tu es Christus, Pater meus sanctus, Deus meus pius, rex meus magnus, pastor meus bonus, magister meus unus, adiutor meus optimus, dilectus meus pulcherrimus, panis meus vivus, sacerdos meus in aeternum, dux meus ad patriam, lux mea vera, dulcedo mea sancta, via mea recta, sapientia mea praeclara, simplicitas mea pura, concordia mea pacifica, custodia mea tota, portio mea bona, salus mea sempiterna...”

“Christe Jesu, amabilis Domine, cur amavi, quare concupivi in omni vita mea quidquam praeter te Jesum Deum meum? Ubi eram quando tecum mente non eram? Jam ex hoc nunc, omnia desideria mea, incalescite et effluite in Domine Jesum;

curríte, satis hactenus tardastis; properate quo pergitis; quaeriti quem quaeritis. Jesu qui non amat te anathema sit; qui te non amat amaritudinibus repleatur... O dulcis Jesu, te amet, in te delectetur, te admiretur omnis sensus bonus tuae conveniens laudi. Deus cordis mei et pars mea, Christe Jesu, deficiat cor meum spiritu suo, et vivas tu in me, et concalescat in spiritu meo vivos carbo amoris tui, et excrescat in ignem perfectum; ardeat jugiter in ara ordis mei, ferveat in medullis meis, flagret in absconditis animae meae; in diae consummationis meae consummatus inveniar apud te.

Amen.

[“Tú eres, ¡oh Cristo!, mi Padre santo, mi Dios misericordioso, mi rey poderoso, mi buen pastor, mi único maestro, mi mejor ayuda, mi amado hermosísimo, mi pan vivo, mi sacerdote por la eternidad, mi guía hacia la patria, mi luz verdadera, mi dulzura santa, mi camino recto, mi Sabiduría preclara, mi humilde simplicidad, mi concordia pacífica, mi protección total, mi preciosa herencia, mi salvación eterna.

¡Cristo Jesús, Señor amabilísimo! ¿Por qué habré deseado otra cosa en mi vida fuera de Ti? ¿Dónde estaba yo cuando no pensaba en Ti? Deseos todos de mi corazón, inflámense y desbórdense desde ahora hacia el Señor Jesús; corran, que mucho tardaron ya; apresúrense hacia la meta, busquen al que buscan.

¡Oh Jesús! ¡Anatema el que no te ama! ¡Rebose de amargura quien no te quiera! ¡Dulce Jesús, que todo buen corazón dispuesto a la alabanza te ame, se deleite en Ti, se admire ante Ti!

¡Dios de mi corazón y porción mía, Cristo Jesús! Que desfallezcan los alientos de mi pecho y vivas Tú en mí, y se enciendan en mi espíritu las brasas vivas de tu amor, creciendo hasta convertirse en fuego perfectísimo; que éste arda siempre en el altar de mi corazón, hierva en mis entrañas e incendie lo íntimo de mi alma, para que en el día de mi muerte me presente ante Ti consumido por tu amor. Así sea.”]

He querido poner en latín esta oración de San Agustín a fin de que quienes lo entiendan, la recen todos los días para suplicar el amor de Jesús que buscamos por medio de la divina María.

Artículo II ■

Perteneceemos a Cristo y a María en calidad de esclavos

★ Segunda Verdad

68. De lo que Jesucristo es para nosotros, es necesario concluir conforme dice el Apóstol, que en nada nos pertenecemos (1 Cor. 6, 19), sino enteramente a Él, como miembros suyos y sus esclavos, que a precio infinitamente caro Él ha comprado con el precio de toda su Sangre. Antes del bautismo pertenecíamos al diablo en calidad de esclavos; y el bautismo nos ha hecho verdaderos esclavos de Jesucristo, que no deben vivir, trabajar y morir sino a fin de fructificar para este Dios Hombre (Rom. 7, 4), glorificarlo en nuestro cuerpo y hacerlo reinar en nuestra alma, ya que somos su conquista, su pueblo adquirido y su herencia. Por esta misma razón, el Espíritu Santo nos compara: **1º** – a árboles plantados a lo largo de las aguas de la gracia, en el campo de la Iglesia, que deben producir sus frutos en su debido tiempo; **2º** – a las ramas o sarmientos de una vid, cuya cepa es Jesucristo, que deben dar buenas uvas; **3º** – a un rebaño cuyo pastor es Jesucristo, que se debe multiplicar y dar leche; **4º** – a una buena tierra cuyo labrador es Jesucristo, y en la cual la semilla se multiplica y produce frutos al treinta, al sesenta o al cien por uno. Jesucristo lanzó su maldición a la higuera sin frutos (Mt. 21, 19), y fulminó la condenación contra el siervo inútil que no había hecho valer sus talentos (Mt. 25, 24-30). Todo esto nos prueba que Jesucristo quiere recibir algunos frutos de nuestras pobres personas, a saber: nuestras buenas obras, una vez que éstas le pertenecen a Él únicamente: *Creati in operibus bonis in Christo Jesu* (Ef. 2, 10) – creados en las buenas obras en Cristo Jesús. Estas palabras del Espíritu Santo muestran que Jesucristo es el único principio, y debe ser el único fin de todas nuestras buenas obras, a quien debemos servir no sólo como siervos asalariados, sino como esclavos de Amor. Me explico:

69. En la tierra hay dos maneras de pertenecer a otro y depender de su autoridad, a saber: El simple servicio y la esclavitud; es lo que usualmente llamamos de un sirviente y de un esclavo.

Por servidumbre común entre los cristianos, un hombre es movido a servir a otro durante algún tiempo, y mediante cierto salario

o recompensa.

Por la esclavitud, un hombre queda enteramente dependiente de otro para toda su vida, debiendo servir a su señor sin pretender salario alguno ni recompensa, cual bestia de carga sobre la cual se tiene derecho de vida y muerte.

70. Existen tres clases de esclavitud: esclavitud natural, esclavitud forzada y esclavitud voluntaria. De la primera clase, todas las criaturas son esclavas de Dios: *Domini est terra et plenitudo ejus*; los demonios y condenados pertenecen a la segunda; los justos y santos lo son de la tercera. La esclavitud voluntaria es la más perfecta y la más gloriosa a Dios, quien mira al corazón y nos lo pide, y Él mismo se llama Dios del Corazón o de la voluntad amorosa, pues por medio de esta esclavitud se hace elección de las cosas de Dios y su servicio, por encima de todas las demás, aun cuando la naturaleza a ello no nos obligase.

71. Hay una diferencia total entre un siervo y un esclavo:

1º – Un siervo no da a su amo todo lo que él es y todo cuanto posee, o lo que pueda adquirir por otras personas o por sí mismo; pero el esclavo se da enteramente a su señor, con todo lo que posee y pueda adquirir, sin excepción ninguna.

2º – El siervo exige un salario por los servicios prestados a su amo; pero el esclavo no puede exigir nada, aunque la asiduidad, industria y fuerza empleada en su trabajo sean muchas.

3º – El siervo puede dejar a su amo cuando quisiere, o al menos cuando haya expirado el tiempo de su servicio; pero el esclavo no tiene el derecho de abandonar a su señor cuando le plazca.

4º – El amo no tiene ningún derecho de vida y muerte sobre su siervo, de tal modo que si él lo matase como a una de sus bestias de carga, cometería un homicidio injusto; mas el señor tiene según las leyes, derecho de vida y muerte sobre su esclavo, de tal suerte que él puede venderlo a quien quisiere, o matarlo –como para hacer una comparación– de igual modo que a su caballo.

5º – Finalmente, el siervo no está más que por algún tiempo al servicio de su amo, y el esclavo, para siempre.

72. No hay nada entre los hombres que nos haga pertenecer más a otro que la esclavitud; tampoco hay nada entre los cristianos que

nos haga pertenecer más absolutamente a Jesucristo y a su Santísima Madre, que la esclavitud voluntaria, según el mismo ejemplo de Jesucristo quien tomó la forma de esclavo por nuestro amor: *Formam servi accipiens* (Fil. 2, 7); y de la Santísima Virgen, quien se proclama a sí misma la sierva y esclava del Señor (Lc. 1, 38). El Apóstol se llama honrosamente *servus Christi* (Rom. 1, 1; Gal. 1, 10; Fil. 1, 1; Tit. 1, 1). Los cristianos son llamados varias veces en la Sagrada Escritura *servi Christi*; y esta palabra de *servus*, según lo resalta en verdad un gran hombre, antiguamente no significaba otra cosa que esclavo, ya que no habían aún siervos como los de hoy en día; los amos no eran servidos sino por esclavos o libertos: es lo que el catecismo del santo Concilio de Trento, a fin de no dejar duda ninguna de que somos esclavos de Jesucristo, expresa en términos que no deja lugar a equívocos, llamándonos *mancipia Christi*, esclavos de Jesucristo.

Presuponiendo esto:

73. Afirmando que debemos ser de Jesucristo, y servirlo no solamente como siervos mercenarios, sino como esclavos amorosos, que por efecto de un gran amor se dan y entregan a su servicio en calidad de esclavos, sólo por la honra de pertenecerle. Antes del Bautismo éramos esclavos del diablo: el Bautismo nos torna esclavos de Jesucristo. Por lo tanto, es necesario que los cristianos sean esclavos del diablo o esclavos de Jesucristo.

74. Lo que digo absolutamente de Jesucristo, lo afirmo relativamente de la Santísima Virgen; pues habiéndola Jesucristo escogido como compañera indisoluble de su vida, de su muerte, de su gloria, y de su poder en el cielo y en la tierra, le ha dado por gracia, relativa a su Majestad, todos los mismos derechos y privilegios que Él posee por naturaleza: *“Quidquid Deo convenit per naturam, Mariae convenit per gratiam...”*: Todo lo que a Dios conviene por naturaleza, conviene a María por gracia, dicen los santos. De tal suerte que, según ellos, no habiendo entre los dos sino una sola voluntad y el mismo poder, tienen también los mismos súbditos, siervos y esclavos.

75. Se puede entonces, según el sentir de los santos y de grandes hombres, decirse y hacerse esclavo amoroso de la Santísima Virgen, a fin de ser por ello más perfectamente esclavo de Jesucristo. La Santísima Virgen es el medio por el cual Nuestro Señor se sirvió para venir a nosotros; es también el medio del cual debemos nosotros servir-

nos para ir hacia Él: ya que María no es como las otras criaturas, a las cuales, si nos adherimos, fácilmente podríamos alejarnos de Dios más que aproximarnos a Él. Pero la mayor inclinación de María es unirnos a Jesucristo su Hijo; y la más irresistible inclinación del Hijo es que se venga a Él por medio de su Santísima Madre; lo cual es darle honra y agrado, como sería darle honra y agrado a un rey, para volverse más perfectamente súbditos suyos y esclavos, cuando se hace esclavo de la reina. Por esta razón los Santos Padres, y San Buenaventura después de ellos, afirman que la Santísima Virgen es el camino para ir a Nuestro Señor: *Via veniendi ad Christum est appropinquare ad illam.*

76. Además, si como he dicho, la Santísima Virgen es la Reina y soberana del cielo y de la tierra: *Imperio Dei omnia subjiciuntur et Virgo, ecce imperio Virginis omnia subjiciuntur et Deus* – Todo está sometido al poder de Dios, incluso la Virgen; al poder de la Virgen todo está sujeto, incluso Dios – , según dicen San Anselmo, San Bernardo, San Bernardino, San Buenaventura. ¿No tiene Ella acaso tantos súbditos y esclavos como criaturas existen? ¿No es razonable que entre tantos esclavos forzados, haya también esclavos de amor, que de buena voluntad, escojan a María por su soberana? ¡Pues qué! Los hombres y demonios habrían de tener sus esclavos voluntarios ¿y María no los ha de tener? ¡Pues qué! ¿Un rey se honraría si la Reina su compañera tuviera esclavos sobre los cuales ella tiene derecho de vida y de muerte porque el honor y la potestad del uno, es el honor y el poder del otro; y se podría creer que Nuestro Señor quien, como el mejor de todos los hijos, le dio parte de todo su poder a su santísima Madre, verá mal que Ella tenga esclavos? ¿Tendría Él menos respeto y amor por su Madre, que Asuero por Ester y Salomón por Betsabé? ¿Quién osaría decirlo e incluso pensarlo?

77. Pero, ¿adónde me conduce mi pluma? ¿Por qué me detengo aquí para probar una cosa tan evidente? Si alguno no quiere que alguien se llame esclavo de la Santísima Virgen, ¡qué importa! ¡Que se haga y se diga esclavo de Jesucristo, que es serlo de la Santísima Virgen, puesto que Jesús es el fruto y la gloria de María! Esto se consigue perfectamente por la devoción de la cual hablaremos enseguida.

Artículo III ■

Debemos vaciarnos de todo lo malo que hay en nosotros

★ Tercera Verdad

78. Habitualmente nuestras mejores acciones quedan manchadas y corrompidas por el mal fondo que hay en nosotros. Cuando se coloca agua limpia y cristalina en un vaso con mal olor, o vino en una cuba cuyo interior se deterioró por otro vino que contuvo, el agua cristalina y el buen vino se dañan y toman fácilmente su mal olor. De igual manera, cuando Dios vierte en el vaso de nuestra alma, deteriorada por el pecado original y actual, sus gracias y rocíos celestiales o el vino delicioso de su amor, sus dones son ordinariamente corrompidos y manchados por la mala levadura y el mal fondo que el pecado ha dejado en nuestras almas; nuestras acciones –aun las virtudes más sublimes– de ello se resienten. Por tanto, para adquirir la perfección que no se obtiene más que por la unión con Jesucristo, es de grandísima importancia vaciarnos de lo que hay de malo en nosotros. De otra manera, Nuestro Señor que es infinitamente puro, y que odia infinitamente la menor mancha en el alma, nos arrojará de su presencia, y jamás se unirá a nosotros.

79. Para vaciarnos de nosotros mismos, es necesario en primer lugar conocer bien con la luz del Espíritu Santo nuestro fondo de malicia, nuestra incapacidad para toda forma de bien útil para la salvación, nuestra debilidad para todas las cosas, nuestra inconstancia en todo tiempo, nuestra indignidad de toda gracia, y nuestra iniquidad en todo lugar. El pecado de nuestro primer padre nos ha dañado a todos casi enteramente, agriado, engréido y corrompido, como la mala levadura, levanta y corrompe la masa en que ha sido puesta. Los pecados actuales que hemos cometido, sean mortales o veniales, aunque hayan sido perdonados, han aumentado nuestra concupiscencia, nuestra debilidad, nuestra inconstancia y nuestra corrupción, y han dejado malos restos en nuestra alma.

Nuestros cuerpos son tan corrompidos, que el Espíritu Santo los ha llamado cuerpos de pecado (Rom. 6, 6), concebidos en el pecado, alimentados en el pecado, y capaces solamente de toda forma de pecado, cuerpos sujetos a mil y mil enfermedades, que se corrompen de día en

día, y que no engendran sino podredumbre, gusanos y corrupción.

Nuestra alma unida al cuerpo se ha hecho tan carnal, que es llamada carne: *Habiendo toda la carne corrompido su camino* (Gen. 6, 12). Por herencia sólo tenemos orgullo y ceguera de espíritu, el endurecimiento del corazón, la debilidad y la inconstancia en el alma, la concupiscencia, las pasiones revueltas y las enfermedades en el cuerpo. Nosotros somos por naturaleza más orgullosos que los pavos reales, más aferrados a la tierra que los sapos, más viles que los animales inmundos, más envidiosos que las serpientes, más glotones que los cerdos, más coléricos que los tigres y más perezosos que las tortugas, más débiles que los carrizos, y más inconstantes que las veletas. No abrigamos en nuestro fondo más que nada y pecado y no merecemos sino la ira de Dios y el infierno eterno.

80. En consecuencia, ¿es de asombrarse que Nuestro Señor haya dicho que aquel que quiera seguirlo debe renunciarse a sí mismo y odiar su alma, y que aquel que ama su alma la perderá y quien la odia la salvará? (Jn. 12, 25). Esta sabiduría infinita que no da mandatos sin razón, no nos ordena odiarnos a nosotros mismos, sino porque somos grandemente dignos de ira: nada tan digno de amor y nada tan digno de ira como nosotros mismos.

81. En segundo lugar, para vaciarnos de nosotros mismos, es preciso que muramos todos los días a nosotros mismos. Es decir, es menester renunciar a las operaciones de las potencias de nuestra alma, y a los sentidos del cuerpo; que debemos ver como si no viésemos; oír como si no oyésemos; servirnos de las cosas de este mundo como si no nos sirviésemos de ellas (1 Cor. 7, 29-31), lo que San Pablo llama morir todos los días: *Quotidie morior* (1 Cor. 15, 31). “Si el grano de trigo cayendo en tierra no muere, queda sólo y no produce ningún fruto bueno”: *Nisi granum frumenti cadens in terram mortuum fuerit, ipsum solum manet* (Jn. 12, 24-25). Si no morimos a nosotros mismos, y si nuestras más santas devociones no nos llevan a esta muerte necesaria y fecunda, no produciremos fruto que valga, nuestras devociones nos serán inútiles; todas nuestras obras de justicia serán mancilladas por el amor propio y nuestra propia voluntad, lo cual hará que Dios considere como abominables los más grandes sacrificios y las mejores acciones que podamos realizar; que en la hora de nuestra muerte nos encontraremos con las manos vacías de virtudes y de méritos, y que no tendremos ni una chispa del puro amor, el cual no

es comunicado sino a las almas que han muerto a ellas mismas, cuya vida está oculta con Jesucristo en Dios (Col. 3, 3).

82. En tercer lugar, es preciso escoger entre todas las devociones a la Santísima Virgen, aquella que más nos lleve a esta muerte de nosotros mismos, como siendo la mejor y más santificante, pues no se puede creer que todo lo que brilla es oro, que todo lo dulce es miel, y que todo lo que es fácil de hacer y practicado por la mayoría sea lo que más nos conduce a la santificación. De igual manera que en la naturaleza hay secretos para realizar en poco tiempo, con pocos gastos y con facilidad ciertas operaciones naturales, así existen secretos en el orden de la gracia para hacer en poco tiempo, con dulzura y facilidad, operaciones sobrenaturales, vaciarse de sí mismo, llenarse de Dios, y llegar a ser perfecto.

La práctica que yo quiero descubrir es uno de esos secretos de gracia, desconocido por gran número de los cristianos, conocido por pocos devotos, practicado y degustado por un número aún menor. Para comenzar a descubrir esta práctica, he aquí una cuarta verdad que es una consecuencia de la tercera.

Artículo IV ■

Tenemos necesidad de un mediador para con el mismo Mediador que es Cristo

★ Cuarta Verdad

83. Es más perfecto —pues es más humilde— no aproximarnos a Dios por nosotros mismos, sin tomar un mediador. Siendo tan corrompido nuestro fondo como acabo de demostrar, si nos apoyamos en nuestros trabajos, industrias, preparaciones, para llegar a Dios y agradecerle, ciertamente las obras de nuestra justificación quedarán manchadas o tendrán poco peso ante Dios, para moverlo a unirse a nosotros y hacer que nos atienda. Ya que no es sin razón que Dios nos ha dado mediadores delante de su Majestad, pues Él ha visto nuestra indignidad e incapacidad, y ha tenido piedad de nosotros, y para darnos acceso a sus misericordias nos ha provisto de intercesores poderosos ante su grandeza; de tal suerte que ser negligentes en relación a estos mediadores, y aproximarse directamente de su santidad sin recomendación ninguna, es faltar a la humildad, es faltar al respeto hacia un Dios tan alto y tan santo; es hacer menos caso de ese Rey de

reyes, que el que se haría de un rey o de un príncipe de la tierra, del cual nadie osaría acercarse sin algún amigo que por él hablase.

84. Nuestro Señor es nuestro abogado y medianero de redención ante Dios Padre; es por su intermedio que debemos rogar con toda la Iglesia triunfante y militante; por Él tenemos acceso ante su Majestad, y solamente apoyados y revestidos de sus méritos es como debemos presentarnos ante Dios, como el pequeño Jacob revestido de las pieles de sus cabritos frente a su padre Isaac, para recibir su bendición.

85. Pero, ¿no tenemos necesidad alguna de un mediador para con el mismo mediador? ¿Nuestra pureza es tan grande como para unirnos directamente a Él y por medio de nosotros mismos? ¿No es acaso Él igual al Padre en todas las cosas, y en consecuencia el Santo de los Santos, tan digno de respeto como su Padre? Si movido por su caridad infinita se hizo nuestro fiador y mediador ante Dios su Padre, para apaciguarlo y pagar lo que nosotros le debíamos, ¿es por esto que debemos tener menos respeto y temor hacia su majestad y santidad?

Digamos pues sin temor con San Bernardo, que nosotros tenemos necesidad de un mediador ante el Mediador mismo, y que la divina María es la más capacitada para llenar este oficio caritativo; Jesucristo ha venido al mundo por medio de Ella, y es por medio de Ella como debemos llegar a Él. Si tememos ir directamente a Jesucristo nuestro Dios, por causa de su grandeza infinita, o a causa de nuestra bajeza, o por causa de nuestros pecados, imploremos osadamente la ayuda e intercesión de María nuestra Madre: Ella es buena, Ella es tierna; y no hay nada en Ella de austero ni repulsivo, ni aún de muy sublime y brillante. Viéndola, vemos nuestra pura naturaleza. Ella no es el sol, que por la vivacidad de sus rayos podría deslumbrarnos a causa de nuestra debilidad; mas es bella y dulce como la luna (Cant. 6, 9), que recibe su luz del sol y la tempera acomodándola a nuestra insignificancia. Es tan caritativa que no tiene repulsa en relación a aquellos que piden su intercesión, por más pecadores que sean, porque —como dicen los santos— jamás se oyó decir, desde que el mundo es mundo, que ninguno haya recurrido a la Santísima Virgen con confianza y perseverancia y haya sido rechazado. Ella es tan poderosa, que nunca ha sido desoída en sus súplicas; no tiene más que mostrarse delante de su Hijo para rogarle; inmediatamente, Él

concede y recibe, siendo amorosamente vencido por los suspiros, las entrañas y las súplicas de su santísima Madre.

86. Todo esto es sacado de San Bernardo y de San Buenaventura; de tal suerte que, según ellos, nosotros hemos de subir tres escalones para ir hasta Dios: el primero, que es el más próximo a nosotros y el más conforme a nuestra capacidad, es María; el segundo, es Jesucristo; y el tercero es Dios Padre. Para ir hacia Jesús, es preciso ir a María, pues es nuestra medianera de intercesión; para ir al Padre Eterno es menester ir a Jesús, que es nuestro mediador de redención. Ahora bien, por medio de la devoción que a continuación explicaré, se guarda perfectamente este orden.

Artículo V ■

Nos cuesta mucho conservar las gracias y los tesoros recibidos de Dios

★ Quinta Verdad

87. Es muy difícil, dada nuestra debilidad y fragilidad, conservar en nosotros las gracias y los tesoros que hemos recibido de Dios:

1º – Porque tenemos en vasos frágiles este tesoro que vale más que el cielo y la tierra: *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus* (2 Cor. 4, 7), en un cuerpo corruptible, en un alma débil e inconstante, que por nada se turba y abate.

88. 2º – Porque los demonios, que son astutos ladrones, desean sorprendernos de improviso para robarnos y despojarnos: espían día y noche el momento favorable para ello, y dan vueltas en torno nuestro incesantemente para devorarnos y quitarnos en un instante, por un pecado, todo lo que hemos podido ganar de gracias y méritos en muchos años. Su malicia, su experiencia, sus astucias y su muchedumbre deben hacernos temer infinitamente esta desgracia, una vez que personas más llenas de gracias, más ricas en virtudes, más fundamentadas en la experiencia y elevadas en santidad, han sido sorprendidas, robadas y saqueadas lastimosamente. ¡Ah! ¡Cuántos cedros del Líbano y estrellas del firmamento se han visto caer miserablemente y perder su elevación y claridad en poco tiempo! ¿De dónde se ha originado esta extraña mudanza? No ha sido por falta de gracia, de quien nadie carece, sino por falta de humildad. Ellos se han creído más fuertes y autosuficientes de lo que eran en realidad; se han creído

capaces de guardar sus tesoros; se han fiado y apoyado en sí mismos; creyeron su casa tan segura, y sus cofres tan fuertes para guardar el precioso tesoro de la gracia; y a causa de este apoyo imperceptible que tenían en sí mismos, el Señor muy justamente ha permitido que hayan sido robados, abandonándolos a sus solas fuerzas. ¡Ah! ¡Si ellos hubieran conocido la devoción admirable que mostraré enseguida, habrían confiado su tesoro a una Virgen poderosa y fiel que les habría guardado como su bien propio, e incluso se hubiera obligado a ello como en justicia!

89. 3º – Es difícil perseverar en la gracia a causa de la extraña corrupción del mundo. El mundo es ahora tan corrompido, que es como necesario que los corazones piadosos sean mancillados si no por su sieno, al menos por su polvo; de tal modo que es una especie de milagro cuando alguien permanece firme en medio de este torrente impetuoso sin dejarse arrastrar por él; en medio de este mar borrascoso, sin ser sumergido o saqueado por los piratas y corsarios; en medio de este aire viciado, sin quedar contagiado. Es únicamente por causa de la Virgen fiel, en quien jamás tuvo parte la serpiente, que este milagro se realiza en favor de aquellos y aquellas que la sirven de la mejor manera.



Capítulo III

Elección de la verdadera devoción a la Santísima Virgen

90. Presupuestas estas cinco verdades, es sumamente necesario hacer una buena elección de la devoción a María, pues hoy más que nunca han surgido falsas devociones a Ella, que fácilmente podríamos tomar por verdaderas. El diablo, como el monedero falso y sutil y experto ladrón, ha engañado y condenado a muchísimas almas por una falsa devoción a la Virgen, sirviéndose todos los días de su experiencia diabólica para condenar a otras muchas, entreteniéndolas y adormeciéndolas en el pecado, con el pretexto de algunas oraciones mal dichas y algunas prácticas exteriores que él les inspira. Como un falso acuñador de moneda que no falsifica sino el oro y la plata, y muy raramente los otros metales ya que no valen la pena, así también el maligno espíritu no falsifica tanto las otras devociones como las de Jesús y María, la devoción a la Sagrada Comunión y a la Santísima Virgen, porque ellas son, entre las otras devociones, lo que el oro y la plata entre los metales.

91. Es pues muy importante conocer en primer lugar las falsas devociones a María, para saber evitarlas, así como la verdadera, para abrazarla; en segundo lugar, entre tantas prácticas diferentes de la verdadera devoción, conocer cuál es la más perfecta, la más agradable a la Santísima Virgen, la más gloriosa a Dios y la más eficaz para obtener nuestra santificación, a fin de entregarnos a ella.

Artículo I ■

Características de la falsa y de la verdadera devoción a la Santísima Virgen

★ Los falsos devotos y las falsas devociones a la Santísima Virgen

92. Encuentro que existen siete clases de falsos devotos y de falsas devociones a la Santísima Virgen, a saber:

María Auxiliadora
(Iglesia del Sagrado
Corazón, São Paulo,
Brasil)



1º. Los devotos *críticos*; 2º. Los devotos *escrupulosos*; 3º. Los devotos *exteriores*; 4º. Los devotos *presuntuosos*; 5º. Los devotos *inconstantes*; 6º. Los devotos *hipócritas*; 7º. Los devotos *interesados*.

1º. LOS DEVOTOS CRÍTICOS

93. Los devotos *críticos* son por lo general sabios orgullosos, espíritus altaneros y dados de sí mismos, que tienen en el fondo alguna devoción a la Santísima Virgen, pero que critican casi todas las prácticas de devoción a María, con que las personas simples honran sencillamente a esta buena Madre, sólo porque no se avienen a sus fantasías. Ponen en duda todos los milagros e historias narradas por personas fidedignas, o sacadas de las crónicas de las órdenes religiosas, que dan fe de la misericordia y potestad de la Santísima Virgen. No sabrían ver sin pena a las personas simples y humildes, arrodilladas frente a un altar o imagen de la Santísima Virgen, algunas veces en la esquina de una calle, para allí rogar a Dios; y hasta las acusan de idolatría, como si adorasen la madera o la piedra, afirmando que —en cuanto a ellos atañe— no gustan de esas devociones exteriores, de igual modo que no son espíritus tan cándidos como para acreditar tantos cuentos e historietas que se propagan de la Santísima Virgen. Si se les relata las alabanzas admirables que los santos Padres consagran a la Santísima Virgen, o responden que de esa manera ellos han hablado como oradores, exagerando los términos, o dan una mala explicación a sus palabras.

Esta especie de falsos devotos y personas orgullosas y mundanas son muy de temer, y hacen un grandísimo daño a la devoción a la Santísima Virgen, alejando de Ella a los pueblos de una manera eficaz, so pretexto de destruir los abusos.

2º. LOS DEVOTOS ESCRUPULOSOS

94. Los devotos *escrupulosos* son personas que temen deshonorar al Hijo honrando a la Madre, rebajar al uno si exaltan a la otra. No podrían tolerar que se den a la Santísima Virgen las justísimas alabanzas que le han dado los santos Padres; ven penosamente que más personas se arrodillen ante un altar de María que frente al Santísimo

Sacramento, como si lo uno se opusiera a lo otro ;como si aquellos que rezan a la Santísima Virgen, no lo hiciesen a Jesucristo por medio de Ella! No quieren que se hable tan a menudo de la Santísima Virgen, y que con tanta frecuencia se acuda a Ella.

He aquí algunas frases que les son ordinarias: “¿Para qué sirven tantas coronas del rosario, tantas cofradías y devociones exteriores a la Santísima Virgen? Hay en esto mucha ignorancia. Es hacer de nuestra Religión una exposición de cosas baratas. Habladme de aquellos que son devotos de Jesucristo (ellos lo nombran a menudo sin descubrirse – lo digo entre paréntesis): es necesario recurrir a Jesucristo, Él es nuestro único mediador; a Jesucristo es a quien se debe predicar; ¡he ahí lo sólido!”

Lo que ellos dicen es verdadero en cierto sentido, pero respecto a la aplicación que hacen para impedir la devoción a la Santísima Virgen, es muy peligroso y una celada sutil del maligno, bajo pretexto de un bien mayor, pues jamás se honra tanto a Jesucristo como cuando se honra a la Santísima Virgen, ya que no se la honra sino a fin de honrar más perfectamente a Jesucristo, no yendo a Ella sino como el camino para encontrar la meta adonde se va, que es Jesús.

95. La Santa Iglesia, con el Espíritu Santo, bendice primero a la Santísima Virgen y luego a Jesucristo: *benedicta tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris tui Jesus*. No porque la Santísima Virgen sea más que Jesucristo o igual a Él –¡esto sería una herejía intolerable!– sino porque, para bendecir más perfectamente a Jesucristo, es preciso bendecir antes a María. Digamos entonces con todos los verdaderos devotos de la Santísima Virgen, contra esos falsos devotos escrupulosos: *¡Oh María, bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús!*

3º. LOS DEVOTOS EXTERIORES

96. Los devotos *exteriores* son las personas que hacen consistir toda su devoción a la Santísima Virgen en algunas prácticas exteriores, que no gustan más que lo exterior de la devoción a Ella, porque no tienen espíritu interior; que rezarán muchas coronas del rosario precipitadamente, oirán muchas misas sin atención; irán a las procesiones sin devoción, ingresarán en todas sus cofradías, pero sin en-

mienda de su vida, sin hacer violencia a sus pasiones, y sin imitación de las virtudes de esta Virgen Santísima. No gustan sino lo sensible de la devoción, sin amar lo que tiene de sólido; si no tienen sensibilidad en sus prácticas, creen que no hacen nada, se desalientan, abandonan todo, o lo hacen todo sin continuidad. El mundo está lleno de esta clase de devotos *exteriores*, y no hay quien critique más que ellos a las personas de oración que se aplican en lo interior como a lo esencial, sin menospreciar el aspecto exterior de la modestia que debe acompañar siempre la verdadera devoción.

4º. LOS DEVOTOS PRESUNTUOSOS

97. Los devotos *presuntuosos* son pecadores abandonados a sus pasiones, o amantes del mundo, que bajo el hermoso nombre de cristianos y devotos de la Santísima Virgen ocultan el orgullo o la avaricia, o la impureza, o la embriaguez, o la cólera, o los juramentos, o la maledicencia, o la injusticia, etc.; que duermen en paz en sus malos hábitos, sin hacerse mucha violencia para corregirse, con el pretexto de que son devotos de la Santísima Virgen; se aseguran que Dios les perdonará, que no morirán sin confesión, que no se condenarán, ya que rezan la corona del rosario, ayunan el sábado, pues son de la cofradía del Santo Rosario o Escapulario o de alguna de sus congregaciones, porque llevan el hábito o la cadenilla de la Santísima Virgen, etc.

Cuando se les dice que su devoción no es más que una ilusión del diablo y perniciosa presunción capaz de perderlos, no lo quieren creer, afirmando que Dios es bueno y misericordioso, que no nos ha creado para condenarnos; que no hay hombre que no peque; que no morirán sin confesión; que un buen “*Señor, ten piedad*”, en la hora de la muerte, es suficiente; además, que ellos son devotos de la Santísima Virgen; que llevan el escapulario, rezan todos los días sin reproche ni ostentación alguna siete *Padre nuestros* y siete *Ave Marías* en honra de Ella; que hasta rezan algunas veces la corona del Rosario y el Oficio de la Santísima Virgen; que ayunan, etc. Y para confirmar lo que dicen y obstinarse más en su ceguera, relatan algunas historias que han escuchado o leído en libros, verdaderas o falsas –poco importa–, que certifican que personas muertas en pecado mortal, sin confesión, por el simple hecho de que durante su vida, habían hecho algunas oraciones o prácticas de devoción a la Santísima Virgen, o

resucitaron para confesarse, o su alma permaneció milagrosamente en su cuerpo hasta permitirles confesarse; o por la misericordia de la Virgen, obtuvieron de Dios en su muerte, la contrición y el perdón de sus pecados y por lo tanto se han salvado, y, por la misma razón, ellos esperan la misma cosa.

98. No existe en el cristianismo nada tan dañino como esta presunción diabólica, pues ¿se puede decir en verdad que se ama y honra a la Santísima Virgen, cuando con los pecados se hiere, se atraviesa, se crucifica y ultraja sin piedad a Jesucristo su Hijo? Si María se impusiere como ley salvar por su misericordia a esta clase de gente, autorizaría el crimen, ayudaría a crucificar y a ultrajar a su divino Hijo. ¿Quién osaría pensar eso jamás?

99. Yo digo que abusar así de la devoción a la Santísima Virgen —que es después de la devoción a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, la más santa y sólida—, es cometer un horrible sacrilegio; y, que después del sacrilegio de la Comunión indigna, es el más grande y menos digno de perdón.

Confieso que para ser verdaderamente devoto de la Santísima Virgen, no es absolutamente necesario ser tan santo que se evite todo pecado —aunque ésto sería lo más deseable—, pero sí es necesario, al menos, y es preciso resaltarlo bien:

- Primeramente, tener una *sincera resolución de evitar al menos todo pecado mortal*, que ultraja a la Madre tanto como al Hijo;
- en segundo lugar, *hacerse violencia para evitar el pecado*;
- en tercer lugar, *ingresar en las cofradías, recitar la corona, el Santo Rosario completo y otras oraciones, ayunar los sábados, etc.*

100. Esto es maravillosamente útil para la conversión de un pecador, por muy endurecido que esté; y si mi lector se juzga tal, cuando tuviere un pie en el abismo, siga éste mi consejo, pero con la condición de que no practicará estas buenas obras sino con la intención de obtener de Dios, por intercesión de la Santísima Virgen, la gracia de la contrición y el perdón de sus pecados, y de vencer sus malos hábitos, y no para permanecer pasivamente en el estado de pecado, contra los remordimientos de su conciencia, a ejemplo de Jesucristo y de los santos, y las máximas del santo Evangelio.

5º. LOS DEVOTOS INCONSTANTES

101. Los devotos *inconstantes* son aquellos que tienen devoción a la Santísima Virgen por intervalos y por arranques: en un momento son fervorosos, y al instante se vuelven tibios; ahora parecen listos para hacerlo todo en su servicio, y luego, poco después, ya no son los mismos: abrazarán fácilmente todas las devociones a María, se inscribirán en sus cofradías, y enseguida, dejarán de practicar todas sus reglas con fidelidad; cambian como la luna y por eso María los coloca bajo sus pies como la media luna, puesto que son inconstantes e indignos de ser contados entre los servidores de la Virgen fiel, los cuales tienen la fidelidad y la constancia por patrimonio. Es preferible no recargarse de tantas oraciones y prácticas devotas, y hacer pocas con amor y fidelidad, a pesar del mundo, el demonio y la carne.

6º. LOS DEVOTOS HIPÓCRITAS

102. Hay también otros falsos devotos de la Santísima Virgen, que son los devotos *hipócritas*, que cubren sus pecados y malos hábitos bajo el manto de esta Virgen Fiel, a fin de pasar a los ojos de los hombres, por aquello que ellos no son.

7º. LOS DEVOTOS INTERESADOS

103. Restan aún los devotos *interesados*, que no recurren a la Santísima Virgen sino cuando necesitan ganar algún proceso, evitar algún peligro, sanar de una enfermedad, o por cualquier otra necesidad del estilo, sin lo cual se olvidarían de Ella; unos y otros son falsos devotos, que no pasan ni ante Dios ni ante su Santísima Madre.

104. Guardémonos bien, pues, de ser del número de los devotos *críticos*, que no creen nada y lo critican todo; de los devotos *escrupulosos*, que por respeto a Jesucristo temen ser demasiado devotos de la Santísima Virgen; de los devotos *exteriores*, que hacen consistir toda su devoción en prácticas exteriores; de los devotos *presuntuosos*, que bajo pretexto de su falsa devoción a la Santísima Virgen se enfangan en sus pecados; de los devotos *inconstantes*, que por ligereza cambian sus prácticas de devoción, o las abandonan completamente a la menor

tentación; de los devotos *hipócritas*, que entran en las cofradías y visitan las libreas de la Santísima Virgen, a fin de hacerse pasar por buenos; y, en fin, de los devotos *interesados*, que no recurren a María sino para ser libres de los males del cuerpo u obtener bienes temporales.

★ VERDADERA DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

105. Después de haber descubierto y condenado las falsas devociones a la Santísima Virgen, es necesario establecer en pocas palabras la verdadera, que es: **1º – interior**, **2º – tierna**, **3º – santa**, **4º – constante**, **5º – desinteresada**.

1º. LA VERDADERA DEVOCIÓN ES INTERIOR

106. Primeramente, la verdadera devoción a la Santísima Virgen es *interior*, o sea, parte del espíritu y del corazón, nace de la estima que se tiene de la Santísima Virgen, de la alta idea que se ha formado de sus grandezas, y del amor que se le profesa.

2º. LA VERDADERA DEVOCIÓN ES TIERNA

107. En segundo lugar, es *tierna*, es decir, llena de confianza en la Santísima Virgen, como la de un niño en su buena madre. Ella hace que un alma recurra a María en todas sus necesidades del cuerpo y del espíritu, con mucha simplicidad, confianza y ternura; implora la ayuda de su buena Madre en todo tiempo, en todo lugar y en todas las cosas: en sus dudas, para ser esclarecido; en sus extravíos, para volver al buen camino; en sus tentaciones, para ser sostenido; en sus debilidades, para ser fortificado; en sus caídas, para ser levantado; en los desalientos, para ser animado; en sus escrúpulos, para ser libre de ellos; en sus cruces, trabajos y contrariedades, para ser consolado. En fin, en todos sus males del cuerpo y del espíritu, María es su recurso ordinario, sin temor de importunar a esta buena Madre ni desagradar a Cristo.

3º. LA VERDADERA DEVOCIÓN ES SANTA

108. En tercer lugar, la verdadera devoción a la Santísima Virgen es *santa*, es decir que ella auxilia al alma para evitar el pecado, e imitar las virtudes de María, particularmente su humildad profunda, su

fe viva, su obediencia ciega, su oración continua, su mortificación en todas las cosas, su pureza divina, su caridad ardiente, su paciencia heroica, su dulzura angélica y su sabiduría divina. Estas son las principales virtudes de la Santísima Virgen.

4º. LA VERDADERA DEVOCIÓN ES CONSTANTE

109. En cuarto lugar, la verdadera devoción a la Santísima Virgen es *constante*; consolida al alma en el bien, llevándola a no abandonar fácilmente sus prácticas devotas; la vuelve corajosa para resistirle al mundo en sus modas y máximas; a la carne, en sus fastidios y pasiones; y al demonio, en sus tentaciones; de tal manera que una persona verdaderamente devota a la Santísima Virgen no es inconstante, melancólica, escrupulosa ni tímida. No quiere esto decir que no caiga, y que no cambie alguna vez en la sensibilidad de su devoción; mas si ella cae, se levanta, extendiéndole la mano a su bondadosa Madre; si pierde el gusto o lo sensible de la devoción, no se desalienta, ya que el justo y devoto fiel de María vive de la fe (Heb. 10, 38) de Jesús y de María, y no de los sentimientos del cuerpo.

5º. LA VERDADERA DEVOCIÓN ES DESINTERESADA

110. Por fin, la verdadera devoción a la Santísima Virgen es *desinteresada*; o sea, inspira al alma a no buscarse a sí misma, sino sólo a Dios en su santa Madre. Un verdadero devoto de María no sirve a esta augusta Señora movido por el lucro o el interés, ni por su bien temporal ni eterno, corporal ni espiritual, sino únicamente porque Ella merece ser servida y Dios sólo en Ella; no ama a María precisamente porque le haya hecho algún bien, o lo espere de Ella, sino únicamente porque es amable. Esta es la razón por la cual la ama y la sirve tan fielmente en los disgustos y sequedades, como en las dulzuras y fervores sensibles; la ama tanto en el Calvario como en las bodas de Caná. ¡Oh! Cuán agradable y precioso es a los ojos de Dios y de su Santísima Madre un tal devoto, que en los servicios que a Ella presta no se busca en nada a sí mismo. Mas, ¡cuán raros son ahora! Y es con el objeto de que no sea tan raro, que he tomado la pluma para escribir en el papel lo que he enseñado con grandes frutos, bien en público o en particular, en mis misiones durante muchos años.

111. Ya he dicho muchas cosas de la Santísima Virgen, pero aún tengo muchas para decir, y en número inmensamente mayor las que habré de omitir, bien sea por ignorancia, por insuficiencia, o por falta de tiempo, en el empeño que tengo de formar a un verdadero devoto de María y a un verdadero discípulo de Jesucristo.

112. ¡Oh! ¡Cuán bien empleados estarían mis esfuerzos si este pobre escrito, cayendo en las manos de un alma bien nacida, nacida de Dios y de María y no de la sangre, ni del deseo de la carne, ni de la voluntad del hombre (Jn. 1,13), le descubriera e inspirara, por la gracia del Espíritu Santo, la excelencia y el precio de la verdadera y sólida devoción a la Santísima Virgen que ahora voy a describir! Si supiera que mi sangre criminal sería útil para hacer entrar en los corazones las verdades que escribo en honor de mi querida Madre y Soberana Señora, de quien soy el último de los hijos y esclavos, me serviría de ella en lugar de tinta para escribir estas letras, con la esperanza que tengo de encontrar buenas almas, que por su fidelidad a la práctica que yo enseño, resarcirán a mi querida Madre y Señora de las pérdidas que Ella ha sufrido por mi ingratitud e infidelidad.

113. Ahora, más que nunca, me siento animado a creer y a esperar todo lo que tengo grabado profundamente en el corazón, y que desde hace muchos años pido a Dios, a saber: que tarde o temprano, la Santísima Virgen tendrá más hijos, servidores y esclavos de amor que nunca, y que por este medio, Jesucristo mi querido Maestro, reinará más que nunca en los corazones.

114. Preveo claramente que aparecerán fieras espantosas, que intentarán furiosamente con sus dientes diabólicos destrozar este humilde escrito y aquel de quien el Espíritu Santo se ha servido para redactarlo; o al menos encerrarlo en las tinieblas y el silencio de un cofre, a fin de que no aparezca; atacarán y perseguirán incluso a aquellos y aquellas que lo leyeren y pongan en práctica. Pero, ¿no importa! ¡Tanto mejor! Este presentimiento me alienta y hace esperar un gran suceso, es decir ¡un gran escuadrón de animosos y valientes soldados de Jesús y de María, de uno y otro sexo, que combatirán al mundo, el demonio y la naturaleza corrompida, en los tiempos peligrosos que más que nunca han de llegar!

Qui legit, intelligat. Qui potest capere, capia – El que lea que entienda. El que pueda entender, que saque las conclusiones.

Artículo II ■

Las prácticas de la verdadera devoción a la Santísima Virgen

★ Las prácticas comunes

115. Hay varias prácticas *interiores* de la verdadera devoción a la Santísima Virgen. En resumen, las principales son las siguientes:

1º – Honrarla como a la digna Madre de Dios con el culto de *hiperdulía*, es decir, estimarla y reverenciarla por encima de todos los otros santos, como la obra maestra de la gracia y la primera después de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

2º – Meditar sus virtudes, sus privilegios y sus acciones.

3º – Contemplar sus grandezas.

4º – Rendirle actos de amor, alabanza y reconocimiento.

5º – Invocarla cordialmente.

6º – Ofrecerse y unirse a Ella.

7º – Hacer todos sus actos teniendo en vista agradecerle.

8º – Comenzar, continuar y terminar todas sus obras por Ella, en Ella, con Ella y para Ella, a fin de hacerlas por Jesucristo, en Jesucristo, con Jesucristo y para Jesucristo, nuestro último fin. Más adelante explicaremos esta práctica.

116. La verdadera devoción a la Santísima Virgen tiene también varias prácticas *exteriores*. He aquí las principales:

1º – Alistarse en sus cofradías y entrar en sus congregaciones.

2º – Ingresar en las Órdenes Religiosas instituidas en su honor.

3º – Publicar sus alabanzas.

4º – Hacer limosnas, ayunos y mortificaciones, tanto espirituales como corporales, en su honor.

5º – Llevar sobre sí sus libreas como el Santo Rosario o la Corona, el escapulario o la cadenilla.

6º – Recitar con atención, devoción y modestia, o el Santo Rosario compuesto de 15 decenas de *Ave Marías* en honor de los 15 principales misterios de Jesucristo; o la corona de cinco decenas, que es la tercera parte del Rosario, ya en honor de los cinco misterios Gozosos,

que son: *la Anunciación, la Visitación, el Nacimiento de Jesucristo, la Presentación del Niño Dios y Purificación de su Santísima Madre, y la Pérdida y hallazgo del Niño Jesús en el Templo*; o en honra de los cinco misterios Dolorosos, que son *la Agonía del Señor en el Huerto de los Olivos, su Flagelación, su Coronación de Espinas, su Cruz a cuestras y su Crucifixión*; o en honra de los cinco misterios Gloriosos, que son: *la Resurrección de Jesucristo, su Ascensión, la Venida del Espíritu Santo o Pentecostés, la Asunción de la Santísima Virgen en cuerpo y alma al cielo, y su Coronación por las Tres Personas de la Santísima Trinidad*. También se puede rezar una corona de *seis o siete decenas* en honra de los años que se cree que la Santísima Virgen vivió en la tierra; o la pequeña coronilla de la Santísima Virgen, compuesta de *tres Padrenuestros y doce Ave Marías*, en honra de su corona de doce estrellas o privilegios; o el oficio de la Santísima Virgen, tan universalmente aceptado y rezado en la Iglesia; o el Salterio Menor de la Santísima Virgen que San Buenaventura compuso en su honor, y que es tan tierno y devoto que no puede ser rezado sin enternecimiento; o *catorce Padre nuestros y Ave Marías* en honra de sus catorce alegrías; o algunas otras oraciones, himnos y cánticos de la Iglesia como la *Salve Regina*, el *Alma Mater*, el *Ave Regina Caelorum* o el *Regina Caeli*, según los diferentes tiempos; o el *Ave Maris Stella*, *O Gloriosa Domina*, etc., o el *Magnificat*, o algunas otras prácticas devotas de que están llenas los libros.

7º – Cantar y hacer cantar en su honor algunos cantos espirituales.

8º – Hacerle cierto número de genuflexiones o reverencias, diciéndole por ejemplo todas las mañanas sesenta o cien veces *Ave María, Virgo Fidelis*, para obtener de Dios por su intermedio la fidelidad a las gracias divinas durante el día; y en la noche: *Ave Maria, Mater misericordiae*, pidiendo a Dios perdón, por su intercesión maternal, de los pecados que hemos cometido durante el día.

9º – Dedicar atención a sus cofradías, adornar sus altares, coronar y embellecer sus imágenes.

10º – Llevar y hacer llevar sus imágenes en procesión, y llevar sobre sí una, como arma poderosa contra el maligno.

11º – Mandar hacer sus imágenes o su nombre, y entronizarlos ya en iglesias, o en las casas, o en las puertas y entradas de las ciudades, de las iglesias y de las casas.

12º – Consagrarse a Ella de una manera especial y solemne.

117. Se podría catalogar un gran número de otras prácticas de la verdadera devoción a la Santísima Virgen muy eficaces para nuestra santificación, que el Espíritu Santo ha inspirado a las almas santas; ver más en profundidad en *Le Paradis ouvert à Philagie*, compuesto por el Rvdo. Padre Paul Barry, de la Compañía de Jesús, en que él ha recogido un gran número de devociones que los santos han practicado en honra de la Santísima Virgen, devociones estas que sirven maravillosamente para la santificación de las almas, con tal de ser practicadas como es debido, esto es:

1º – Con buena y recta intención de sólo agradar a Dios, unirse a Jesucristo como a su fin último, y edificar al prójimo; **2º** – Con atención, sin distracciones voluntarias; **3º** – Con devoción, sin prisa ni negligencia; **4º** – Con modestia y compostura de cuerpo respetuosa y edificante.

★ La práctica perfecta

118. Después de todo esto, protesto en alta voz que habiendo leído casi todos los libros que tratan de la devoción a la Santísima Virgen, y habiendo conversado familiarmente con los más grandes santos y sabios de estos últimos tiempos, no he conocido ninguna práctica de devoción hacia la Santísima Virgen semejante a la que quiero enseñar, la cual exige de un alma más sacrificios para Dios, que la vacíe más plenamente de sí misma y de su amor propio, que la conserve más fielmente en la gracia y a la gracia en ella, que la una más perfectamente a Jesucristo, y finalmente, que sea más gloriosa a Dios, santificante para el alma y útil al prójimo.

119. Como lo esencial de esta devoción consiste *en lo interior que ella debe formar*, no será igualmente comprendida por todo el mundo: algunos se detendrán en lo que tiene de exterior, sin avanzar más adelante, y éstos serán la mayoría; algunos otros, en pequeño número, penetrarán en su interior, pero no subirán más que un peldaño. ¿Quién subirá al segundo? ¿Quién llegará hasta el tercero? En fin, ¿quién es aquel que allí permanecerá habitualmente? Sólo aquel a quien el Espíritu de Jesucristo revele este secreto. Él mismo conducirá allí al alma fidelísima, para avanzar de virtud en virtud, de gracia en gracia y de luz en luz, hasta llegar a la transformación de sí misma en Jesucristo, y a la plenitud de su edad sobre la tierra y de su gloria en el cielo.

Sagrado Corazón de
Jesús (Catedral de
Palencia, España)



Capítulo IV

Naturaleza de la perfecta devoción a la Santísima Virgen ó la perfecta consagración a Jesucristo

120. Como toda nuestra perfección consiste en estar conformados, unidos y consagrados a Jesucristo, la más perfecta de todas las devociones es, sin duda alguna, aquella que más perfectamente nos conforma, une y consagra a Jesucristo. Ahora bien, siendo María la más conforme a Jesucristo entre todas las criaturas, se puede deducir que de todas las devociones, la que más consagra y conforma un alma a Nuestro Señor, es la devoción a la Santísima Virgen, su Madre Santísima, y que en la medida en que un alma fuere consagrada a María, más lo será a Jesucristo.

He aquí el porqué la perfecta consagración a Jesucristo, no es otra cosa que una perfecta y entera consagración de sí mismo a la Santísima Virgen, que es la devoción que yo enseño; o dicho de otra forma, una perfecta renovación de los votos y promesas del santo bautismo.

Artículo I ■

Una perfecta y entera consagración de sí mismo a la Santísima Virgen

121. Esta devoción consiste, pues, en darse enteramente a la Santísima Virgen, para ser por Ella todo entero de Jesucristo. Es preciso darle: **1º** – Nuestro cuerpo con todos sus sentidos y sus miembros; **2º** – Nuestra alma con todas sus potencias; **3º** – Nuestros bienes exteriores que son llamados de fortuna, presentes o venideros; **4º** – Nuestros bienes interiores y espirituales, que son nuestros méritos, virtudes y buenas obras pasadas, presentes y futuras: en dos palabras, todo lo que poseemos en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia; y todo lo que podremos tener en lo venidero en el orden de la naturaleza, de la gracia, o de la gloria, sin reserva alguna, ni de un céntimo que sea, un solo cabello, y la

menor buena acción; y esto, **por toda la eternidad**, sin pretender ni esperar ninguna otra recompensa de nuestro ofrecimiento y servicio, más que el honor de pertenecer a Jesucristo por Ella y en Ella, aun cuando esta amabilísima Señora no fuera, como lo es siempre, la más liberal y agradecida de las criaturas.

122. Aquí es necesario resaltar que hay dos cosas en las buenas obras que realizamos: la satisfacción, y el mérito; o dicho de otra manera, el valor satisfactorio o impetratorio, y el valor meritorio. El valor satisfactorio o impetratorio de una buena acción, es buena obra en la medida en que satisface la pena debida al pecado u obtiene alguna nueva gracia; el valor meritorio, o el mérito, es buena acción en cuanto merece la gracia y la gloria eterna. Ahora bien, en esta consagración de nosotros mismos a la Santísima Virgen, le damos a Ella todo el valor satisfactorio, impetratorio y meritorio, o mejor dicho, las satisfacciones y méritos de todas nuestras buenas obras; le damos nuestros méritos, nuestras gracias y nuestras virtudes, no para comunicarlas a otros, sino a fin de que nos los conserve, aumente y embellezca, como diremos luego; le damos nuestras satisfacciones para que las comunique a quien bien la pareciere, y para la mayor gloria de Dios.

123. De esto se sigue: **1º – Que por esta devoción se da a Jesucristo de la manera más perfecta (puesto que se hace por manos de María) todo aquello que se le puede dar**, y mucho más que por las otras devociones, en que se le da una parte de su tiempo, o una parte de sus buenas obras, o una parte de sus satisfacciones y mortificaciones. Aquí, todo es dado y consagrado, hasta el derecho de disponer de sus bienes interiores, y las satisfacciones que se ganan día a día por sus buenas obras, cosa que no se hace ni aún en Orden religiosa alguna. En las diversas Órdenes se dan a Dios los bienes de fortuna por el voto de pobreza; los bienes del cuerpo, por el voto de castidad; la propia voluntad, por el voto de obediencia; y algunas veces la libertad del cuerpo, por el voto de clausura; pero no se le da la libertad o el derecho que se tiene de disponer del valor de sus buenas obras, no despojándose por tanto el alma cuanto puede, de aquello que el hombre cristiano tiene de más precioso y querido, que son sus méritos y satisfacciones.

124. 2º – Se sigue también que una persona que así voluntariamente se ha consagrado y sacrificado a Jesucristo por María, no puede disponer más del valor de ninguna de sus buenas acciones;

todo lo que él sufre, lo que piensa, dice y hace de bueno, pertenece a María, a fin de que Ella disponga de eso según la voluntad de su Hijo, y para su mayor gloria, sin que entre tanto esta dependencia perjudique de manera alguna a las obligaciones de estado en que se esté al presente, o en que se pudiere llegar a estar: por ejemplo, a las obligaciones de un sacerdote que por su oficio o por cualquier otra razón, deba aplicar el valor satisfactorio e impetratorio de la Santa Misa a un particular; pues no se hace esta ofrenda sino según el orden de Dios y los deberes de su estado.

125. 3º – Se deduce por último, que se consagra todo al mismo tiempo a la Santísima Virgen y a Jesucristo; a la Santísima Virgen, como al medio perfecto que Jesucristo ha escogido para unirse a nosotros y unirnos a nosotros a Él; y a Nuestro Señor, como a nuestro último fin al cual debemos todo lo que somos, como a nuestro Redentor y a nuestro Dios.

Artículo II ■

Una perfecta renovación de los votos del santo bautismo

126. Ya he dicho que esta devoción podría muy bien ser llamada una perfecta renovación de los votos o promesas del santo bautismo, ya que todo cristiano antes del bautismo era esclavo del demonio, en cuanto pertenencia suya; y por su boca, o la de su padrino y su madrina, renunció solemnemente en su bautismo a Satán, a sus pompas y a sus obras, tomando a Jesucristo por su Amo y soberano Señor, para depender de Él en calidad de esclavo de amor. Es lo que se hace por la presente devoción: se renuncia –según se advierte en la fórmula de la consagración– al demonio, al mundo, al pecado y a sí mismo, y se da uno enteramente a Jesucristo por las manos de María. Y se hace incluso algo más, pues en el bautismo se habla ordinariamente por boca de otro, a saber, el padrino y la madrina; no se da la persona a Jesucristo a no ser por medio de procurador. Pero en esta devoción, se hace por sí mismo, de forma voluntaria y con conocimiento de causa.

127. Los hombres, según dice Santo Tomás, hacen voto en el santo bautismo de renunciar al diablo y a sus pompas: *In baptismo vovent homines abrenuntiare diabolo et pompis ejes*. Y este voto, dice

San Agustín, es el más grande y el más indispensable: *votum maximum nostrum quo vovimus nos in Christo esse mansuros*. Es también lo que dicen los canonistas: *praecipuum votum est quod in baptis-mate facimus* – el voto principal es aquel que hacemos en el bautismo. Entre tanto, ¿quién es el que guarda este gran voto? ¿Quién es el que cumple fielmente las promesas del santo bautismo? ¿Acaso no violan casi todos los cristianos la fidelidad que han prometido a Jesucristo en su bautismo? ¿De dónde proviene ese desarreglo universal, sino del olvido en que se vive de las promesas y obligaciones del santo bautismo, y de que casi nadie ratifica por sí mismo el contrato de alianza que ha hecho con Dios por medio de sus padrinos y madrinas!

128. Esto es de tal manera verdadero, que el concilio de Sens convocado por orden de Ludovico Pío a fin de remediar los grandes desórdenes existentes entre los cristianos, juzgó que la principal causa de esta corrupción en las costumbres nacía del olvido e ignorancia en que se vivía acerca de los compromisos del santo bautismo; y no encontró mejor forma para remediar tan grande mal, que conducir a los cristianos a renovar los votos y promesas del santo bautismo.

129. El catecismo del Concilio de Trento, fiel intérprete de este santo concilio, exhorta a los curas párrocos para que hagan la misma cosa, llevando a los fieles de los pueblos que les han sido confiados a recordarse y creer que ellos están ligados y consagrados a Jesucristo como esclavos a su Redentor y Señor. He aquí sus palabras: *Parochus fidelem populum ad eam rationem cohortabitur ut sciat aequissimum esse... nos ipsos, non secus ac mancipia Redemptori nostro et Domino in perpetuum addicere et consecrare*.

130. Ahora bien, si los concilios, los Padres y la experiencia misma nos enseñan que el mejor modo para remediar los desarreglos de los cristianos, es hacerles recordar las obligaciones del bautismo, así como renovar los votos que allí hicieron, ¿no es razonable que se lo haga ahora de una manera perfecta, por medio de esta devoción y consagración a Nuestro Señor, por las manos de su Santísima Madre? Y digo *de una manera perfecta* porque para consagrarse a Jesucristo se sirve del más perfecto de todos los medios, que es la Santísima Virgen.

Respuesta a algunas objeciones

131. No se puede objetar que esta devoción sea nueva o indiferente: no es *nueva*, porque los concilios, los Padres y muchos otros autores antiguos y recientes hablan de esta consagración a Nuestro Señor, o de la renovación de los votos del santo bautismo, como de una cosa desde antiguo practicada, que ellos aconsejan a todos los cristianos; ella tampoco es *indiferente*, ya que la principal fuente de todos los desórdenes, y en consecuencia de la condenación de los cristianos, nace del olvido e indiferencia en relación a esta práctica.

132. Algunos podrían decir que, como esta devoción nos hace entregar a Jesucristo Nuestro Señor –por las manos de la Santísima Virgen– el valor de todas nuestras buenas obras, oraciones, mortificaciones y limosnas, ella nos coloca en la impotencia de socorrer las almas de nuestros parientes, amigos y bienhechores.

En primer lugar, yo les respondo que no podemos creer que nuestros amigos, parientes o bienhechores sufran por el hecho de nosotros habernos entregado y consagrado sin reserva al servicio de Nuestro Señor y de su Santísima Madre. Esto sería injuriar el poder y la bondad de Jesús y de María, quienes sabrán asistir perfectamente a nuestros parientes, amigos y bienhechores, sirviéndose de nuestro pequeño caudal espiritual, o de cualquier otro modo.

En segundo lugar, esta práctica no impide de forma alguna que se ruegue por los otros, sean difuntos o vivos, aunque la aplicación de nuestras buenas obras depende de la voluntad de la Santísima Virgen; muy por el contrario, ella nos permitirá rezar con más confianza, de igual manera que una persona rica que hubiera dado todos sus bienes a un gran príncipe a fin de honrarlo especialmente, rogaría a este príncipe con más confianza que atendiese con una limosna a cualquiera de sus amigos que se lo solicitase. Sería un modo de agradar a este príncipe, dándole la ocasión de testimoniar su reconocimiento hacia una persona que se ha despojado para revestirlo, que se ha empobrecido para honrarlo. Es justo decir lo mismo de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen: nunca se dejarán vencer en generosidad y gratitud.

133. Alguien dirá posiblemente: si yo doy a la Santísima Virgen

todo el valor de mis buenos actos para aplicarlo a lo que Ella quisiere, será preciso quizá que yo sufra largo tiempo en el purgatorio.

Esta objeción, nacida del amor propio y de la ignorancia en relación a la liberalidad de Dios y de su Santísima Madre, se destruye por sí misma. Un alma ferviente y generosa a quien importan más los intereses de Dios que los suyos propios, que da a Dios todo lo que ella tiene, sin reserva, no pudiéndole dar más, *non plus ultra*, que no aspira más que la gloria y el reino de Nuestro Señor Jesucristo por medio de su Santísima Madre, y que se sacrifica enteramente para conseguirlo, esta alma generosa y liberal, me pregunto, ¿será castigada en la otra vida por haber sido más liberal y desinteresada que las otras? Esto sería incomprensible. Es justamente con esta alma –como veremos a continuación– con quien Nuestro Señor y su Santísima Madre se muestran más liberales en este mundo y en el otro, sea en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria.

134. Ahora es necesario que veamos, lo más brevemente posible, los *motivos* que nos deben hacer recomendable esta devoción; los maravillosos *efectos* que ella produce en las almas fieles; y las *prácticas* de esta devoción.



Capítulo V

Los motivos que nos deben hacer recomendable esta devoción

Artículo I ■

Esta devoción nos coloca enteramente al servicio de Dios

Primer Motivo que nos muestra la excelencia de esta consagración de sí mismo a Jesucristo por las manos de María

135. Si en la tierra no se puede concebir empleo más relevante que el servicio de Dios; si el menor servidor de Dios es más rico, poderoso y noble que todos los reyes y emperadores de la tierra –si estos no fueren siervos de Dios– ¿cuáles serán las riquezas, el poder y la dignidad del fiel y perfecto servidor de Dios, que se ha de entregar enteramente a su servicio, sin reserva, en toda la medida que pueda hacerlo? Tal es el fiel y amoroso esclavo de Jesús en María, que se ha dado todo entero al servicio de ese Rey de reyes por las manos de su Santísima Madre, y que nada ha reservado para sí mismo: ¡ni el oro todo de la tierra y las bellezas de los cielos conseguirían pagarlo!

136. Las otras congregaciones, asociaciones y cofradías erigidas en honra de Nuestro Señor y de su Santísima Madre, que hacen tanto bien en el cristianismo, no exigen el dar todo sin reserva; no prescriben a sus asociados más que ciertas prácticas y acciones para satisfacer sus obligaciones, dejándolos libres para todas las otras acciones y tiempo de su vida. Pero esta devoción hace dar sin reserva a Jesús y a María todos sus pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos, así como todo el tiempo de nuestra vida, de tal manera que, velando o durmiendo, bebiendo o comiendo, realizando las más grandes acciones, o las más pequeñas, se pueda decir siempre en verdad que lo que se hace –aunque no se piense en ello–, es para Jesús y María, en virtud del ofrecimiento que se les ha hecho, a menos que expresamente se haya retractado. ¡Qué consuelo!

137. Pero además, como ya hemos dicho no existe ninguna otra práctica como ésta, por la cual se ve libre la persona de cierta propiedad que imperceptiblemente se desliza aún en las mejores acciones; y nuestro buen Jesús concede esta enorme gracia en recompensa de la acción heroica y desinteresada que se ha realizado, otorgándole, por las manos de su Santísima Madre, todo el valor de sus buenas obras. Si Él da el céntuplo aún en esta tierra, a quienes por su amor dejan los bienes exteriores, temporales y perecederos, ¿cuál será el céntuplo que dará a quien le sacrificaré aún sus bienes interiores y espirituales?

138. Jesús, nuestro gran amigo, se ha dado a nosotros sin reserva, con su cuerpo, alma, virtudes, gracias y méritos: *si toto totum me comparavit*, dice San Bernardo – me ha ganado para sí enteramente dándose todo a mí; ¿no sería entonces nuestro deber en justicia y gratitud, que nosotros le demos todo cuanto podemos darle? Él ha sido el primero en generosidad hacia nosotros. Seámoslo con Él también nosotros, y experimentaremos aún más generosidad de su parte durante la vida, en la muerte y en la eternidad: *Cum liberali liberalis erit* – “Será liberal y generoso para con aquel que en relación a Él se muestre liberal y generoso”.

Artículo II ■

Esta devoción nos hace imitar el ejemplo dado por Cristo Nuestro Señor y por el mismo Dios, y practicar la humildad

Segundo Motivo que nos demuestra que en sí mismo es justo y ventajoso al cristiano consagrarse enteramente a la Santísima Virgen por medio de esta práctica, a fin de más perfectamente serlo a Jesucristo.

139. Este buen Maestro no ha desdeñado encerrarse en el seno de la Santísima Virgen, como un cautivo y esclavo amoroso, y de serle sumiso y obediente durante treinta años. Aquí es, repito, donde la mente humana se pierde cuando se hace una seria reflexión al respecto de esta conducta de la Sabiduría encarnada, que no ha querido darse directamente a los hombres –a pesar de que pudo hacerlo–, a no ser por medio de la Santísima Virgen; que no ha querido venir al mundo a la edad de un hombre perfecto, independiente de los otros, sino como un pobre y pequeño niño, dependiente de los cuidados y

manutención de su Santísima Madre. Esta Sabiduría infinita, que tenía un deseo inmenso de glorificar a Dios su Padre y salvar a los hombres, no encontró un medio más perfecto y rápido para hacerlo, que someterse en todas las cosas a la Santísima Virgen, no solamente durante los ocho, diez o quince años primeros de su vida, como los otros niños, sino durante treinta años; y ha dado más gloria a Dios su Padre durante todo ese tiempo de sumisión y dependencia de María, que la que le hubiera dado empleando esos treinta años en hacer prodigios, predicar por toda la tierra, y convertir a todos los hombres, si de esa manera lo hubiere hecho. ¡Ah! ¡Cuán excelsamente se glorifica a Dios, sometiéndose a María a ejemplo de Jesús!

Teniendo delante de nuestros ojos un ejemplo tan visible y tan conocido de todo el mundo, ¿seremos tan insensatos para creer encontrar un medio más perfecto y rápido de glorificar a Dios, que el de someterse a María, a ejemplo de su Hijo?

140. Recordemos aquí como prueba de la dependencia que debemos tener a la Santísima Virgen, lo que he dicho más arriba, refiriendo los ejemplos que nos dan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en la dependencia que debemos tener en relación a Ella. El Padre no ha dado ni da a su Hijo más que por medio de María, ni engendra hijos sino por Ella, y no comunica sus gracias sino por intermedio de Ella. Dios Hijo no ha sido formado para todo el mundo en general más que por Ella, no es formado y engendrado todos los días sino por Ella, en la unión del Espíritu Santo, y no comunica sus méritos y sus virtudes sino por Ella; el Espíritu Santo no ha formado a Jesucristo sino por Ella, no forma a los miembros de su cuerpo místico más que por Ella, y no dispensa sus gracias y favores sino por intermedio de Ella. Después de tantos y tan apremiantes ejemplos de la Santísima Trinidad, ¿podremos nosotros sin una ceguera extrema prescindir de María, no consagrarnos a Ella y depender de Ella para llegar a Dios y sacrificarnos a Dios?

141. He aquí algunos pasajes latinos de los Padres, que he escogido para probar lo que acabo de decir:

Duo filii Mariae sunt, homo Deus et homo purus; unius corporaliter, et alterius spiritualiter mater est Maria. “Dos hijos tiene María: el Hombre-Dios y el hombre-hombre. Del primero es madre corporal y del segundo es madre espiritual”.

Haec est voluntas Dei, qui totum nos voluit habere per Mariam; ac proinde, si quid spei, si quid gratiae, si quis salutis, ab ea noverimus redundare. “Dios quiere que nos lleguen muchos bienes por medio de María. Debemos reconocer que gran número de gracias y favores que recibimos de Dios nos llegan por medio de Ella”.

Omnia dona, virtutes, gratiae ipsius Spiritus Sancti, quibus vult, et quando vult, quomodo vult, quantum vult per ipsius manus administrantur. “El Espíritu Santo le ha permitido que distribuya los dones y virtudes del Divino Espíritu a quien Ella quiera, como quiera, cuando quiera y en la medida que a Ella le parezca mejor”.

Qui indignus eras cui daretur, datum est Mariae, ut per eam acciperes quidquid haberes. “Dios entregó muchos dones y gracias a María, para que los recibamos por medio de Ella, pues éramos indignos de recibidos directamente de Él”.

142. Dios, viendo que somos indignos de recibir sus gracias inmediatamente de sus manos, nos dice San Bernardo, las da a María, a fin de que nosotros tengamos por Ella todo lo que Él quiere darnos. Y halla Él también su gloria en recibir por las manos de María la gratitud, el respeto y el amor, que nosotros le debemos por sus beneficios. Es entonces muy justo que imitemos esta conducta de Dios, “a fin –dice el mismo San Bernardo– de que la gracia retorne a su autor por el mismo canal que ella ha venido”: *Ut eodem alveo ad largitorem gratia redeat quo fluxit.*

Esto es lo que se hace por nuestra devoción: se ofrece y consagra todo lo que se es y todo lo que se posee a la Santísima Virgen, a fin de que Nuestro Señor reciba por su mediación, la gloria y el reconocimiento que se le debe. Se reconoce indigno e incapaz de aproximarse de su Majestad infinita por sí mismo; y es por ello que se sirve de la intercesión de la Santísima Virgen.

143. Esta es además una práctica en que se ejercita en alto grado la humildad, que Dios ama por encima de las otras virtudes. Un alma que se enaltece rebaja a Dios, y un alma que se humilla ensalza a Dios. Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes (Sant. 4, 6); si os humilláis, creyéndoois indignos de comparecer ante Él, y de aproximaros a Él, Él desciende y se abaja para venir a vosotros, para complacerse con vosotros, y para levantarlos a pesar vuestro; pero todo lo contrario sucede cuando osadamente se aproxima

alguien de Dios sin mediador; Dios huye no pudiéndosele alcanzar. ¡Ah! ¡Cuánto ama Él la humildad del corazón! A esta humildad es a la cual nos conduce esta práctica de devoción, pues ella enseña a no aproximarse nunca por sí mismo a Nuestro Señor, aunque sea dulce y misericordioso, mas a servirnos siempre de la intercesión de la Santísima Virgen, ya sea para presentarnos ante Él, ya sea para hablarle, ya sea para acercarnos, ya sea para ofrecerle cualquier cosa, o para unirse y consagrarse a Él.

Artículo III ■

Esta devoción nos atrae los buenos oficios de la Santísima Virgen

Tercer Motivo:

★ 1. María se da a su esclavo de amor

144. La Santísima Virgen, que es una Madre de dulzura y de misericordia, y que no se deja vencer jamás en amor y generosidad, viendo que alguien se entrega por entero a Ella a fin de honrarla y servirla, despojándose de cuanto más querido tiene para adornarla, se da también enteramente y de una manera inefable a aquel que le da todo. Lo hace sumergirse en el abismo de sus gracias; lo adorna con sus méritos; lo apoya con su poder; lo esclarece con su luz; lo enciende en su amor; le comunica sus virtudes: su humildad, su fe, su pureza, etc.; se da como fiadora suya, su suplemento y su querido todo para con Jesús. En fin, como esta persona consagrada es totalmente de María, María también lo es todo para ella, de tal manera que, se puede decir, de este perfecto siervo e hijo de María, lo que San Juan Evangelista dijo de él mismo, que tomó a la Santísima Virgen por todos sus bienes: *Accepit eam discipulus in sua.*

145. Esto es lo que produce en su alma, siendo fiel, una gran desconfianza, menosprecio y aborrecimiento de sí mismo, así como una gran confianza y un gran abandono en la Santísima Virgen, su buena Señora. Por consiguiente, no se apoya más como antes en sus disposiciones, intenciones, méritos, virtudes y buenas obras, pues habiendo hecho un entero sacrificio a Jesucristo por medio de esta buena Madre, no tiene más que un tesoro en el cual están todos sus bienes, que ya no lo tiene en sí: este tesoro es María.

Es también lo que lo lleva a aproximarse a Nuestro Señor sin temor servil ni escrupuloso, y a rogarle con mucha más confianza; es lo que lo hace entrar en los sentimientos del devoto y sabio abad Ruperto, que haciendo alusión a la victoria que Jacob obtiene sobre el ángel, dirige a la Santísima Virgen estas bellas palabras: “Oh María, Princesa mía, y Madre Inmaculada de un Dios-hombre, Jesucristo, yo deseo luchar con este Hombre, a saber, con el Verbo Divino, armado no con mis propios méritos, sino con los vuestros: *O Domina, Dei Genitrix, Maria et incorrupta Mater Dei et hominis, non meis, sed tuis armatus meritis, cum isto Viro, scilicet Verbo Dei, luctari cupio.* (Rup. prolog. in cantic.)

¡Cuán poderoso y fuerte se es ante Jesucristo cuando se está armado con los méritos e intercesión de la digna Madre de Dios, quien, como dice San Agustín, ha vencido amorosamente al Todopoderoso!

★ 2. María purifica nuestras buenas obras, las embellece y hace que su Hijo las acepte

146. Ya que en consecuencia de esta práctica se da a Nuestro Señor el mérito de todas las buenas obras –por intermedio de su Santísima Madre–, esta buena Señora las purifica, embellece y hace aceptar de su Hijo.

1º – Ella las purifica de toda la inmundicia del amor propio y del apego imperceptible a las criaturas, que se deja sentir hasta en las mejores acciones. Desde el momento en que éstas son puestas en sus manos purísimas y fecundas, estas mismas manos –que nunca han sido mancilladas ni ociosas y que purifican lo que ellas tocan– quitan del regalo que le es hecho, todo aquello que pueda haber de dañado e imperfecto.

147. 2º – Ella las embellece adornándolas con sus méritos y virtudes, de igual manera que cuando un campesino –queriendo ganarse la amistad y benevolencia de su rey– se dirige a la reina presentándole una manzana que es toda su posesión, para que ella la ofrezca al rey. La reina, habiendo aceptado el pobre y humilde regalo del labrador, colocaría esta manzana en medio de un grande y hermoso plato de oro, y así la presentaría al rey, de parte del campesino. Desde entonces, la manzana –aunque indigna de ser presentada al rey– se transformaría en un regalo digno de su Majestad, en atención al plato de oro en que ha sido entregada, y a la persona que la entrega.

148. 3º – Ella presenta estas buenas obras a Jesucristo, como al último fin a quien todo debe ser dirigido, pues no guarda para sí nada de lo que se le da, y con fidelidad envía todo a Jesús. Si se le da, se da necesariamente a Jesús; si se la honra y glorifica, inmediatamente Ella alaba y glorifica a Jesús. Ahora, lo mismo que en otro tiempo cuando Santa Isabel la alabó, canta: *Magnificat anima mea Dominum* cuando se la alaba y bendice.

149. 4º – Ella hace que Jesús acepte estas buenas obras, por pequeño y pobre que sea el regalo para este Santo de los Santos y Rey de los Reyes. Cuando se presenta alguna cosa a Jesús por sí mismo y apoyado en su propia industria y disposición, Jesús examina el presente, y a menudo lo rechaza a causa de la mancha que le hace contraer el amor propio, como otrora rechazó los sacrificios de los Judíos, plenamente llenos de su propia voluntad. Pero, cuando le es presentada cualquier cosa por las manos puras y virginales de su bien amada, se le coge por su lado flaco –si me es permitido usar este término–: Él no considera tanto lo que le es ofrecido, cuanto a su buena Madre que lo presenta; no mira tanto la procedencia de este regalo, como a Aquella por quien le viene. Así, pues, María, que jamás ha sido rechazada, y siempre bien recibida por su Hijo, hace recibir agradablemente de su Majestad todo lo que Ella le presenta, bien sea pequeño o grande: es suficiente que María lo presente, para que Jesús lo reciba y apruebe. Es entonces el gran consejo que daba San Bernardo a todos aquellos que conducía a la perfección: “Cuando quisieréis ofrecer alguna cosa a Dios, tened el cuidado de hacerlo por las manos agradabilísimas y dignísimas de María, a menos que queráis ser rechazados”: *Modicum quid offerre desideras, manibus Mariae offerendum tradere cura, si non vis sustinere repulsam*.

150. ¿No es esto propiamente lo que la misma naturaleza inspira a los pequeños en relación a los grandes, como ya hemos visto? ¿Por qué la gracia no nos ha de conducir a hacer la misma cosa en relación a Dios, que está infinitamente por encima de nosotros, y ante el cual somos menos que los átomos; teniendo, por otro lado, una tan poderosa abogada que jamás es desatendida; tan ingeniosa que sabe todos los secretos para ganarse el corazón de Dios, tan buena y caritativa que no desecha a nadie, por pequeño y malvado que sea?

La figura verdadera de las verdades que enseñó la expondré más adelante en la historia de Jacob y Rebeca.

Artículo IV ■

Esta devoción es un medio excelente para buscar la mayor gloria de Dios

Cuarto Motivo:

151. Esta devoción fielmente practicada es un excelente medio de actuar, de tal manera que el valor de todas nuestras buenas obras sea empleado para la mayor gloria de Dios. Casi nadie actúa por este noble fin, a pesar de que a ello se está obligado, bien sea porque no se sabe dónde está la mayor gloria de Dios, bien, porque no se la desea. Pero la Santísima Virgen, a quien se cede el valor y mérito de estas buenas obras, conoce perfectísimamente dónde está la mayor gloria de Dios, y no hace otra cosa que para la mayor gloria de Dios. De tal modo que un perfecto siervo de esta buena Señora, que se ha consagrado a Ella enteramente como lo hemos dicho, puede decir osadamente que el valor de todas sus acciones, pensamientos y palabras, es empleado para la mayor gloria de Dios, a menos que él revoque expresamente su ofrecimiento. ¿Puede encontrarse algo más consolador para un alma que ama a Dios con un amor puro y desinteresado, y que procura más la gloria de Dios y sus intereses que los suyos propios?

Artículo V ■

Esta devoción conduce a la unión con Nuestro Señor

Quinto Motivo:

152. Esta devoción es un camino *fácil, corto, perfecto y seguro* para llegar a la unión con Nuestro Señor, que es en lo que radica la perfección del cristiano.

1. Esta devoción es un camino fácil

Es un camino *fácil*; es un camino que Jesucristo ha abierto viniendo a nosotros, y en el cual no hay obstáculo ninguno para llegar a Él. En verdad se puede llegar a la unión divina por otras vías, pero en ellas se encuentran más cruces y muertes extrañas y con muchas más dificultades que no venceremos sino difícilmente. Será necesario pasar por noches oscuras, por combates y agonías espantosos, por

montañas escarpadas, sobre espinas punzantes y horribles desiertos. Mas, por el camino de María se va más dulce y tranquilamente.

En él se encuentran en verdad rudos combates que debemos sobrellevar y grandes dificultades a vencer; pero esta buena Madre y Señora se vuelve tan cercana y presente a sus fieles servidores, para alumbrarlos en sus tinieblas, disipar sus dudas, darles seguridad en sus temores, sostenerlos en sus combates y sus dificultades, que en verdad este camino virginal para hallar a Jesucristo es un camino de rosas y de miel, comparado a los otros caminos. Ha habido algunos santos –pero en pequeño número– como San Efrén, San Juan Damasceno, San Bernardo, San Buenaventura, San Francisco de Sales, etc., que han seguido este dulce camino para ir hacia Jesucristo porque el Espíritu Santo, Esposo de María, se los ha mostrado por una gracia singular; pero los otros santos que son mayoría, aunque todos hayan tenido devoción a la Santísima Virgen, no por eso han entrado en este camino, o si lo han hecho ha sido muy poco. Y esta es la razón por la cual han pasado pruebas más rudas y peligrosas.

153. ¿Cómo entender entonces, me dirá algún fiel servidor de María, que los siervos fieles de esta buena Madre tengan tantas ocasiones de sufrir, y más aún que los otros que no le han sido tan devotos? Se les contradice, persigue y calumnia, no se los puede tolerar; o entonces, caminan en las tinieblas y desiertos interiores, donde no se experimenta la menor gota del rocío del cielo. Si esta devoción a la Santísima Virgen nos abre el camino para encontrar más fácilmente a Jesucristo, ¿de dónde aquí que los que lo transitan sean los más crucificados?

154. Le respondo que ciertamente los más fieles siervos de la Santísima Virgen, siendo los más favorecidos, reciben de Ella las más grandes gracias y favores del cielo, que son las cruces; pero también sustento que los servidores de María son los que llevan estas cruces con más facilidad, mérito y gloria. Y que lo que detendría mil veces a un otro o lo haría caer, a ellos no los detiene ni una sola vez, mas por el contrario, los hace avanzar, porque esta buena Madre toda llena de gracias y de la unción del Espíritu Santo, endulza todas las cruces que Ella les prepara, con el azúcar de su dulzura maternal y la unción del puro amor, de tal manera que ellos las consumen alegremente como nueces confitadas, aunque ellas sean por sí mismas amarguísimas. Y creo que una persona que quiera ser devota y vivir piadosamente en Jesucristo, y en consecuencia, sufrir persecuciones y llevar todos los

días su cruz, no podrá cargar jamás grandes cruces, o no las cargará alegremente ni hasta el fin, sin una tierna devoción a la Santísima Virgen que es la confitura de las cruces: al igual que una persona no podría comer sin gran violencia —que no será de gran duración— nueces verdes que no estuviesen confitadas en azúcar.

2. Esta devoción es un camino corto

155. Esta devoción a la Santísima Virgen es un camino *corto* para encontrar a Jesucristo, ya sea porque nadie se extravía en él, ya sea porque, conforme venimos demostrando, allí se camina con más alegría y facilidad, y en consecuencia, con más prontitud. Se avanza más en poco tiempo de sumisión y dependencia de María, que en años enteros haciendo la voluntad propia, y apoyándose en sí mismo; pues *un hombre obediente y sumiso* a la divina María *cantará victorias* (Prov. 21, 28) señaladas sobre todos sus enemigos. Es verdad que ellos querrán impedirle que siga su camino, o hacerlo retroceder o caer; pero, con el apoyo, el auxilio y la conducción de María, sin caer, sin retroceder y aún sin retardarse, avanzará con pasos de gigante hacia Jesucristo, por el mismo camino por el cual está escrito que Jesús ha venido a nosotros a pasos de gigante y en poco tiempo (Sal. 18, 6).

156. ¿Por qué pensáis que Jesús ha vivido tan poco tiempo en la tierra, y que en los pocos años que Él ha vivido, pasó casi toda su vida en la sumisión y obediencia a su Madre? — ¡Ah! es porque habiéndose consumido en poco tiempo su carrera, (Sab. 4, 13) ha vivido mucho tiempo y muchísimo más que Adán, cuyas pérdidas había venido a reparar, aun cuando éste vivió más de novecientos años. Y Jesucristo vivió mucho tiempo, pues vivió enteramente sumiso y unido a su Santísima Madre, en obediencia a Dios su Padre, porque: 1º. El que honra a su madre, se parece a un hombre que atesora, nos dice el Espíritu Santo; o sea, que aquel que honra a María su Madre hasta someterse a Ella y obedecerle en todas las cosas, se hará riquísimo, pues amasa tesoros todos los días por el secreto de esta piedra filosofal: *Qui honorat matrem, quasi qui thesaurizat* (Eclo. 3, 5). 2º. Pues, según una interpretación de estas palabras del Espíritu Santo: *Senectur mea in misericordia uberi*, — “mi vejez se encuentra en la misericordia del vientre”, es en el vientre de María *donde ha encerrado y engendrado a un hombre perfecto* (Jer. 31, 22), *y que ha tenido la capacidad de contener a Aquel a quien todo el universo no consigue abarcar ni contener*; es

en el seno de María, lo afirmo, que los jovencitos llegan a la ancianidad, en luz, santidad, experiencia y sabiduría, llegando en pocos años hasta la plenitud de la edad de Jesucristo.

3. Esta devoción es un camino perfecto

157. Esta práctica de devoción a la Santísima Virgen *es un camino perfecto para ir y unirse a Jesucristo*, pues la divina María es la más perfecta y santa de las meras criaturas, y Jesucristo que vino a nosotros de modo perfecto, no ha tomado otra ruta en su grande y admirable viaje, que la Virgen María. El Altísimo, el Incomprensible, el Inaccesible, El que Es, ha querido venir a nosotros, gusanillos de la tierra que no somos nada. ¿Cómo se ha dado esto? El Altísimo ha descendido perfecta y divinamente hasta nosotros por la humilde María, sin perder nada de su divinidad y santidad; y es por medio de María que los pequeñitos deben subir perfecta y divinamente hasta el Altísimo, sin aprensión ninguna. El Incomprensible se ha dejado abarcar y contener perfectamente por la humilde María, sin perder nada de su inmensidad; y también es a través de la humilde María que nosotros debemos dejarnos contener y conducir perfectamente y sin ninguna reserva. El Inaccesible se ha aproximado, se ha unido estrecha, perfecta e incluso personalmente a nuestra humanidad por María, sin nada perder de su majestad; también es por María como debemos acercarnos a Dios y unirnos a su Majestad perfecta y estrechamente, sin temor de ser rechazados. Finalmente, Aquel que Es quiso venir a lo que no es, y hacer que aquel que nada es, se haga Dios o Aquel que Es; y esto lo hace perfectamente dándose y sometiéndose plenamente a la tierna Virgen María, sin dejar de ser en el tiempo Aquel que Es desde toda la eternidad; así mismo, aunque nosotros no seamos nada, es por María que podremos llegar a ser semejantes a Dios, por la gracia y la gloria, dándonos a Ella tan perfecta y enteramente, que nada seamos en nosotros, y todo en Ella, sin temor de engañarnos.

158. Que se me trace un camino nuevo para ir a Jesucristo, y que este camino sea enlosado con todos los méritos de los bienaventurados, adornado con todas sus virtudes heroicas, esclarecido y embellecido con todas las luces y hermosuras de los ángeles, y que todos los ángeles y los santos ahí estén para conducir, defender y sostener a todos aquellos que por él quisieren andar. En verdad, en verdad –lo afirmo sin temor y sé que digo la verdad–, que en lugar de este camino

que sería tan perfecto, tomaría preferiblemente la vía Inmaculada de María: *Posui immaculatam viam meam* (Sal. 17, 33), vía o camino sin mancha ni suciedad, sin pecado original ni actual, sin sombras ni tinieblas; y si mi amable Jesús viene glorioso una segunda vez a la tierra para reinar aquí (como es seguro), no escogerá otra vía para su viaje que la divina María, por la cual Él tan segura y perfectamente vino la primera vez. La diferencia que habrá entre la primera y última venidas, es que la primera ha sido secreta y oculta y la segunda será gloriosa y esplendorosa; pero todas las dos perfectas, pues las dos serán por medio de María. ¡Ah! ¡He aquí un misterio que no se comprende: *Hic taceat omnis lingua.*

4. Esta devoción es un camino seguro

159. Esta devoción a la Santísima Virgen es un camino seguro para ir a Jesucristo, y adquirir la perfección uniéndonos a Él:

1º – Porque esta práctica que yo enseño no es nueva, por el contrario, es tan antigua que no se pueden precisar exactamente sus comienzos –como dice M. Boudon, muerto en olor de santidad, en un libro que escribió sobre esta devoción–. Sin embargo, es cierto que desde hace 700 años se encuentran indicios de ella en la Iglesia.

San Odilón, Abad de Cluny, que vivió hacia el año 1040, fue uno de los primeros que la practicaron públicamente en Francia, conforme se hace mención en su vida.

El Cardenal Pedro Damián refiere que el año 1016, el Beato Marín, su hermano, se hizo esclavo de la Santísima Virgen en la presencia de su director, de una manera bien edificante, pues se colocó una cuerda al cuello, tomó la disciplina y colocó sobre el altar una suma de dinero como señal de su entrega y consagración a la Santísima Virgen, lo que tan fielmente continuó durante toda su vida, que mereció en la hora de la muerte ser visitado y consolado por su buena Señora, y recibir de sus labios la promesa del Paraíso en premio a sus servicios.

Cesáreo Bolando hace mención de un ilustre caballero, Vautier de Birbak, pariente próximo de los duques de Louvain, que alrededor del año 1300, hizo esta consagración de sí mismo a la Santísima Virgen.

Esta devoción ha sido practicada por muchos particulares hasta el siglo XVII, en que se volvió pública.

160. El P. Simón de Rojas, de la Orden de la Trinidad, llamada de la Redención de los Cautivos, Predicador del rey Felipe III, puso en boga esta devoción por toda España (año 1611) y en Alemania, y obtuvo de Gregorio XV –a instancias de Felipe III– grandes indulgencias para quienes la practicasen.

El R. P. de Los Ríos, de la Orden de San Agustín, junto a su íntimo amigo el P. Rojas, se dedicó a extender esta devoción con sus escritos y sus palabras por España y Alemania. Compuso un grueso volumen titulado “Hierarchia Mariana”, en que trata con tanta piedad como erudición sobre la antigüedad, excelencia y solidez de esta devoción.

161. En el siglo último, los R. P. Teatinos establecieron esta devoción en Italia, Sicilia y Saboya. El R. P. Stanislas Phalacius, de la Compañía de Jesús, dio un maravilloso empuje a esta devoción en Polonia. El Padre De los Ríos, en su libro arriba citado, relaciona los nombres de los príncipes, princesas, duques y cardenales de diferentes reinos que abrazaron esta devoción.

El R. P. Cornelio Alápide, tan recomendable por su piedad como por la profundidad de su ciencia, habiendo recibido el encargo de muchos obispos y teólogos de examinar esta devoción, después de haberla maduramente analizado, le dio alabanzas dignas de su piedad, y muchos otros grandes personajes siguieron su ejemplo.

Los RR.PP. Jesuitas, siempre celosos en el servicio de la Santísima Virgen, presentaron un pequeño tratado de esta devoción, en nombre de los congregantes de Colonia, al duque Fernando de Baviera, entonces arzobispo de Colonia, quien le dio su aprobación y permiso de impresión, exhortando a todos los párrocos y religiosos de su diócesis para extender tanto cuanto pudiesen esta sólida devoción.

162. El cardenal De Berulle, cuya memoria bendice Francia entera, fue uno de los más celosos en extender en Francia esta devoción, a pesar de todas las calumnias y persecuciones que le hicieron los críticos y libertinos. Lo acusaron de novedad y superstición; escribieron y publicaron contra él un libelo difamatorio, y se sirvieron, o mejor, el demonio, por su ministerio, de mil astucias para impedirle expandir esta devoción por toda Francia. Pero este grande y santo hombre no respondió a sus calumnias más que con su paciencia; y a las objeciones contenidas en su libelo, por un pequeño escrito en el cual los refuta poderosamente, mostrándoles que esta devoción esta cimen-

tada en el ejemplo de Jesucristo, en las obligaciones que con Él hemos contraído, y en los votos que hemos hecho en el bautismo; y con esta última razón particularmente les cerró la boca a sus adversarios, haciéndoles ver que esta consagración a la Santísima Virgen, y a Jesucristo por sus manos, no es otra cosa que una perfecta renovación de los votos y promesas del bautismo. Muchas bellas cosas nos dice él sobre esta práctica, que pueden ser leídas en sus obras.

163. Pueden leerse en el libro de M. Boudon los nombres de los diferentes papas que han aprobado esta devoción, los teólogos que la han examinado, las persecuciones que ha sufrido y vencido, así como los millares de personas que la han abrazado, sin que jamás Papa alguno la haya condenado; y no se lo podría hacer sin transtornar los fundamentos del cristianismo.

Queda entonces constancia de que esta devoción no es nada nueva, y que si ella no es común, es por ser demasiado preciosa para poder ser degustada y practicada por todo el mundo

164. Esta devoción **es un medio seguro para ir a Jesucristo**, pues lo propio de la Santísima Virgen es conducirnos con seguridad a Jesucristo, de igual modo que lo propio de Jesucristo es conducirnos seguramente al eterno Padre. No es bueno entonces que las personas espirituales creen falsamente que María les es un impedimento para llegar a la unión divina, pues ¿sería posible que Aquella que ha hallado gracia delante de Dios para todo el mundo en general, y para cada uno en particular, fuera un impedimento para que un alma encuentre la gracia inmensa de la unión con Él? ¿Sería posible que Aquella que ha sido toda llena y superabundante de gracias, tan unida y transformada en Dios, que ha sido necesario que Él se haya encarnado en Ella, impidiera que un alma no fuera perfectamente unida a Dios?

Es absolutamente verdadero que la vista de las otras criaturas, aunque sean santas, podría posiblemente una que otra vez retardar la unión divina; pero no María, como lo he dicho y diré siempre sin cansarme. Y una razón por la cual tan pocas almas llegan a la plenitud de la edad de Jesucristo, es porque María —que tanto ahora como siempre es la Madre del Hijo y la Esposa fecunda del Espíritu Santo— no ha sido suficientemente formada en sus corazones; quien desea tener el fruto maduro y bien formado, debe tener el árbol que lo produce; quien desea tener el fruto de la vida, Jesucristo Nuestro Señor, debe

tener el árbol de la vida, que es María. Quien deseara tener en sí la operación del Espíritu Santo, debe tener a su Esposa fiel e indisoluble, la divina María, que lo torna fértil y fecundo, como ya lo hemos dicho en otra parte.

165. Estad persuadidos entonces que, en la medida en que más miréis a María en vuestras oraciones, contemplaciones, acciones y sufrimientos –si no de una manera clara y distinta, al menos con mirada general e imperceptible–, así más perfectamente hallaréis a Jesucristo, que está siempre con María, grande, poderoso, operante e incomprensible, y de mejor manera que en el cielo o en cualquier otra criatura del universo. De este modo, en lugar de ser la divina María –que está toda transformada en Dios– un obstáculo para que los perfectos lleguen a su unión con Dios, no ha habido hasta ahora ni habrá jamás criatura que como Ella nos ayude más eficazmente a esta gran obra, tanto por las gracias que Ella os comunicará para este efecto, pues nadie se ha llenado del pensamiento de Dios sino por Ella –como nos dice un santo–: *Nemo cogitatione Dei repletur nisi per te*; como también por la defensa que ella os garantizará contra las ilusiones y engaños del mal espíritu.

166. Allí donde está María no puede estar tal espíritu maligno, y una de las más infalibles señales para conocer cuándo se es conducido por el buen espíritu, es cuando se es devoto de María, cuando se piensa a menudo en Ella, y que de Ella se habla con frecuencia. Es el pensamiento de un santo, quien añade que así como la respiración es una señal segura de que el cuerpo no está muerto, el pensamiento frecuente e invocación amorosa de María es una señal cierta de que el alma no está muerta por el pecado.

167. Como sólo María es quien ha hecho perecer por sí todas las herejías, según dice la Iglesia y el Espíritu Santo que la conduce: *Sola cunctas haereses interemisti in universo mundo*, a pesar de las murmuraciones de los críticos, nunca un devoto fiel de María caerá en la herejía o en la ilusión, al menos formal; él podrá errar materialmente, tomar la mentira por verdad, y el maligno espíritu por el bueno, aunque más difícilmente que otro; pero tarde o temprano conocerá su falta y su error material, y cuando lo conociere, no se obstinará de manera alguna en creer y sostener lo que había creído verdadero.

168. Cualquiera entonces que quisiere avanzar por las vías de la

perfección, sin temor de ilusión –tan ordinario en las personas de oración– y hallar segura y perfectamente a Jesucristo, que abraza con un gran corazón, *corde magno et animo volenti*, esta devoción a la Santísima Virgen, que talvez no haya conocido aún. Que él entre en este camino excelente que le era desconocido y que yo le enseño: *Excellentionem viam vobis demonstro*. Es un camino abierto por Jesucristo, la Sabiduría encarnada, nuestra única cabeza, y que por él pasando sus miembros, no pueden engañarse.

Es un camino *fácil*, por causa de la plenitud de gracia y unción del Espíritu Santo que lo llena; no se cansa ni retrocede jamás cuando por él se camina. Es un camino *corto*, que en poco tiempo nos conduce a Jesucristo. Es un camino *perfecto*, donde no hay lodo, ni polvo, ni la menor inmundicia del pecado. Es en fin un camino *seguro*, que nos conduce a Jesucristo y a la vida eterna de una manera recta y segura, sin desviarnos ni a la derecha ni a la izquierda. Entremos pues en este camino y por él transitemos día y noche hasta la plenitud de la edad de Jesucristo.

Artículo VI ■

Esta devoción otorga gran libertad interior

Sexto Motivo

169. Esta práctica de devoción da una gran libertad interior, que es la libertad de los hijos de Dios a las personas que fielmente la practican. Pues, como quiera que por esta devoción se hace esclavo de Jesucristo consagrándose enteramente a Él en calidad de tal, este buen Señor, en recompensa por la cautividad amorosa a que nos sometemos: **1. – Quita de nuestra alma todo escrúpulo y temor servil, que sólo es capaz de estrecharla, cautivarla y embrollarla; 2. – Ensancha el corazón con una santa confianza en Dios, haciéndole mirar como a su Padre; 3. – Le inspira un amor tierno y filial.**

170. Sin detenerme a probar con razones esta verdad, me contento con relatar un trazo de historia que he leído en la vida de la Madre Inés de Jesús, religiosa jacobina, del convento de Langeac, en Auvernia, y que murió en olor de santidad en el mismo lugar, el año 1634. No teniendo sino siete años y sufriendo grandes aflicciones de espíritu, oyó una voz que le dijo que si ella quería ser librada de to-

das sus penas y protegida contra todos sus enemigos, se consagrara prontamente como esclava de Jesús y de su Santísima Madre. No fue más que regresar a su casa y se dio enteramente a Jesucristo y a su Santísima Madre en calidad de tal, aunque ella no supiera entonces lo que era dicha devoción; y habiendo encontrado una cadena de hierro, se la puso en su cintura y la llevó hasta la muerte. Después de esta acción, todas sus penas y sus escrúpulos cesaron, y ella se encontró en una gran paz y dilatación de corazón, lo que la indujo a enseñar esta devoción a muchos otros que hicieron con ella grandes progresos, entre otros M. Olier, fundador del Seminario de San Sulpicio, así como a muchos sacerdotes y eclesiásticos del mismo seminario... Un día, la Santísima Virgen le dijo: Felices son los fieles esclavos de la Reina del cielo, pues ellos gozarán de la verdadera libertad: *Tibi servire libertas*.

Artículo VII ■

Esta devoción consigue grandes bienes al prójimo

Séptimo Motivo

171. Lo que podría aún inducirnos a abrazar esta devoción, son los grandes bienes que por ella recibirá nuestro prójimo, ya que por esta práctica se ejerce la caridad con él de una manera eminente, pues se le da por las manos de María, todo lo que se tiene de más apreciable, que es el valor satisfactorio e impetratorio de todas las buenas obras, sin exceptuar el menor pensamiento bueno y el menor y más pequeño sufrimiento; se consiente que todo lo que se ha adquirido, y que se venga a adquirir hasta la muerte, en materia de satisfacciones, sea según la voluntad de la Santísima Virgen, empleado o en la conversión de los pecadores o en la liberación de las almas del purgatorio.

¿No es esto acaso amar al prójimo perfectamente? ¿No es acaso ser verdadero discípulo de Jesucristo, a quienes se reconoce por la caridad? ¿No es éste el medio de convertir a los pecadores, sin temor de vanidad, y de liberar a las almas del purgatorio, sin hacer casi ninguna otra cosa que aquello que cada uno está obligado a hacer según su estado?

172. Para conocer la excelencia de este motivo, sería necesario conocer qué bien tan grande es convertir a un pecador o librar a un

alma del purgatorio: bien infinito, que es más grande que crear el cielo y la tierra, pues se da a un alma la posesión de Dios. Aún cuando por esta práctica sólo se librase a un alma del purgatorio en toda su vida, o no se convirtiese más que a un pecador, ¿no sería esto suficiente para inducir a todo hombre verdaderamente caritativo a abrazarla?

Pero es necesario resaltar que nuestras buenas obras, pasando por las manos de María, reciben un aumento de pureza, y en consecuencia, de mérito y de valor satisfactorio e impetratorio, por lo cual se hacen más capaces de aliviar a las almas del purgatorio y de convertir a los pecadores, que si no pasasen por las manos virginales y generosas de María. Lo poco que se da por medio de la Santísima Virgen, sin voluntad propia y movido por una caridad muy desinteresada, se convierte realmente en algo poderoso para aplacar la cólera de Dios y obtener su misericordia. Y se verá quizá a la hora de la muerte, que una persona que ha sido muy fiel a esta práctica, habrá librado por este medio muchas almas del purgatorio y convertido muchos pecadores, aunque ella no haya realizado sino las acciones propias y ordinarias según su estado. ¡Qué gozo en su juicio! ¡Qué alegría en la eternidad!

Artículo VIII ■

Esta devoción es un medio admirable de perseverancia

Octavo Motivo

173. Finalmente, lo que más poderosamente nos induce en cierto modo a esta devoción a la Santísima Virgen, es que es un medio admirable para perseverar y ser fiel en la virtud. Pues, ¿de dónde aquí que la mayor parte de las conversiones de los pecadores no sean durables? ¿Por qué se recae tan fácilmente en el pecado? ¿De dónde proviene que la mayor parte de los justos, en lugar de avanzar de virtud en virtud y adquirir nuevas gracias, pierden a menudo lo poco de gracias y virtudes que tienen? Este mal proviene, como ya lo he demostrado antes, de que el hombre siendo tan corrompido, tan débil y tan inconstante, se fia en sí mismo, se apoya en sus propias fuerzas, y se cree capaz de guardar el tesoro de sus gracias, de sus virtudes y méritos.

Por esta devoción, se confía a la Santísima Virgen, que es fiel, todo lo que se posee; se la toma por la depositaria universal de todos sus bienes de naturaleza y de gracia. Es en su fidelidad que se fía, es en su poder que se apoya, es en su misericordia y su caridad que se funda, a fin de que Ella conserve y aumente nuestras virtudes y méritos, a pesar del diablo, el mundo y la carne, que hacen todos los esfuerzos para quitárnoslas. Se le dice como un buen hijo a su madre, y un fiel servidor a su Señora: *Depositum custodi*: Mi buena Madre y Señora, yo reconozco que hasta aquí he recibido más gracias de Dios por vuestra intercesión, que yo no merezco, y que mi funesta experiencia me enseña que yo llevo este tesoro en un vaso muy frágil, siendo yo demasiado débil y miserable para conservarlos por mí mismo: *adolescentulus sum ego et contemptus* recibid gratuitamente en depósito todo cuanto poseo, y conservádmelo por vuestra fidelidad y potestad; si Vos me guardáis, nada perderé; si me sostenéis, nunca caeré; si me protegéis, estoy a salvo de mis enemigos.

174. Esto mismo lo dice San Bernardo en términos formales para inspirarnos esta práctica: “**Cuando Ella os sostiene, no caéis; cuando Ella os protege, nada teméis; cuando Ella os conduce, no os fatigáis; cuando Ella os es favorable, llegáis hasta el puerto de salvación; Ipsa tenente, non corruis; ipsa protegente, non metuis; ipsa duce, non fatigaris; ipsa propitia, pervenis**”. San Buenaventura parece decir la misma cosa en términos más explícitos: “**La Santísima Virgen – dice él– no está solamente retenida en la plenitud de los santos, sino que retiene y guarda a los santos en su plenitud, a fin de que ésta no disminuya en nada; ella impide que sus virtudes se disipen, que sus méritos perezcan, que sus gracias se pierdan, que el demonio los dañe; en fin, impide que el Señor los castigue cuando pecan**”: *Virgo non solum in plenitudine sanctorum detenitur, sed etiam in plenitudine sanctos detinet, ne plenitudo minuatur; detinet virtutes ne fugiant; detinet merita ne pereant; detinet gratias ne effluent; detinet daemones ne noceant; detinet Filium ne peccatores percutiat.*

175. La Santísima Virgen es la Virgen fiel, que por su fidelidad a Dios, repara las pérdidas que la infiel Eva ocasionó por su infidelidad, y la que obtiene para todos aquellos que se entregan a Ella, la fidelidad a Dios y su perseverancia. Es esta la razón por la cual un santo la compara a un áncora firme, que los retiene e impide su naufragio en el mar agitado de este mundo, donde tantas personas perecen por no

aferrarse a esta firme ancla. “Atamos las almas a vuestra esperanza, como a un áncora firme: *Animas ad spem tuam sicut firmam anchoram alligamus*”. Los santos que se han salvado son los más aferrados a Ella, y a Ella han sujetado a los otros a fin de perseverar en la virtud. ¡Felices, pues, y mil veces felices los cristianos que entonces se agarran fiel y enteramente a Ella como a un ancla! Los esfuerzos de la tempestad de este mundo no los harán zozobrar ni perder sus tesoros celestiales. ¡Gozosos aquellos y aquellas que entran en Ella como en el arca de Noé! Las aguas del diluvio de pecados que inundan a tanta gente no los afectará, pues: “*Qui operantur in me non peccabunt*: Los que están en mí para trabajar por su salvación, no pecarán”, dice Ella con la Sabiduría. Dichosos los infelices hijos de la desdichada Eva que se entregan a la Madre y Virgen fiel, la cual siempre permanece fiel y no se desmiente jamás: *Fidelis permanet, se ipsam negare non potest*, y que siempre ama a quienes la aman: *Ego diligentes me diligo*, no solamente con un amor afectivo, sino con un amor efectivo y eficaz, impidiéndoles con una gran abundancia de gracias retroceder en la virtud o desfallecer en el camino perdiendo la gracia de su Hijo.

176. Esta bondadosa Madre recibe siempre, por pura caridad, todo cuanto se le da en depósito; y una vez lo ha recibido en calidad de depositaria, se obliga en justicia —en virtud del contrato del depósito— a guardárnoslo, de igual modo que una persona a quien yo hubiese confiado mil escudos en depósito, quedaría obligada a protegérmelos, de manera que, si por su negligencia mis mil escudos llegasen a perderse, quedaría responsable en sana justicia. ¡Pero no! La fiel María jamás dejará perder por su negligencia lo que se le hubiere confiado: el cielo y la tierra pasarán antes que Ella fuere negligente e infiel con los que se fían de Ella.

177. Pobres hijos de María: vuestra debilidad es extrema, vuestra inconstancia es grande, el fondo de vuestro ser, estropeado. Confieso que vosotros sois sacados de la misma masa corrompida de los hijos de Adán y Eva; pero no os desaniméis por esto, sino consolaos y regocijaos: ¡He aquí el secreto que yo os enseño! Secreto desconocido de casi todos los cristianos, aún los más devotos.

No dejéis vuestro oro y plata en vuestros cofres que han sido ya rotos por el maligno espíritu que os ha robado, y que son demasiado pequeños, débiles y viejos para contener un tesoro tan grande y tan precioso. No pongáis el agua pura y cristalina de la fuente en vuestros

vasos deteriorados e infectados por el pecado. Si en ellos ya no está el pecado, su mal olor aún subsiste; el agua buena será corrompida. No pongáis vinos exquisitos en vuestros antiguos toneles, que han estado llenos de malos vinos, pues se echarían a perder y quedarían en peligro de derramarse.

178. Aunque me hubiereis entendido, almas predestinadas, os hablo más abiertamente. No confiéis el oro de vuestra caridad, la plata de vuestra pureza, las aguas de las gracias celestiales, ni los vinos de vuestros méritos y virtudes en un saco agujereado, en un cofre viejo y roto, en un recipiente deteriorado y corrompido como sois vosotros: de lo contrario seréis robados por los ladrones, es decir, los demonios que espían día y noche a la espera del momento oportuno para hacerlo. De lo contrario, corromperéis por el mal olor de vosotros mismos, de la confianza que tenéis en vosotros mismos, y de vuestra voluntad, todo lo que Dios os da de más puro.

Colocad, verted en el seno y el corazón de María todos vuestros tesoros, vuestras gracias y virtudes: es un vaso espiritual, es un vaso honorable, es un vaso insigne de devoción: *Vas spirituale, vas honorabile, vas insigne devotionis*. Después de que Dios mismo en persona se encerró en ese vaso con todas sus perfecciones, ese vaso se volvió todo espiritual y se ha convertido en la morada espiritual de las almas más espirituales; se hizo honorable y el trono de honor de los más grandes príncipes de la eternidad; se ha hecho insigne de devoción, y la morada de las más ilustres dulzuras, gracias y virtudes; y finalmente, se ha vuelto rico como una casa de oro, fuerte como una torre de David, y puro como una torre de marfil.

179. ¡Oh, cuán feliz es un hombre que lo ha dado todo a María, que se confía y pierde en un todo y por todo en María! Él es todo de María, y María es toda de él; y osadamente puede decir con David: *Haec facta est mihi* – “María ha sido hecha para mí”; o con el Discípulo Amado: *Accepi eam in mea* – “La he tomado por todo mi bien”; o con Jesucristo: *Omnia mea tua sunt* – “Todo lo que Yo tengo es vuestro, y todo lo que Vos tenéis es mío”.

180. Si algún crítico que leyere esto se imagina que yo hablo aquí con exageración y por devoción extremada, ¡ay! él no me entiende, ya por ser un hombre carnal que no gusta de las cosas espirituales, o bien porque es del mundo, que no puede recibir al Espíritu Santo, o

entonces porque es orgulloso y crítico, que condena o menosprecia todo lo que no entiende. Pero las almas que no son nacidas de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre sino de Dios y de María, me comprenden y me gustan, y es para ellas a quienes escribo esto.

181. Entre tanto, afirmo para unos y otros –retomando mi materia interrumpida– que siendo la divina María la más honesta y la más generosa de todas las puras criaturas, no se deja nunca vencer en amor y liberalidad; y “por un huevo da un buey”, como dice un santo varón. Es decir, por poco que se le da, Ella da en retribución mucho de lo que ha recibido de Dios; y, en consecuencia, si un alma se da a Ella sin reserva, poniendo en Ella toda su confianza, sin presunción, trabajando por su parte en adquirir las virtudes y domar sus pasiones, María se da también a esta alma sin reservas.

182. Que los fieles servidores de la Santísima Virgen digan entonces sin temor junto a San Juan Damasceno: “Teniendo confianza en Vos, ¡oh Madre de Dios!, yo seré salvo; confiando en vuestra protección, nada temeré; con vuestro socorro combatiré y pondré en fuga a mis enemigos, ya que vuestra devoción es un arma de salvación que Dios da a aquellos que quiere salvar – *Spem tuam habens, o Deipara, servabor; defensionem tuam possidens, non timebo; persequar inimicos meos et in fugam vertam, habens protectionem tuam et auxilium tuum; nam tibi devotum esse est arma quaedam salutis quae Deus his dat quos vult salvos fieri*”.



Capítulo VI

Figura Bíblica de esta Perfecta Devoción: Rebeca y Jacob

183. De todas las verdades que acabo de describir en relación a la Santísima Virgen y a sus hijos y servidores, el Espíritu Santo nos da en las Sagradas Escrituras (Gen. 27), una admirable figura en la historia de Jacob, que recibió la bendición de su padre Isaac por los cuidados e industria de su madre Rebeca.

He aquí como nos lo relata el Espíritu Santo. Y a continuación agregaré una explicación.

Artículo I ■ Rebeca y Jacob

★ Historia de Jacob

184. Habiendo vendido Esaú su derecho de primogenitura a Jacob, Rebeca –madre de los dos hermanos– que amaba tiernamente a Jacob le aseguró esta ventaja, algunos años después, mediante una destreza santa y toda llena de misterios. Pues Isaac, sintiéndose ya muy viejo y queriendo bendecir a sus hijos antes de morir, llamó a su hijo Esaú, a quien amaba, mandóle ir de caza para conseguirle algo de comer, a fin de bendecirle luego. Rebeca avisó rápidamente a Jacob lo que ocurría, mandándole ir a coger dos cabritos del rebaño. Tan pronto los hubo entregado a su madre, ésta le preparó a Isaac lo que sabía era de su agrado. Revistió a Jacob con los vestidos de Esaú, que ella guardaba, y cubrió sus manos y su cuello con la piel de los cabritos, a fin de que su padre que era ciego, pudiera oyendo la voz de Jacob, creer al menos por el pelo de sus manos, que era Esaú su hermano. Isaac en efecto, habiendo quedado sorprendido por su voz, que creía ser la voz de Jacob, lo hizo aproximar de sí, y habiendo tocado el pelo de las pieles con que se había cubierto las manos, dijo que la voz en verdad era la de Jacob, pero que las manos eran las ma-

Nuestra Señora de París
(Seminario de los
Heraldos del Evangelio,
Brasil)



nos de Esaú. Después que hubo comido y percibido, al besar a Jacob, el olor de sus vestidos perfumados, lo bendijo, deseándole el rocío del cielo y la fecundidad de la tierra; lo constituyó señor de todos sus bienes y terminó su bendición con estas palabras: “Que aquel que os maldijere sea él mismo maldito, y aquel que os bendijere sea colmado de bendiciones”.

Apenas Isaac había acabado de pronunciar estas palabras, he aquí que entra Esaú trayendo de comer lo que había cazado, a fin de que su padre luego lo bendijese. Este santo patriarca quedó sorprendido con increíble asombro tan pronto reconoció lo que acababa de suceder; pero, bien lejos de retractarse de lo que había hecho, por el contrario lo confirmó, pues veía muy sensiblemente el dedo de Dios en esta conducta. Esaú entonces lanzó bramidos, como resalta la Sagrada Escritura, y acusando en alta voz lo engañoso de su hermano preguntó a su padre si no tenía más que una bendición; siendo de este modo, como enseñan los santos Padres, la imagen de aquellos que sintiéndose satisfechos de aliar a Dios con el mundo, quieren gozar al tiempo de los consuelos del cielo y de los de la tierra. Isaac, conmovido por los lamentos de Esaú, lo bendice finalmente, pero con una bendición de la tierra, y sujetándolo a su hermano: esto le hizo concebir un odio tan encarnizado contra Jacob, que no esperaba sino la muerte de su padre para matarlo; y Jacob no habría podido evitar la muerte, si su querida madre Rebeca no lo hubiese librado de ella por sus industrias y buenos consejos que le dio y que él siguió.

★ Interpretación de la Historia de Jacob

185. Antes de explicar esta historia tan bella, es necesario hacer notar que, según todos los santos Padres y los intérpretes de la Sagrada Escritura, Jacob es la figura de Jesucristo y de los predestinados; y Esaú, la de los réprobos; no es preciso sino examinar las acciones y la conducta tanto del uno como del otro para juzgar así.

1º. Esaú, figura de los Réprobos

1º – Esaú, el primogénito, era fuerte y robusto de cuerpo, diestro y ducho en manejar el arco y coger caza abundante.

2º – Casi no permanecía en su casa, y, no poniendo su confianza más que en su fuerza y destreza, trabajaba siempre fuera de ella.

3º – No se preocupaba mucho de agradar a su madre Rebeca, haciendo bien poco caso de ella.

4º – Era tan goloso y tan dado a los placeres de la comida, que vendió su derecho de primogenitura por un plato de lentejas.

5º – Al igual que Caín, estaba lleno de envidia contra su hermano Jacob, y lo perseguía cuanto podía.

186. He aquí la conducta que observan siempre los réprobos:

1º – Se fían de sus fuerzas e industria para los negocios temporales; son muy fuertes, hábiles e ingeniosos para las cosas de la tierra, pero muy débiles e ignorantes en las cosas del cielo : *In terrenis fortes, in caelestibus debiles*. Razón por la cual:

187. 2º – No habitan nada, o muy poco, en su propia casa; esto es, en su interior, que es la casa interior y esencial que Dios ha dado a cada hombre, para allí morar según su ejemplo: pues Dios permanece siempre en sí mismo. Los réprobos no gustan nada del retiro, ni la espiritualidad, ni de la devoción interior, y consideran como débiles de espíritu, beatos, huraños y salvajes a aquellos que llevan vida interior, retirada del mundo, y que trabajan más dentro que fuera.

188. 3º – Los réprobos no se preocupan nada de la devoción a la Santísima Virgen, la Madre de los predestinados; es verdad que no la odian formalmente, le dirigen algunas alabanzas, le dicen que la aman y hasta practican alguna devoción en su honor; pero, de resto, no pueden tolerar que se la ame tiernamente, pues ellos no tienen hacia Ella las ternuras de Jacob; les parecen censurables las prácticas de devoción, a las cuales sus buenos hijos y servidores permanecen fieles para ganar su afecto, porque no creen que esta devoción les sea necesaria para la salvación, juzgando que siempre y cuando no odien formalmente a la Santísima Virgen, o que no menosprecien abiertamente su devoción, es suficiente, y habrán ganado sus buenas mercedes y gracias, pues sus servidores son, ya que rezan y dicen entre dientes algunas oraciones en su honor, sin ternura en relación a Ella, ni enmienda para sí mismos.

189. 4º – Estos réprobos venden su derecho de primogenitura, es decir, los placeres del Paraíso, por un plato de lentejas, o sea, por los placeres de la tierra. Ellos ríen, ellos beben, ellos comen, ellos se divierten, ellos juegan, ellos bailan, etc. ..., sin aplicarse al trabajo –tal como Esaú– de hacerse dignos de la bendición del Padre celestial. En

tres palabras, no piensan más que en la tierra, no aman más que las cosas de la tierra, sólo hablan y tratan de las cosas de la tierra y de sus placeres, vendiendo por un pequeño momento de placer, por un vano humo de honra, y por un pedazo de tierra dura, amarilla o blanca, la gracia bautismal, su vestido de inocencia, su herencia celestial.

190. 5º – Finalmente, los réprobos odian y persiguen todos los días, a los predestinados, abierta o secretamente; están a la carga, los menosprecian, los critican, los remedan, los injurian, los roban, los engañan, los empobrecen, los desechan, los rebajan hasta el polvo; mientras que ellos hacen fortuna, se entregan a sus placeres, viven espléndidamente, se enriquecen, se engrandecen y viven a su gusto.

2º. Jacob, figura de los Predestinados

191. 1º – Jacob, el hijo menor, era de una complexión débil, dulce y apacible, y vivía ordinariamente en casa para ganar el favor y las gracias de su madre Rebeca, a quien amaba tiernamente; si salía fuera, no era por su propia voluntad, ni por la confianza que tenía en su industria, sino por obedecer a su madre.

192. 2º – Amaba y honraba a su madre, razón por la cual permanecía en la casa junto a ella; no estaba nunca tan contento como cuando la veía; evitaba todo cuanto podría desagradarla, y hacía todo cuanto podría complacerla, lo cual aumentaba en Rebeca el amor que ella le profesaba.

193. 3º – Era sumiso con su querida madre en todas las cosas, en todo le obedecía enteramente, pronto y sin tardanzas, con amor y sin queja alguna; a la menor señal de su voluntad, el pequeño Jacob corría y trabajaba. Creía en todo lo que ella le decía, sin discutir: por ejemplo, cuando ella le pide ir a buscar dos cabritos y que se los lleve para preparar la comida a su padre Isaac, Jacob en nada le replicó, alegando que para dar de comer una sola vez a un hombre bastaba un cabrito, sino que sin discusiones, hizo cuanto ella le ordenó.

194. 4º – Tenía una gran confianza en su querida madre; como nada se apoyaba en su habilidad, confiaba únicamente en los cuidados y la protección de su madre; la procuraba en todas sus necesidades, la consultaba en todas sus dudas. Por ejemplo, cuando le preguntó si en lugar de la bendición, no recibiría la maldición de su padre, él

le creyó y se confió enteramente en ella, cuando le respondió que ella tomaría sobre sí esa maldición.

195. 5º – Finalmente, imitaba según sus fuerzas, las virtudes que veía en su madre; y parece que una de las razones por las cuales permanecía sedentario en su casa, era para imitar a su madre querida que tan virtuosa era, y alejarse de las malas compañías que corrompen las costumbres. Por este medio, se hizo digno de recibir la doble bendición de su querido padre.

196. He aquí también la conducta que observan todos los días los predestinados:

1º – Son sedentarios en la casa con su madre, es decir, gustan de la vida retirada, son almas interiores, se aplican a la oración, pero a ejemplo y en la compañía de su madre, la Santísima Virgen, cuya gloria está toda en el interior, y que durante toda su vida amó tanto el retiro y la oración. Es verdad que algunas veces ellos aparecen exteriormente en el mundo, pero es por obediencia a la voluntad de Dios y a la de su querida Madre, para cumplir sus deberes de estado. Por grandes que en apariencia sean las cosas que hacen exteriormente, ellos estiman mucho más aún las que hacen dentro de sí mismos, en su interior, en compañía de la Santísima Virgen, pues allí ellos realizan la gran obra de su perfección, en relación a la cual todas las otras obras no son más que juegos de niños. He aquí el porqué mientras que algunas veces sus hermanos y hermanas trabajan con mucha fuerza, industria y éxito en lo exterior, recibiendo la alabanza y aprobación del mundo, ellos conocen por la luz del Espíritu Santo, que hay mucha más gloria, provecho y placer, en morar oculto, en el retiro con Jesucristo su modelo, en una entera y perfecta sumisión a su Madre, que hacer por sí mismo maravillas de naturaleza y de gracia en el mundo, como tantos Esaús y réprobos. *Gloria et divitiae in domo ejus* (Sal 111, 3) – la gloria para Dios y las riquezas para el hombre se hallan en la casa de María.

Señor Jesús, ¡cuán amables son vuestros tabernáculos! El pajariillo ha encontrado una casa para alojarse, y la tortolilla un nido para colocar sus polluelos. ¡Oh cuán feliz es el hombre que mora en la casa de María, donde Vos antes que nadie habéis hecho vuestra morada! Es en esta casa de los predestinados donde él recibe sólo de Vos su socorro, y donde ha dispuesto las subidas y escalones de todas las

virtudes en su corazón, para elevarse a la perfección en este valle de lágrimas. *Quam dilecta tabernacula*, etc. (Sal 83).

197. 2º – Aman tiernamente y honran verdaderamente a la Santísima Virgen, como a su buena Madre y Señora. La aman no sólo de palabras, sino en verdad; la honran no sólo en lo exterior, sino en el fondo del corazón; evitan como Jacob todo cuanto pueda desagradarla, y practican con fervor todo cuanto creen que les puede granjear su benevolencia. Ellos le llevan y le dan no dos cabritos como Jacob a Rebeca, sino su cuerpo y su alma, con todo lo que de ellos depende, figurado por los dos cabritos de Jacob, a fin de que: **1. – Ella los reciba como una cosa que le pertenece; 2. – Los mate y haga morir al pecado y a sí mismos, desollándolos y despojándolos de su propia piel y de su amor propio, para por este medio, agradar a Jesús, su Hijo, que no desea por amigos y discípulos suyos más que los que están muertos a sí mismos; 3. – Ella los aderece según el gusto del Padre celestial, y a su mayor gloria, que Ella conoce mejor que ninguna criatura; 4. – A fin de que por sus cuidados e intercesiones, este cuerpo y esta alma, bien purificados de toda mancha, bien muertos, bien despojados y bien aderezados, sean un manjar delicado, digno de la boca y de la bendición del Padre celestial.** ¿No es lo que harán las personas predestinadas, que gustarán y practicarán la consagración perfecta a Jesucristo por las manos de María, que les enseñamos, para testimoniar a Jesús y a María un amor efectivo e intrépido?

Los réprobos dicen mucho que ellos aman a Jesús, que ellos aman y honran a María, pero no lo hacen en substancia, pero no hasta sacrificarles su cuerpo con sus sentidos, su alma con sus pasiones, como los predestinados.

198. 3º – Ellos son sumisos y obedientes a la Santísima Virgen, como a su bondadosa Madre, a ejemplo de Jesucristo, que de treinta y tres años que vivió en la tierra, empleó treinta para glorificar a Dios su Padre, por medio de una perfecta y entera sumisión a su Santísima Madre. Ellos le obedecen, siguiendo exactamente sus consejos, como el pequeño Jacob los de Rebeca, a quien ella dice: *Aquiesce consiliis meis* (Gen. 27, 8) – “Hijo mío, seguid mis consejos”; o como los invitados de las bodas de Caná, a quienes la Santísima Virgen dice: *Quodcumque dixerit vobis facite* (Jn 2, 5) – “Haced todo lo que mi Hijo os dirá”. Por haber obedecido a su madre, Jacob recibió la bendición

como por milagro, ya que naturalmente no la debería obtener; los convidados en las bodas de Caná, por haber seguido el consejo de la Santísima Virgen, fueron honrados con el primer milagro de Jesucristo, quien ha convertido el agua en vino, a ruegos de su Santísima Madre. De igual manera, todos aquellos que hasta el fin de los siglos recibirán la bendición del Padre celestial, y serán honrados con las maravillas de Dios, no recibirán estas gracias más que en consecuencia de su perfecta obediencia a María. Los Esaús por el contrario, pierden su bendición por falta de sumisión a la Santísima Virgen.

199. 4º – Tienen una gran confianza en la merced y el poder de la Santísima Virgen, su bondadosa Madre; reclaman sin cesar su socorro; la miran como a su estrella polar, para llegar a puerto seguro; le descubren sus penas y sus necesidades con gran abertura de corazón; se acogen a los senos de su misericordia y de dulzura, para obtener –por su intercesión– el perdón de sus pecados, o para degustar sus ternuras maternas en sus penas y disgustos; hasta se arrojan, se ocultan y se pierden de una manera admirable en su seno amoroso y virginal, para ser allí purificados de las menores manchas, y encontrar allí plenamente a Jesús, quien en tal seno reside como en su más glorioso trono. ¡Oh qué felicidad! “No creáis –dice el abad Guerrico– que haya más dicha habitando en el seno de Abraham que en el seno de María, pues el Señor ha puesto allí su trono: *Ne credideris majoris esse felicitatis habitare in sinu Abrahae quam in sinu Mariae, cum in eo Dominus posuerit thronum suum*”.

Los réprobos, por el contrario, colocando toda su confianza en ellos mismos, al igual que el hijo pródigo, sólo comen lo que comen los cerdos; a semejanza de los sapos no se nutren sino de tierra; y no gustando más que de las cosas visibles y exteriores conforme los mundanos, no aprecian en nada las dulzuras del seno de María; no sienten como los predestinados un cierto apoyo y una cierta confianza hacia la Santísima Virgen, su cariñosa Madre. Quieren miserablemente tener hambre de las cosas de afuera, como dice San Gregorio pues no desean degustar la dulzura que está toda preparada dentro de sí mismos, y dentro de Jesús y de María.

200. 5º – En fin, los predestinados guardan los caminos de la Santísima Virgen, su bondadosa Madre; es decir, la imitan, y es en eso que son verdaderamente felices y devotos, y que llevan la señal infalible de su predestinación, como les asegura esta buena Madre: *Beati qui cus-*

todiam vias meas, o sea, bienaventurados aquellos que practican mis virtudes, y que caminan sobre las huellas de mi vida con el socorro de la gracia divina. Ellos son felices en este mundo, durante su vida, por la abundancia de las gracias y de las dulzuras que yo les comunico de mi plenitud, y más abundantemente que a los otros que no me imitan tan de cerca; ellos son dichosos en su muerte, que es dulce y tranquila, y a la cual yo asisto ordinariamente para conducirlos por mí misma por los gozos de la eternidad, pues nunca se ha perdido ninguno de mis servidores, que haya imitado mis virtudes durante su vida.

Los réprobos, por el contrario, son infelices durante su vida, en su muerte y en la eternidad, porque ellos no imitan a la Santísima Virgen en sus virtudes, contentándose con haber participado alguna vez de sus cofradías, haber recitado algunas oraciones en su honor, o haber practicado alguna otra devoción exterior.

¡Oh Santísima Virgen, bondadosa Madre mía! ¡Cuán felices son aquellos –lo repito con transportes de mi corazón– cuán dichosos son aquellos que no se dejan seducir por una falsa devoción hacia Vos, que guardan fielmente vuestros caminos, vuestros consejos y vuestras órdenes! Mas ¡qué infelices y malditos son aquellos que abusando de vuestra devoción, no guardan los mandamientos de vuestro Hijo: *Maledicti omnes qui declinant a mandatis tuis*.

Artículo II ■

La Santísima Virgen y sus esclavos de amor

201. Veamos ahora los caritativos oficios que la Santísima Virgen, como la mejor de todas las madres, ejerce con sus fieles servidores, que se han entregado a Ella de la manera que he mostrado, y según la figura de Jacob.

1. Ella los ama

“Ego diligentes me diligo: Yo amo a aquellos que me aman”. Ella los ama: **1. – Porque Ella es su Madre verdadera: ahora bien, una madre ama siempre a su hijo, el fruto de sus entrañas;** **2. – Ella los ama por reconocimiento, porque efectivamente ellos la aman**

como a su cariñosa Madre; **3.**— Ella los ama, porque siendo predestinados, Dios los ama: *Jacob dilexi. Esaú autem odio habui*; **4.**— Los ama, porque ellos se han consagrado enteramente a Ella, y porque son su porción y su herencia: *In Israel haereditare*.

202. Ella los ama tiernamente, y más tiernamente que todas las madres reunidas. Poned, si podéis, todo el amor natural que las madres de todo el mundo tienen en relación a sus hijos, en un mismo corazón de una madre por su hijo único; ciertamente esta madre amará mucho a este hijo; sin embargo, es verdad que María ama mucho más tiernamente aún a sus hijos, de lo que esta madre amaría al suyo.

Ella no los ama solamente con afecto, sino con eficacia. Su amor hacia ellos es activo y efectivo, como el de Rebeca por Jacob, y aún más.

He aquí lo que esta bondadosa Madre, de quien Rebeca no era sino la figura, hace por obtener para sus hijos la bendición del Padre celestial:

203. 1º— Ella espía como Rebeca las ocasiones favorables para hacerles el bien, engrandecerles y enriquecerles. Como ve claramente en Dios todos los bienes y los males, las buenas y malas fortunas, las bendiciones y maldiciones de Dios, dispone de lejos las cosas para eximir de toda suerte de males a sus servidores y colmarlos de todo género de bienes; de tal modo que si hay un buen negocio para realizar ante Dios, por la fidelidad de una criatura a cualquier empleo importante, es seguro que María procurará esta buena fortuna a algunos de sus buenos hijos y servidores, y les dará la gracia para llevarlo a cabo con fidelidad. *Ipsa procurat negotia nostra*, dice un santo.

204. 2º— Ella les da buenos consejos, como Rebeca a Jacob: *Fili mi, aquiesce consiliis meis*: Hijo mío, sigue mis consejos (Gen. 27, 8). Y entre otros consejos, ella les inspira le lleven dos cabritos, es decir, su cuerpo y su alma, consagrárselos para hacer un guiso que sea agradable a Dios, y hacer todo lo que Jesucristo, su Hijo, ha enseñado con sus palabras y sus ejemplos. Y si no es por sí misma que Ella les da esos consejos, es por el ministerio de los ángeles, que no tienen mayor honra y placer que en obedecer cualquiera de sus mandatos, y descender a la tierra para socorrer a alguno de sus fieles servidores.

205. 3º— Cuando se le ha llevado y consagrado su cuerpo y su alma, y todo cuanto de ellos depende, sin exceptuar nada, ¿qué hace

esta buena Madre? Lo que hizo otrora Rebeca con los dos cabritos que Jacob le entregó: **1.** – Los mata haciéndolos morir a la vida del viejo Adán; **2.** – Los desuella y despoja de su piel natural, de sus inclinaciones naturales, de su amor propio y propia voluntad, y de todo apego a las criaturas; **3.** – Los purifica de sus manchas, suciedades y pecados; **4.** – Los adereza al gusto de Dios y a su mayor gloria. Ya que no hay nadie como Ella que conozca tan perfectamente este gusto divino y esta mayor gloria del Altísimo, sólo Ella sin engañarse puede acomodar y aderezar nuestro cuerpo y nuestra alma a este gusto infinitamente exquisito, y a esta gloria infinitamente oculta y eterna.

206. 4º – Habiendo recibido esta cariñosa Madre la ofrenda perfecta que le hemos hecho de nosotros mismos, y de nuestros propios méritos y satisfacciones, según la devoción de que ya os he hablado, y habiéndonos despojado de nuestros viejos trajes, Ella nos engalana haciéndonos dignos de aparecer delante de nuestro Padre celestial.

1. – Nos reviste de trajes apropiados, nuevos, preciosos y perfumados de Esaú el primogénito, es decir, de Jesucristo su Hijo, que Ella guarda en su casa, o sea que tiene en su poder, como siendo la tesorera y dispensadora universal de los méritos y virtudes de su Hijo Jesucristo, que Ella da y comunica a quien quiere, como quiere y tanto cuanto quiere, según hemos visto. **2.** – Ella cubre el cuello y las manos de sus servidores con las pieles de los cabritos muertos y desollados; es decir, los adorna con los méritos y el valor de sus propias acciones. Ella mata y mortifica, en efecto, todo cuanto hay de impuro y de imperfecto en sus personas pero no pierde ni disipa todo el bien que la gracia ha hecho; Ella lo guarda y aumenta para hacer con ello el ornato y la fuerza de su cuello y de sus manos, es decir, para fortificarlos a fin de poder cargar el yugo del Señor, que se lleva en el cuello; y para obrar grandes cosas por la gloria de Dios y la salvación de sus pobres hermanos. **3.** – Da un nuevo perfume y una nueva gracia a estos vestidos y adornos, comunicándoles sus propios vestidos; es decir, sus méritos y sus virtudes, que Ella les ha legado al morir, en su testamento, conforme afirma una religiosa del último siglo, muerta en olor de santidad, y que lo ha sabido por revelación; de modo que todos sus domésticos, sus fieles servidores y esclavos, son doblemente cubiertos con los vestidos de su hijo y los suyos propios: *omnes domesticus ejus vestiti sunt duplicibus* (Prov. 31, 21); por eso nada tienen que temer del frío de Jesucristo, blanco como la nieve, al contrario de

los réprobos, los cuales completamente desnudos y despojados de los méritos de Jesucristo y de la Santísima Virgen no podrán soportarlo.

207. 5º – Ella les hace obtener, finalmente, la bendición del Padre celestial, aunque no siendo más que los hijos segundos y adoptivos, no debieran naturalmente recibirla. Con esos vestidos enteramente nuevos, preciosísimos y de tan buen olor, y con sus cuerpos y almas bien preparados y aderezados, se aproximan confiantemente del lecho de reposo de su Padre celestial. Él oye y distingue su voz, que es la del pecador; toca sus manos cubiertas de pieles; siente el buen olor de sus vestidos; come con gozo de lo que María, Madre de ellos, le ha preparado; y reconociendo en ellos los méritos y el buen olor de su Hijo y de su Santa Madre: **1.** – Les da su doble bendición, la bendición del rocío del cielo: *De rore Caeli* (Gen 27, 28); es decir, de la gracia divina, que es la semilla de la gloria: *Benedixit nos in omni benedictione spirituali in Christo Jesu*; bendición de la grosura de la tierra: *De pinguedine terrae* (Gen., 27, 28), es decir, que este Padre bondadoso les da el pan de cada día, y una abundancia suficiente de los bienes de este mundo; **2.** – Los constituye señores de sus otros hermanos, los réprobos; lo cual no quiere decir que esta primacía aparezca siempre en este mundo que pasa en un instante (1 Cor. 7, 31), donde a menudo dominan los réprobos: *Peccatores effabuntur et gloriabuntur..., Vidi impium superexaltatum et elevatum*; pero sin embargo es cierta, y aparecerá manifiestamente en el otro mundo, por toda la eternidad, en que los justos, según dice el Espíritu Santo, dominarán y comandarán a las naciones: *Dominabuntur populis* (Sab. 3, 8). **3.** – Su Majestad, no contenta con bendecirles en sus personas y en sus bienes, bendice aún a aquellos que los bendijeren y maldice a todos aquellos que los maldijeren y persiguieren.

2. Ella los mantiene

208. El segundo deber de caridad que la Santísima Virgen ejerce con sus fieles servidores, es que Ella los sustenta con todo lo necesario para el cuerpo y para el alma. Les da vestidos dobles, como acabamos de ver. Les da a comer los platos más exquisitos de la mesa de Dios; les da a comer el pan de vida que Ella ha formado: *A generationibus meis implemini* (Ecló, 24, 26): Mis queridos hijos –les dice Ella bajo el nombre de la Sabiduría– saciaos de mis generaciones, o sea, de Jesús

el fruto de la vida que yo he puesto en el mundo por vosotros.— *Venite, comedite panem meum et bibite vinum quod miscui vobis* (Prov. 9, 5); *Comedite et bibite, et inebriamini, carissimi*; venid —les repite en otro lugar—, comed mi pan que es Jesús, y bebed el vino de su amor, que yo os he mezclado con la leche de mis senos: Ya que es Ella la tesorera y dispensadora de los dones y de las gracias del Altísimo, da una buena porción, y la mejor, para alimentar y sustentar a sus hijos y servidores, los cuales son cebados con el pan de vida, y embriagados con el vino que engendra vírgenes. Ellos son llevados en sus pechos: *Ad ubera portabimini* (Is 66, 12); y tienen tal facilidad en cargar el yugo de Jesucristo, que casi no sienten su pesadez, por causa del aceite de la devoción con que Ella lo hace pudrir: *Jugum eorum computrescet a facie olei* (Is 10, 27).

3. Ella los conduce

209. El tercer bien que la Santísima Virgen hace a sus fieles servidores, es conducirlos y dirigirlos según la voluntad de su Hijo. Rebeca guiaba a su pequeño Jacob, y de cuando en cuando le daba buenos consejos, bien fuera para atraer sobre él la bendición de su padre, bien para evitar el odio y la persecución de su hermano Esaú. María, que es la estrella del mar, guía a todos sus fieles servidores a puerto seguro; Ella les muestra los caminos de la vida eterna; les hace evitar los pasos peligrosos; los conduce de la mano por los senderos de la justicia; los sostiene cuando están a punto de caer; los levanta de nuevo cuando han caído; los reprende como cariñosa madre cuando faltan; y, una que otra vez, los castiga amorosamente. ¿Podría pues extraviarse por el camino que conduce a la eternidad, un hijo obediente de María, que ha sido su madre nutricia y directora esclarecida? *“Ipsa sequens non devias*: siguiéndola —dice San Bernardo— no os extraviaréis”. No temáis, pues, que un verdadero hijo de María sea engañado por el maligno y caiga en cualquier herejía formal. Allí donde María es quien conduce, no se encuentran ni el maligno espíritu con sus ilusiones, ni los herejes con sus astucias: *ipsa tenente, non corrui*.

4. Ella los defiende y protege

210. El cuarto buen oficio que la Santísima Virgen presta a sus hijos y fieles servidores, es que los defiende y protege contra sus ene-

migos. Rebeca, con sus cuidados e industrias, libró a Jacob de todos los peligros en que se encontraba, y particularmente de la muerte que probablemente le habría dado su hermano Esaú, movido por el odio y la envidia que le tenía, como otrora Caín a su hermano Abel. María, la bondadosa Madre de los predestinados, los oculta bajo las alas de su protección, como una gallina a sus polluelos; Ella les habla, se abaja hasta ellos; es condescendiente con todas sus debilidades; para protegerlos contra el gavilán y contra el buitre se coloca a su alrededor y los acompaña como un ejército en orden de batalla : *Ut castrorum acies ordinata* (Ct 6, 3). Un hombre rodeado de un ejército bien ordenado de cien mil soldados ¿podría temer a sus enemigos? Luego, un fiel servidor de María, rodeado de su protección y de su poder imperial, tiene menos aún por qué temer. Esta cariñosa Madre y poderosa Princesa de los cielos, despacharía prontamente batallones de millones de ángeles para socorrer a uno sólo que fuera de sus servidores, antes que se pudiera afirmar que un fiel servidor de María, que a Ella se ha confiado, sucumbiese ante la malicia, al número y la fuerza de sus enemigos.

5. María intercede en su favor

211. El quinto y el mayor bien, por fin, que la amable María procura para sus fieles devotos, es interceder por ellos ante su Hijo, aplacándolo con sus oraciones, y uniéndolos a Él con un lazo muy íntimo, conservándolos ahí estrechamente.

Rebeca hizo que Jacob se aproximase del lecho de su padre, y el buen hombre lo tocó, lo abrazó y hasta lo besó con alegría; quedó contento y satisfecho con los manjares bien preparados que le habían sido llevados, y habiendo sentido con gran complacencia los perfumes exquisitos de sus vestidos, exclamó: *Ecce odor filii mei sicut odor agri pleni, cui benedixit Dominus*: He aquí el olor de mi hijo, que es como el olor de un campo lleno que el Señor ha bendecido (Gen. 27, 27). Este campo lleno cuyo olor encantó el corazón del padre, no es otro que el olor de las virtudes de María, que es un campo lleno de gracia, en el cual Dios Padre ha sembrado, como un grano de trigo de los elegidos, a su Hijo único.

¡Oh cuán bienvenido es ante Jesucristo, Padre del siglo venidero (Is 9, 6), un hijo perfumado con el buen olor de María! ¡Oh cuán



Virgen con el Niño (Parroquia de los Jesuitas, Barcelona)

pronto y perfectamente queda unido con Él, conforme ya lo hemos demostrado ampliamente!

212. Además de esto, después de que Ella ha colmado a sus hijos y fieles servidores con todos sus favores, de que les ha obtenido la bendición del Padre celestial y la unión con Jesucristo, Ella los conserva en Jesucristo y a Jesucristo en ellos; los guarda y vigila siempre, por el temor de que lleguen a perder la gracia de Dios y caigan en las celadas de sus enemigos: *“In plenitudine sanctos detinet*: Detiene a los santos en su plenitud”, haciéndolos perseverar en ella hasta el fin, como ya lo hemos visto.

He ahí la explicación de esta grandiosa y antigua figura de la predestinación y reprobación, tan desconocida y tan llena de misterios.

Capítulo VII

Efectos maravillosos que esta devoción produce en un alma que le sea fiel

213. Persuadíos, mi querido hermano, de que si os hacéis fiel a las prácticas interiores y exteriores de esta devoción que a continuación os indico:

Artículo I ■

Conocimiento y menosprecio de sí mismo

Por la luz que el Espíritu Santo os dará por medio de María, su querida Esposa, conoceréis vuestro mal fondo, vuestra corrupción y vuestra incapacidad para hacer toda forma de bien, y en consecuencia de este conocimiento, os menospreciaréis, no pensando en vos más que con horror. Os consideraréis como un caracol que todo lo mancha con su baba, o como un sapo que todo lo emponzoña con su veneno, o como una serpiente maliciosa, que no busca sino engañar. En fin, la humilísima María os hará partícipe de su profunda humildad, que hará que os menospreciéis, que no menospreciéis a nadie y que améis el menosprecio.

Artículo II ■

Participación en la Fe de María

214. La Santísima Virgen os dará parte en su fe, que ha sido más grande sobre la tierra que la fe de todos los patriarcas, los profetas, los apóstoles y todos los santos. Al presente, que Ella reina en los cielos, no tiene más esta fe, pues Ella ve claramente todas las cosas en Dios por la luz de la gloria; entre tanto, con el agrado del Altísimo, no la ha perdido entrando en la gloria, sino que la ha conservado para guardar en la Iglesia militante a sus más fieles servidores y sier-

vas. Cuanto más, entonces, ganareis la benevolencia de esta augusta Princesa y Virgen fiel, tanto mayor será la pura fe que conservaréis en toda vuestra conducta: una fe pura, que hará que apenas atendáis a lo sensible y extraordinario; una fe viva y animada por la caridad, por la que vuestras acciones serán movidas exclusivamente por un puro amor; una fe firme e inmovible como una roca, que hará que permanezcáis firme y constante en medio de las tempestades y de las tormentas; una fe actuante y penetrante, que cual misteriosa ganzúa, os dará entrada en todos los misterios de Jesucristo, en los fines últimos del hombre, y en el corazón del mismo Dios; una fe valerosa para emprender y llevar a cabo sin vacilación grandes empresas por Dios y por la salvación de los hombres; en fin, una fe que será vuestra antorcha inflamada, vuestra vida divina, vuestro tesoro escondido de la divina Sabiduría, y vuestra arma todo poderosa, de todo lo cual os serviréis para alumbrar a los que andan en las tinieblas y sombras de la muerte, para abrasar a aquellos que son tibios y tienen necesidad del oro encendido de la caridad; para dar la vida a los que están muertos por el pecado, para tocar y derribar con vuestras palabras dulces y poderosas, los corazones de mármol y los cedros del Líbano, y por último, para resistir al diablo y a todos los enemigos de la salvación.

Artículo III ■

Gracia del Puro Amor

215. Esta Madre del Amor Hermoso, quitará de vuestro corazón todo escrúpulo y todo temor servil; Ella lo abrirá y ensanchará para correr por los mandamientos de su Hijo con la santa libertad de los hijos de Dios y para introducir en él ese puro amor del cual Ella es tesorera; de tal manera que en adelante no os conduzcáis más, conforme lo habéis hecho, por el temor de Dios, que es caridad, sino por puro amor. Lo miraréis como vuestro bondadoso Padre a quien os afanaréis por complacer incesantemente, con quien conversaréis confidencialmente como un hijo en relación a su buen padre. Si acabareis infelizmente de ofenderlo, os humillaréis prontamente ante Él, le pediréis perdón humildemente, le tenderéis la mano con sencillez, y os levantaréis de nuevo amorosamente sin turbación ni inquietud, y continuaréis caminando hacia Él sin desaliento.

Artículo IV ■

Gran Confianza en Dios y en María

216. La Santísima Virgen os llenará de una gran confianza en Dios y en Ella misma: **1.** – Porque no os aproximaráis más de Jesucristo por vos mismo, sino siempre por medio de esta cariñosa Madre.

2. – Pues, habiéndole dado todos vuestros méritos, gracias y satisfacciones, para que de ellos disponga según su voluntad, Ella os comunicará sus virtudes y os revestirá de sus méritos, de tal suerte que podáis decir a Dios con confianza: “He aquí a María vuestra sierva; que se haga en mí según tu palabra: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*” (Lc 1, 38).

3. – Porque habiándoos dado a Ella enteramente en cuerpo y alma, Ella, que es generosa con los generosos y más generosa que los generosos mismos, se os entregará de una manera maravillosa pero verdadera; de tal modo que podréis decirle con atrevimiento: “*Tuus sum ego, salvum me fac: Yo soy vuestro, Santísima Virgen, salvadme*”, o como ya lo he dicho con el discípulo amado: “*Accepi te in mea: Os he tomado, Madre Santísima, por todos mis bienes.*” Podréis aún decir con San Buenaventura: “*Ecce Domina salvatrix mea, fiducialiter agam, et non timebo, quia fortitudo mea, et laus mea in Domino es tu...;*” y en otro lugar: “*Tuus totus ego sum, et omnia mea tua sunt; o Virgo gloriosa, super omnia benedicta, ponam te ut signaculum super cor meum, quia fortis est ut mors dilectio tua: Mi querida Señora y Salvadora, actuaré con confianza y no temeré, porque Vos sois mi fuerza y mi alabanza en el Señor... Yo soy todo vuestro, y todo lo mío os pertenece. ¡Oh Virgen gloriosa, bendita por sobre todas las cosas creadas! ¡Que yo os ponga como un sello sobre mi corazón, pues vuestro amor es fuerte como la muerte!*”. Podréis decir a Dios según los sentimientos del Profeta: “*Domine, non est exaltatum cor meum, neque elati sunt oculi mei; neque ambulavi in magnis, neque in mirabilibus super me; si non humiliter sentieban, sed exaltavi animam meam; sicut ablactatus est super matre sua, ita retributio in anima mea*” (Sal 130, 1-2): Señor, ni mi corazón ni mis ojos tienen motivo para elevarse y enorgullecerse, ni para buscar las cosas grandes y maravillosas; y a pesar de esto, yo aún no soy humilde; pero he levantado y alentado mi alma por la confianza; yo soy como un niño destetado de los placeres

de la tierra y apoyado en el seno de mi madre; y es sobre este seno que se me colma de bienes.”

4. – Lo que aumentará aún vuestra confianza en Ella es que, habiéndole entregado en depósito todo cuanto tenéis de bueno para darlo o guardarlo, tendréis menos confianza en vos y mucho más en Ella, que es vuestro tesoro. ¡Oh, qué confianza y qué consuelo tiene un alma que puede afirmar que el tesoro de Dios, donde Él ha puesto lo más precioso, es también el suyo! *Ipsa est thesaurus Domini* : Ella es –dice un santo– el tesoro del Señor.

Artículo V ■

Comunicación del Alma y del Espíritu de María

217. El alma de la Santísima Virgen se os comunicará para glorificar al Señor; su espíritu entrará en el lugar del vuestro para alegrarse en Dios, su Salvador, con tal de que permanezcáis fiel a las prácticas de esta devoción. “*Sit in singulis anima Mariae, ut magnificet Dominum; sit in singulis spiritus Mariae, ut exultet in Deo*: Que el alma de María esté en cada uno, para glorificar en él al Señor; que el espíritu de María esté en cada uno, para allí regocijarse en Dios”. ¡Ah!, ¿Cuándo vendrá este tiempo dichoso? –dice un santo varón de nuestros días, que estaba como anonadado en María– ¡Ah! ¿Cuándo vendrá este tiempo venturoso en que la divina María será reconocida señora y soberana en los corazones, a fin de someterlos plenamente al imperio de su grande y único Jesús? ¿Cuándo respirarán las almas a María, como los cuerpos respiran el aire? Entonces cosas maravillosas se verán en este lugar de miserias, porque el Espíritu Santo, viendo a su querida Esposa como reproducida en las almas, vendrá a ellas con abundancia y las llenará con sus dones, particularmente el don de su sabiduría, para obrar maravillas de gracias.

Mi querido hermano, ¿cuándo vendrá ese tiempo feliz y ese siglo de María, en que muchas almas escogidas y obtenidas del Altísimo por María, sumergiéndose ellas mismas en el abismo de su interior, se transformarán en copias vivas de María para amar y glorificar a Jesucristo? Este tiempo no llegará sino cuando se conociere y practicare la devoción que yo enseñó: *Ut adveniat regnum tuum, adveniat regnum Mariae*.



Nuestra Señora de la Confianza,
cuadro venerado en Roma

Artículo VI ■

Transformación de las almas en María, a imagen de Cristo

218. Si María, que es el árbol de la vida, es bien cultivada en nuestra alma por la fidelidad a las prácticas de esta devoción, Ella dará su fruto en su debido tiempo; y su fruto no es otro que Jesucristo. Yo veo a tantos devotos y devotos que buscan a Jesucristo, los unos por una vía y una práctica; los otros por otra; y a menudo, después de haber trabajado mucho durante la noche, ellos pueden decir: “*Per totam noctem laborantes, nihil cepimus* (Lc 5, 5): A pesar de que hemos trabajado durante toda la noche, no hemos cogido nada”. Y se les puede decir: “*Laborastis multum, et intulistis parum*: Mucho habéis trabajado, y poco habéis ganado”. Jesucristo aún es muy débil en vosotros. Pero por el camino inmaculado de María y esta práctica divina que os enseño, se trabaja durante el día, se trabaja en un lugar santo, se trabaja poco: No hay noche en María, pues en Ella no ha habido pecado, ni aún la menor sombra. María es un lugar santo, y el Santo de los santos, donde los santos son formados y moldeados.

219. Resaltad, os lo ruego, esto que digo: que los santos son moldeados en María. Hay una gran diferencia entre hacer una figura en relieve a golpes de martillo y cincel, y una figura vaciada en un molde: los escultores y estatuarios trabajan mucho haciendo las figuras de la primera manera, y les es preciso mucho tiempo; pero hacerlas según la segunda forma, supone poco trabajo, y se emplea poquísimo tiempo. San Agustín llama a la Santísima Virgen *forma Dei*: el molde de Dios: “*Si formam Dei appelem, digna existis*”; el molde propio para formar y moldear dioses. Quien es echado en ese molde divino es prontamente formado y moldeado en Jesucristo y Jesucristo en él: con poco gasto, y en poco tiempo se convertirá en dios, pues es echado en el mismo molde que ha formado a un Dios.

220. Me parece que se podría plenamente comparar a estos directores y personas devotas —que desean formar a Jesucristo en sí mismos o en los otros con prácticas diferentes a ésta—, con escultores que poniendo su confianza en su habilidad, su industria y su arte, dan una infinidad de martillazos y golpes de cincel a una piedra dura, o a un pedazo de madera burda, para hacer una imagen de Jesucristo; y

algunas veces no aciertan con la representación de Jesucristo al natural, ya sea por la falta de conocimiento y de experiencia de la persona de Jesucristo, ya a causa de algún golpe mal dado que ha estropeado la obra. Pero para aquellos que abrazan este secreto de la gracia que yo les presento, los comparo con razón a esos fundidores y moldeadores que, habiendo encontrado el bello molde de María, en que Jesucristo ha sido natural y divinamente formado, sin fiarse en su propia industria, sino únicamente en la bondad del molde, se arrojan y pierden en María, para transformarse en el retrato al natural de Jesucristo.

221. ¡Oh bella y verdadera comparación! Pero, ¿quién la comprenderá? Desearía que fueseis vos, mi querido hermano. Pero acordaos que no se echa en un molde sino lo que está fundido y líquido; es decir, que es necesario destruir y fundir en vos al viejo Adán, para transformarse en el nuevo, en María.

Artículo VII ■

La mayor gloria de Cristo

222. Por medio de esta práctica fielmente observada, daréis a Jesucristo más gloria en un mes, que por cualquier otra, aunque más difícil, en muchos años. He aquí las razones en que me fundo:

1º – Porque realizando todas vuestras acciones por medio de la Santísima Virgen, según enseña esta práctica, abandonáis vuestras propias intenciones y operaciones, aunque buenas y conocidas, para perderos por así decir en las de la Santísima Virgen, aunque ellas os sean desconocidas; y por ello entráis a participar de la sublimidad de sus intenciones, que han sido tan puras, que ha dado mayor gloria a Dios por la menor de estas, por ejemplo hilando en la rueca, o dando una puntada con la aguja, que un San Lorenzo asado en su parrilla, por medio de este cruel martirio, y más aún que todos los santos con sus más heroicas acciones: esto hace que, durante su vida en la tierra, Ella haya adquirido un cúmulo tan inefable de gracias y de méritos, que primero se contarían todas las estrellas del firmamento, las gotas de agua del mar, y los granitos de arena de sus orillas, que sus méritos y sus gracias; y que ella ha dado más gloria a Dios que cuanta le han dado y vendrán a darle todos los ángeles y santos. ¡Oh prodigio de María! ¡Vos no sois capaz sino de hacer prodigios de gracia en las

almas que desean perderse en Vos!

223. 2º – Porque por medio de esta práctica para un alma fiel no cuenta en nada cualquier cosa que ella piense o haga, y una vez que no pone su apoyo y su complacencia sino en las disposiciones de María para aproximarse a Jesucristo y hasta para hablarle, ella practica mucho más la humildad que las almas que actúan por sí mismas, y que tienen aunque imperceptiblemente, un apoyo y una complacencia en sus propias disposiciones; y, en consecuencia, glorifica más altamente a Dios, quien no es perfectamente glorificado más que por los humildes y sencillos de corazón.

224. 3º – Porque la Santísima Virgen, deseando por su gran caridad recibir en sus manos virginales el presente de nuestras acciones, les confiere una belleza y un brillo admirables; las ofrece por sí misma a Jesucristo, siendo de esta manera más glorificado Nuestro Señor, que si las ofreciéramos por nuestras manos criminales.

225. 4º – En fin, porque vos no pensáis nunca en María, sin que Ella en vuestro lugar piense en Dios; no alabáis ni honráis jamás a María, sin que Ella con vos alabe y honre a Dios. María es toda relativa a Dios, y me atrevo a llamarla la relación de Dios, pues no existe sino respecto a Él, o el eco de Dios, que no dice ni repite otra cosa sino Dios. Si decís María, Ella dice Dios. Santa Isabel alaba a María y la llama bienaventurada porque había creído; María, el eco fiel de Dios, exclamó: “*Magnificat anima mea Dominum* (Lc 1, 46): Mi alma glorifica al Señor”. Lo que María ha hecho en esta ocasión, lo repite todos los días; cuando se la alaba, se la ama, se la honra, o se entrega a Ella, Dios es alabado, Dios es amado, Dios es honrado, se entrega la persona a Dios por María y en María.



Capítulo VIII

Prácticas particulares de esta Devoción

Artículo I ■

Prácticas exteriores

226. Aunque lo esencial de esta devoción consiste en lo interior, no deja de haber algunas prácticas exteriores, que es menester no omitir: *Haec oportuit facere et illa non omittere*, bien sea porque las prácticas exteriores bien hechas ayudan a las interiores; bien porque recuerdan al hombre –que siempre acostumbra guiarse por los sentidos– lo que él ha hecho o debe hacer; o entonces, porque ellas son adecuadas a la edificación del prójimo que las ve, lo que no sucede con aquellas que son puramente interiores. Que ningún mundano, pues, ni crítico, ponga aquí su nariz para decir que la verdadera devoción está en el corazón, y que es menester evitar lo que es exterior, ya que la vanidad puede entrar en ello, y que sería preciso ocultar su devoción, etc... Yo les respondo con mi Maestro: Que los hombres vean vuestras buenas obras, a fin de que glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5, 16). Lo cual no significa, como enseña San Gregorio, que las acciones y devociones exteriores deban ser hechas para agradar a los hombres, y obtener de allí alguna alabanza: esto sería vanidad. Pero se las hace algunas veces delante de los hombres, teniendo en vista agradar a Dios y por ello hacerlo glorificar, sin tomar en cuenta los menosprecios o alabanzas de los hombres.

Para abreviar, mencionaré algunas prácticas exteriores –que no llamo así porque se las haga sin espíritu interior, mas porque tienen alguna cosa de exterior–, a fin de distinguirlas de aquellas que son puramente interiores.

1. Consagración después de los Ejercicios Preparatorios

227. Primera Práctica. — Aquellos y aquellas que quisieren entrar en esta devoción particular, que no ha sido erigida en cofradía, aunque sería mucho de desear, después de haber empleado en la primera parte de esta preparación al reino de Jesucristo — como ya lo he dicho —, doce días al menos, en vaciarse del espíritu del mundo, contrario al de Jesucristo, emplearán tres semanas en llenarse de Jesucristo, por las manos de la Santísima Virgen. He aquí el orden que ellos podrán observar:

228. Durante la primera semana emplearán todas sus oraciones y actos de piedad en pedir el conocimiento de sí mismos y la contrición de sus pecados; haciéndolo todo con espíritu de humildad. Para ello podrán, si así lo desean, meditar todo lo que hemos dicho sobre nuestro mal fondo, y no mirarse durante los seis días de esta semana, sino como caracoles, babosas, sapos, cerdos, serpientes y machos cabríos; o bien, meditar estas tres palabras de San Bernardo: *“Cogita quid fueris, semem putridum; quid sis, vas stercorum; futuris sis, esca vermium* — Piensa en lo que tú has sido: un poco de barro; en lo que eres: un poco de estiércol; en lo que serás: pasto de gusanos”; rogarán a Nuestro Señor y al Espíritu Santo que les ilumine, con estas palabras: *“Domine ut videam*: Señor, haced que yo vea”; o *“Noverim me*: que yo me conozca” — S. Agustín; o *Veni, Sancte Spiritus*, y rezarán todos los días las letanías del Espíritu Santo y la oración que sigue en la primera parte de esta obra. Recurrirán a la Santísima Virgen, suplicándole esta gran gracia que debe ser el fundamento de las otras, y para ello dirán todos los días el *Ave Maris Stella*, y sus letanías.

229. Durante la segunda semana, se dedicarán en todas sus oraciones y en las obras de cada día, a conocer a la Santísima Virgen. Pedirán este conocimiento al Espíritu Santo. Podrán leer y meditar lo que ya hemos dicho sobre ello. Rezarán, como durante la primera semana, las letanías del Espíritu Santo y el *Ave Maris Stella*, y además un rosario completo todos los días, o al menos la corona de los cinco misterios, en esta intención.

230. Emplearán la tercera semana en conocer a Jesucristo. Podrán leer y meditar lo que sobre ello hemos dicho, y recitar la oración

de San Agustín, que está puesta hacia el comienzo de esta segunda parte. Podrán con el mismo santo, decir y repetir cien y cien veces por día: “*Noverim te: ¡Señor, que yo te conozca!*”, o bien, “*Domine, ut videam: ¡Señor, que yo vea quien sois Vos!*”. Recitarán como las otras semanas precedentes las letanías del Espíritu Santo y el *Ave Maris Stella*, y agregarán todos los días las letanías del Santo Nombre de Jesús.

231. Al cabo de estas tres semanas, se confesarán y comulgarán con la intención de darse a Jesucristo, en calidad de esclavos de amor, por las manos de María. Y después de la comunión, la cual procurarán hacer según el método que más adelante expresaré, recitarán la fórmula de la consagración, que también encontrarán más adelante; será menester que ellos la escriban o la hagan escribir, si no está impresa, y que la firmen el mismo día que la hubieren hecho.

232. Será bueno que este día paguen algún tributo a Jesucristo y a su Santísima Madre, sea como penitencia de su infidelidad pasada a los votos de su bautismo, ya para protestar su dependencia del dominio de Jesús y de María. Ahora bien, este tributo será según la devoción y la capacidad de cada uno: como un ayuno, una mortificación, una limosna, o un cirio; aunque ellos no dieran más que un alfiler en homenaje, con tan buen corazón, es suficiente para Jesús, quien sólo mira la buena voluntad.

233. Todos los años al menos, en el mismo día, renovarán la misma consagración, observando las mismas prácticas durante tres semanas. Podrán incluso todos los meses, y aun todos los días, renovar todo lo que han hecho con estas pocas palabras: “*Tuus totus ego sum, et omnia mea tua sunt*: Yo soy todo vuestro, y todo lo que tengo os pertenece”, oh mi amable Jesús, por medio de María, vuestra Santa Madre”.

2. Recitación de la Coronilla de la Santísima Virgen

234. Segunda Práctica. – Rezarán todos los días de su vida, sin que entre tanto lo consideren como una carga obligatoria, la Coronilla de la Santísima Virgen, compuesta de tres *Padrenuestros* y doce *Avemarías*, en honor de los doce privilegios y grandezas de la Santísima Virgen. Esta práctica es muy antigua, y tiene su fundamento en las Sagradas Escrituras. San Juan vio una mujer coronada de doce

estrellas, revestida del sol, y con la luna bajo sus pies. (Ap 12, 1) Esta mujer es según los intérpretes la Santísima Virgen.

235. Hay muchas maneras de rezarla bien, lo cual sería demasiado largo referir; el Espíritu Santo las enseñará a aquellos y a aquellas que serán los más fieles en esta devoción. Sin embargo, para decirla de la manera más simple, es necesario en primer lugar decir: “*Dignare me laudare te, Virgo sacrata; da mihi virtutem contra hostes tuos* – Dignaos escuchar mis alabanzas, ¡oh Virgen santísima!, y dadme la fuerza contra vuestros enemigos”. Enseguida se dirá el *Credo*, después un *Padrenuestro*, cuatro *Avenimarias* y un *Gloria al Padre*; luego otro *Padrenuestro* con sus cuatro *Avenimarias* y *Gloria*, y así hasta terminar. Al final se reza el *Sub tuum praesidium* – a vuestro patrocinio...

3. Llevar Cadenillas de Hierro

236. Tercera Práctica. – Es muy loable, muy glorioso y muy útil para aquellos y aquellas que de esta manera se hubieren hecho esclavos de Jesús en María, que lleven como señal de su esclavitud amorosa, pequeñas cadenas de hierro bendecidas con una bendición propia que luego diré.

Estas señales exteriores, en verdad, no son esenciales, y una persona puede muy bien prescindir de ellas, aunque haya abrazado esta devoción. Sin embargo, no puedo menos de encomiar grandemente a aquellos y a aquellas que después de haber sacudido las cadenas ominosas de la esclavitud del diablo, con que el pecado original y posiblemente los pecados actuales los hubiere atado, se han sometido voluntariamente a la gloriosa esclavitud de Jesucristo, y se glorifican con San Pablo de estar encadenados por Jesucristo (Ef 3, 1), cadenas mil veces más gloriosas y preciosas –aunque de hierro y sin brillo–, que los collares de oro de los emperadores.

237. Aunque en otros tiempos no hubo nada de más infamante que la cruz, actualmente ese leño no deja de ser la cosa más gloriosa del cristianismo. Digamos lo mismo de los hierros de la esclavitud: no había nada de más ignominioso entre los antiguos, y aún mismo hoy en día entre lo paganos; pero entre los cristianos, no existe nada de más ilustre que esas cadenas de Jesucristo, pues ellas nos libran y preservan de los lazos infames del pecado y del demonio; porque

ellas nos ponen en libertad, y nos ligan a Jesús y a María, no por la violencia y por la fuerza como los presidiarios, mas por la caridad y el amor, como los hijos: “*Traham eos in vinculis charitatis* (Os 11, 4) – Los atraeré a mí – dice Dios por la boca de un profeta– con cadenas de caridad”, que en consecuencia, son fuertes como la muerte (Ct 8, 6), y de alguna manera más fuertes, en aquellos que fueren fieles en llevar esas señales gloriosas hasta la muerte, pues aunque la muerte destruya sus cuerpos reduciéndolos a podredumbre, no podrá destruir los lazos de su esclavitud, que siendo de hierro, no se corromperán fácilmente; y posiblemente el día de la resurrección de los cuerpos, en el gran juicio final, estas cadenas que aún ligarán sus huesos, serán parte de su gloria, y serán cambiadas por cadenas de luz y de gloria. ¡Felices, pues, mil veces, los esclavos ilustres de Jesús en María, que llevaren sus cadenas hasta la tumba!

238. He aquí las razones para llevar estas cadenillas:

1º – Para hacer recordar al cristiano los votos y promesas de su bautismo, de la renovación perfecta que de él ha hecho con esta santa devoción, y de la estrecha obligación que tiene de ser fiel a ellos. Una vez que el hombre se mueve más a menudo por los sentidos que por la pura fe, tendería a olvidarse fácilmente de sus obligaciones para con Dios si no hubiese alguna cosa exterior que se las recordare; estas cadenillas sirven maravillosamente al cristiano para hacerle recordar las cadenas del pecado y la esclavitud del demonio, de que el santo bautismo lo ha librado, y de la dependencia que ha prometido a Jesucristo en el santo bautismo, y la ratificación que de ella ha hecho con la renovación de sus votos. Una de las razones por las cuales tan pocos cristianos piensan en los votos de su bautismo, y viven con tanto libertinaje como si no hubiesen prometido nada a Dios, al igual que los paganos, es porque no llevan ninguna señal exterior que se los haga recordar.

239. 2º – Para mostrar que no nos avergonzamos de la esclavitud y servidumbre de Jesucristo, y que se renuncia a la esclavitud funesta del mundo, del pecado y del demonio.

3º – Para librarnos y preservarnos de las cadenas del pecado y del demonio; pues es menester que llevemos o las cadenas de iniquidad, o las cadenas de la caridad y de la salvación: *Vincula peccatorum aut vincula charitatis*.

240. ¡Ah mi querido hermano! rompamos las cadenas de los pecados y de los pecadores, del mundo y de los mundanos, del diablo y de sus secuaces, y lancemos lejos de nosotros su yugo funesto: *“Dirumpamus vincula eorum et projiciamus a nobis jugum ipsorum* (Sal 2, 3) – Rompamos sus ataduras y sacudamos lejos de nosotros su yugo”. Metamos los pies –para servirme de los términos del Espíritu Santo– en esos cepos gloriosos, y nuestro cuello en sus collares: *Injice pedem tuum in compedes illius, et in torques illius collum tuum* (Eclo 6, 25). Sometamos nuestros hombros, y llevemos la sabiduría que es Jesucristo y no nos fastidiemos con sus cadenas: *“Subjicie humerum tuum et porta illam, et ne acedieris vinculis ejus* (Eclo 6, 26). Notaréis que el Espíritu Santo, antes de decir estas palabras prepara para ello el alma, a fin de que ella no rechace su importante consejo. He aquí sus palabras: *“Audi, filii, et accipe consilium intellectus, et ne abjicias consilium meum* (Eclo 6, 33): Escucha hijo mío, y recibe un consejo que puedas entender, y no rechaces mi consejo”.

241. Aceptad mi queridísimo amigo, que me una al Espíritu Santo para daros el mismo consejo: *“Vincula illius alligatura salutaris* (Sal 6, 31): Sus cadenas son cadenas de salvación”. De igual modo que Jesucristo clavado en la cruz debe atraer todo hacia Él de grado o por fuerza, atraerá a los réprobos con las cadenas de sus pecados, para encadenarlos como a presidiarios y diablos, a su ira eterna y a su justicia vengadora; pero atraerá particularmente en estos últimos tiempos, a los predestinados con las cadenas de la caridad: *“Omnia traham ad meipsum* (Jn 12, 32) – Todo lo atraeré a mí. *Traham eos in vinculis charitatis* (Os. 11, 4).

242. Estos esclavos de amor de Jesucristo o encadenados de Jesucristo, *vincti Christi* pueden llevar sus cadenas o en su cuello, o en sus brazos, o en la cintura, o en sus pies. El P. Vicente Caraffa, séptimo general de la Compañía de Jesús, que murió en olor de santidad el año 1643, llevaba como señal de su servidumbre, un aro de hierro en el pie, y afirmaba que su dolor era no poder llevar públicamente la cadena. La Madre Inés de Jesús de quien ya hemos hablado, llevaba una cadena de hierro en su cintura. Algunos otros la han llevado en el cuello, en penitencia por los collares de perlas que llevaban en el mundo. Otros la han llevado en sus brazos, para recordarse durante los trabajos de sus manos que son esclavos de Jesucristo.

4. Devoción especial al Misterio de la Encarnación

243. Cuarta Práctica. – Profesarán una singular devoción al gran misterio de la Encarnación del Verbo, el 25 de marzo, que es el misterio propio de esta devoción, pues ella ha sido inspirada por el Espíritu Santo: **1. – Para honrar e imitar la dependencia inefable que Dios Hijo ha querido tener a respecto de María, para la gloria de su Padre y para nuestra salvación.** Esta dependencia aparece particularmente en este misterio en que Jesús se muestra cautivo y esclavo en el seno de la divina María, en el cual depende totalmente de Ella para todas las cosas; **2. – Para agradecer a Dios por las gracias incomparables que ha concedido a María, y particularmente el de haberla escogido como dignísima Madre suya, elección que ha sido hecha en este misterio.** Son estos los dos principales fines de la esclavitud de Jesucristo en María.

244. Notad por favor lo que digo habitualmente: *El esclavo de Jesús en María, la esclavitud de Jesús en María.* Se puede decir en verdad como muchos lo han hecho: *el esclavo de María, la esclavitud de la Santísima Virgen;* pero creo preferible *el esclavo de Jesús en María,* como lo aconsejaba M. Tronson, superior general del seminario de San Sulpicio, renombrado por su prudencia poco común y su piedad consumada, a un clérigo que lo consultó al respecto. He aquí las razones:

245. 1º – Como vivimos en un siglo orgulloso en el que hay gran número de sabios inflados, presuntuosos y críticos, que hallan algo que censurar hasta en las prácticas de piedad mejor establecidas y más sólidas, a fin de no darles ocasión de crítica sin necesidad, sería mejor decir *la esclavitud de Jesucristo en María,* y afirmarse *esclavo de Jesucristo,* en vez de *esclavo de María.* Tomando el nombre de esta devoción más bien por su fin último que es Jesucristo, que del camino y del medio para llegar a este fin, que es María; aunque en verdad se podría hacer lo uno y lo otro sin escrúpulo, así como yo lo hago. Por ejemplo, un hombre que va de Orléans a Tours por el camino de Amboise, podría perfectamente decir que él va a Amboise y a Tours; que viaja hacia Amboise y que viaja hacia Tours; con la diferencia, sin embargo, de que Amboise no es más que su ruta directa para ir hacia Tour, y que Tours sólo es su fin último y el término de su viaje.

246. 2º – Pues el principal misterio que se celebra y que se honra en esta devoción es el misterio de la Encarnación, en el cual no se puede ver a Jesucristo sino en María, y encarnado en su seno, viene más a propósito decir *la esclavitud de Jesús en María*, de Jesús residiendo y reinando en María, según esta bella oración de tantas y tan grandes almas: *¡Oh Jesús viviente en María, venid y vivid en nosotros con el espíritu de vuestra santidad!*, etc.

247. 3º – Esta manera de hablar muestra mejor la unión íntima que existe entre Jesús y María. Están unidos tan íntimamente, que el uno está todo en el otro; Jesús está todo en María, y María, en Jesús; o más bien, Ella no está más, sino Jesús solamente en Ella; y sería más fácil separar la luz del sol que a María de Jesús. De tal modo que a Nuestro Señor lo podemos llamar *Jesús en María*, y a la Santísima Virgen, *María en Jesús*.

248. No permitiéndome el tiempo detenerme aquí para explicar las excelencias y grandezas del misterio de Jesús viviendo y reinando en María, o de la Encarnación del Verbo, me contentaré con decir en tres palabras, que éste es el primer misterio de Jesucristo, el más oculto, el más sublime y el menos conocido; que es en este misterio donde Jesús, de común acuerdo con María, y en su seno maternal, que por ello ha sido llamado por los santos *aula sacramentorum*, la sala de los secretos de Dios, ha escogido a todos los elegidos; que es en este misterio donde Él ha obrado todos los demás misterios de su vida que a éste han seguido, por la aceptación que de ellos hizo: *Jesus ingrediens mundum dicit: Ecce venio ut faciam, Deus, voluntatem tuam*; y en consecuencia, que este misterio es un resumen de todos los misterios, que encierra la voluntad y la gracia de todos; en fin, que este misterio es el trono de la misericordia, de la liberalidad y de la gloria de Dios. El trono de su misericordia para nosotros, pues una vez que no se puede aproximar de Jesús sino por medio de María, no podemos ver a Jesús ni hablarle más que a través de María. Jesús, que atiende siempre a su querida Madre, concede allí siempre su gracia y su misericordia a los pobres pecadores: *“Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiae*. Es el trono de su liberalidad para con María, porque mientras el nuevo Adán ha morado en este verdadero paraíso terrestre, ha obrado ocultamente tantas maravillas, que ni los ángeles ni los hombres pueden comprenderlas; es esta la razón por la cual los santos llaman a María la magnificencia de Dios: *Magnificentia Dei*,

cual si Dios no fuese magnífico más que en María: “*Solum modo ibi magnificus Dominus*. Es el trono de su gloria para su Padre, porque es en María donde Jesucristo ha aplacado perfectamente a su Padre, irritado contra los hombres; donde Él ha reparado perfectamente la gloria que el pecado le había raptado; y que por el sacrificio que allí hizo de su voluntad y de sí mismo, le ha dado más gloria que la que jamás le hubieran dado todos los sacrificios de la antigua ley, y en donde finalmente le ha dado una gloria infinita que nunca habría recibido del hombre.

5. Gran devoción al Ave María y a la Corona

249. Quinta Práctica. – Tendrán una gran devoción al rezo del Ave María o salutación angélica, cuyo precio, mérito, excelencia y necesidad, pocos cristianos conocen, aún los más esclarecidos. Ha sido menester que la Santísima Virgen se apareciere varias veces a grandes y esclarecidos santos para mostrarles el mérito de esta oración, como a Santo Domingo, a San Juan de Capistrano y al bienaventurado Alano de la Roche. Ellos han compuesto libros enteros sobre las maravillas y eficacia de esta oración para convertir a las almas; han publicado en alta voz y predicado públicamente que, si por el Ave María ha comenzado la salvación del mundo, de esta misma oración depende la salvación de cada uno en particular, pues ella es la que ha hecho producir el fruto de la vida, en esta tierra seca y estéril, y por ser esta misma oración bien dicha la que debe hacer germinar en nuestras almas la palabra de Dios y producir el fruto de la vida, Jesucristo; que el Ave María es un rocío celestial que riega la tierra, es decir, el alma, para hacerle dar el fruto en su tiempo oportuno; y que un alma que no es rociada por esta oración o rocío celestial, no da fruto, y no produce más que cardos y espinas, y está presta a ser maldita.

250. He aquí lo que la Santísima Virgen revela al bienaventurado Alano de la Roche, como está consignado en su libro *De Dignitate Rosarii*, y luego en Cartagena : “Sabed, hijo mío, y hacedlo conocer a todos, que una señal probable y próxima de condenación eterna, es tener aversión, tibieza y negligencia en decir la salutación angélica, que es la que ha reparado a todo el mundo: *Scias enim et secure intelligas et inde late omnibus patefacias, quod videlicet signum prababile est et propinquum aeternae damnationis horrere et acediari ac negligere Salu-*

tationem angelicam, totius mundi reparationem". He aquí unas palabras muy consoladoras y terribles, que se tendría dificultad en creer si no tuviéramos de garantía a este santo varón, y a Santo Domingo antes que él, y luego la de tantos grandes personajes, con la experiencia de muchos siglos. Pues se ha resaltado siempre que aquellos que llevan la señal de la reprobación, como son todos los herejes, impíos, orgullosos y mundanos, odian o desdennan el *Ave María* y la Corona. Los herejes aprenden y aún rezan el *Padrenuestro*, pero no el *Ave María* ni la *Corona*, lo cual les causa gran horror. Antes llevarían consigo una serpiente que una Corona. Los orgullosos también, aunque católicos, como si tuvieran las mismas inclinaciones que su padre Lucifer, desprecian o no tienen más que indiferencia por el *Ave María*, y miran la Corona como si fuera una devoción de mujercitas, que sólo es buena para los ignorantes y para aquellos que no saben leer. Por el contrario, se ha visto por la experiencia, que aquellos y aquellas que tienen, por otra parte, grandes señales de predestinación, aman, gustan y recitan con placer el *Ave María*; y que en la medida en que son más de Dios, más aprecio tienen por esta oración. Es lo que la Santísima Virgen dice también al bienaventurado Alano, en la secuencia de las palabras que antes cité.

251. Yo no sé el cómo ni el porqué, pero entre tanto es verdadero; y no conozco un mejor secreto para saber si una persona es de Dios, que examinar si le gusta rezar el *Ave María* y la Corona. Digo *si le gusta*, porque puede suceder que una persona esté en la imposibilidad natural o incluso sobrenatural de rezarla, pero siempre la estima y trata de recomendarla a los otros.

252. Almas predestinadas, esclavas de Jesús en María, sabed que el *Ave María* es la oración más bella de todas luego del *Padrenuestro*; es el más perfecto cumplido que podéis hacer a María, pues es el cumplido que el Altísimo le hace por medio de un arcángel a fin de ganar su corazón; y fue tan poderoso sobre su corazón, por los secretos encantos de que está lleno, que María dio su consentimiento a la Encarnación del Verbo, pese a su profunda humildad. Es también por este cumplido que ganaréis infaliblemente su corazón, si la rezáis como es debido.

253. El *Ave María* bien dicha, es decir con atención, devoción y modestia, es –según la enseñanza de los santos– el enemigo del diablo, que lo hace huir, y el martillo que lo aplasta, la santificación del alma, la alegría de los ángeles, la melodía de los predestinados,

el cántico del Nuevo Testamento, el placer de María y la gloria de la Santísima Trinidad. El *Ave María* es un rocío celestial que vuelve al alma fecunda; es un beso casto y amoroso que se da a María; es una rosa roja que le presentamos; es una perla preciosa que se le ofrece; es una copa de ambrosía y de néctar divino que se le da. Todas estas comparaciones son de los santos.

254. Así pues, os pido con insistencia, por el amor que os tengo en Jesús y María, que no os contentéis con rezar la Coronilla de la Santísima Virgen, sino también la Corona; y si aún tenéis tiempo, vuestro Rosario completo [todos los misterios] todos los días; y en la hora de vuestra muerte bendeciréis el día y la hora en que me habéis creído; y después de haber sembrado en las bendiciones de Jesús y de María, recogeréis bendiciones eternas en el cielo: *Qui seminat in benedictionibus, de benedictionibus et metet* (2 Cor. 9, 6).

6. Rezo del Magnificat

255. Sexta Práctica. — Para agradecer a Dios por las gracias que ha concedido a la Santísima Virgen, rezarán a menudo el *Magnificat*, a ejemplo de la bienaventurada María d'Oignies y de muchos otros santos. Esta es la única oración y la única obra que ha compuesto la Santísima Virgen, o mejor, que Jesús ha hecho en Ella, pues Él hablaba por su boca. Es el mayor sacrificio de alabanza que Dios ha recibido en la ley de la gracia. Es por un lado el más humilde y el más reconocido, y por otro, el más sublime y elevado de todos los cánticos: hay en él misterios tan grandes y ocultos, que aún los ángeles ignoran. Gerson, que fue un doctor tan piadoso y sabio, después de haber empleado una gran parte de su vida en componer tratados tan llenos de erudición y piedad sobre las materias más difíciles, emprendió no sin temblor al fin de su vida, y a fin de coronar todas sus obras, la explicación del *Magnificat*. Y, nos presenta en un volumen infolio que compuso, muchas cosas admirables de este hermoso y divino cántico. Entre otras cosas, dice que la Santísima Virgen lo recitaba a menudo Ella misma, y en particular, después de la Sagrada Comunión, como acción de gracias. El sabio Benzonio, explicando el mismo *Magnificat*, cuenta muchos milagros obrados en virtud de él, afirmando que los diablos tiemblan y huyen cuando escuchan estas palabras del *Magnificat*: *Fecit potentiam in brachio suo, dispersit superbos mente cordis sui*.

Madre del Buen Consejo,
venerada en Genazzano, Italia



7. El desprecio del Mundo

256. Séptima Práctica – Los fieles servidores de María deben empeñadamente despreciar, odiar y huir del mundo corrompido, y servirse de las prácticas de desprecio del mundo que en la primera parte hemos indicado.

Artículo II ■

Prácticas particulares e interiores para quienes quieren llegar a ser Perfectos

257. Además de las prácticas exteriores que acabamos de referir, las cuales no deben ser omitidas por negligencia ni desprecio en la medida en que el estado y la condición de cada uno lo permite, he aquí algunas prácticas interiores, muy santificadoras para aquellos que el Espíritu Santo llama a una alta perfección.

En cuatro palabras, consiste en **hacer todos sus actos *por María, con María, en María y para María*, a fin de hacerlo más perfectamente por Jesucristo, con Jesucristo, en Jesús y para Jesús.**

1. Hacerlo todo por medio de María

258. 1º – Es necesario realizar todas nuestras acciones *por María*, es decir, es menester que se obedezca en todas las cosas a la Santísima Virgen, y que en todas ellas se conduzcan por su espíritu, que es el Espíritu Santo de Dios. Los que son conducidos según el espíritu de Dios son hijos de Dios: *Qui Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei* (Rom. 8, 14). Los que son conducidos por el espíritu de María son hijos de María, y en consecuencia hijos de Dios, como ya lo hemos demostrado; y entre tantos devotos de la Santísima Virgen, sólo son fieles y verdaderos devotos los que se dejan guiar por su espíritu. Yo he dicho que el espíritu de María es el espíritu de Dios, porque Ella nunca se mueve por su propio espíritu, mas siempre por el espíritu de Dios, quien de tal manera se ha hecho su maestro, que se hizo su propio espíritu. Esta es la razón por la que San Ambrosio decía: “*Sit in singulis*, etc...: Que el alma de María esté en cada uno para glorificar al Señor; que el espíritu de María esté en cada uno para regocijarse

en Dios”. ¡Cuán feliz es el alma que, a ejemplo de un buen hermano jesuita llamado Rodríguez, muerto en olor de santidad está toda poseída y gobernada por María, que es un espíritu dulce y fuerte, celoso y prudente, humilde y resuelto, puro y fecundo!

259. A fin de que el alma se deje conducir por este espíritu de María, es necesario: **1. – Renunciar a su propio espíritu, a sus propias luces y a su voluntad antes de hacer cualquier cosa:** por ejemplo, antes de rezar, decir u oír la santa Misa, comulgar, etc..., pues las tinieblas de nuestro propio espíritu y la malicia de nuestra propia voluntad y operación, si las siguiéremos, aunque ellas nos parecieren buenas, pondrán obstáculo al santo espíritu de María. **2. – Es preciso entregarse al espíritu de María** para ser movidos y conducidos por él de la forma que Ella quiera. Es necesario ponerse y quedar entre sus manos virginales, como un instrumento en las manos del obrero, como un laúd en las manos de un buen tañedor. Es necesario perderse y abandonarse en Ella como una piedra que se arroja al mar, lo que se hace sencillamente, en un instante, por una sóla ojeada del espíritu, un pequeño movimiento de la voluntad, o diciendo verbalmente, por ejemplo: *Yo renuncio a mí mismo, y me doy a Vos mi querida Madre.* Y aunque no se sienta ninguna dulzura sensible en ese acto de unión, no por eso deja de ser verdadera. Tal como si se dijese –lo que Dios no permita– y con toda sinceridad: *yo me doy al diablo*, aunque se lo diga sin ningún cambio sensible, no se entregaría menos verdaderamente al diablo. **3. – Es menester, de cuando en cuando, al hacer algo, y después de realizado, renovar el mismo acto de ofrenda y de unión;** y en la medida en que más se lo hiciere, más rápidamente se santificará, y se llegará más pronto a la unión con Jesucristo, que sigue necesariamente a la unión con María, pues el espíritu de María es el espíritu de Jesús.

2. Hacerlo todo con María

260. 2º – Es preciso hacerlo todo *con María*: es decir, es necesario mirar a María en todas las acciones, como a un modelo acabado de toda virtud y perfección, que el Espíritu Santo ha formado en una pura criatura, para imitarlo según nuestra capacidad. En cada acción, pues, es necesario que veamos cómo María la ha hecho o la haría estando en nuestro lugar. Para ello debemos examinar y medi-

tar las grandes virtudes que Ella practicó durante su vida, particularmente: **1. – Su fe viva, por la cual creyó sin vacilar en la palabra del ángel; Ella creyó fiel y constantemente hasta el pie de la Cruz en el Calvario; 2. – Su humildad profunda, por la cual quiso ocultarse, callarse, someterse a todo y colocarse de última; 3. – Su pureza totalmente divina, que jamás tuvo ni tendrá jamás similar bajo el cielo; y en fin, todas sus otras virtudes.**

Que se recuerde, lo repito una vez más, que María es el grande y único molde de Dios, propio para hacer imágenes vivas de Dios, con pocos gastos y en poco tiempo; y que un alma que haya encontrado ese molde y en él se pierda, es prontamente transformada en Jesucristo, a quien este molde representa al natural.

3. Hacerlo todo en María

261. 3º – Se debe hacer todo *en María*. Para comprender bien esta práctica, es necesario saber que la Santísima Virgen es el verdadero paraíso terrenal del nuevo Adán, y que el antiguo paraíso terrenal no era sino una figura de este otro. Hay, pues, en este paraíso terrenal, riquezas, bellezas, rarezas y dulzuras inexplicables, que el nuevo Adán, Jesucristo, ha dejado allí. Es en este paraíso donde Él ha tenido sus complacencias durante nueve meses, donde Él ha obrado sus maravillas, y en donde ha ostentado sus riquezas con la magnificencia de un Dios. Este santísimo lugar no está compuesto sino de tierra virgen e inmaculada, en la cual ha sido formado y alimentado el nuevo Adán, sin mancha ninguna ni inmundicia, por obra del Espíritu Santo que allí habita. Es en este paraíso terrenal donde verdaderamente se encuentra el árbol de la vida, que ha producido a Jesucristo; el árbol de la ciencia del bien y del mal, que ha dado la luz al mundo. Hay en este divino lugar árboles plantados por la mano de Dios, y regados por su divina unción, que han producido y producen todos los días frutos dignos de un paladar divino: hay jardines esmaltados de bellas y diferentes flores de virtudes que exhalan aromas tales que embelesan a los propios ángeles. Hay en este lugar prados verdes de esperanza, torres inexpugnables de fortaleza, encantadoras mansiones de confianza, etc. Nadie más que el Espíritu Santo para poder hacer conocer la verdad oculta bajo estas figuras de cosas materiales. Hay en este lugar un aire de pureza sin imperfección; un hermoso día que no co-

noche noche, de la humanidad santa; un sol radiante, sin sombras, de la Divinidad; un horno ardiente y continuo de caridad, en donde todo el hierro que allí es puesto es abrasado en fuego y transformado en oro; hay un río de humildad que brota de la tierra, y que dividiéndose en cuatro brazos, que son las cuatro virtudes cardinales, irriga todo este lugar encantado.

262. El Espíritu Santo, por la boca de los Santos Padres, llama también a la Santísima Virgen: **1. – La puerta oriental, por donde el sumo Sacerdote, Jesucristo, entra y sale en el mundo** (Ver Ez 44, 1-3); por medio de Ella entró allí la primera vez, y por Ella vendrá la segunda; **2. – El santuario de la Divinidad, el reposo de la Santísima Trinidad, el trono de Dios, la ciudad de Dios, el altar de Dios, el templo de Dios, el mundo de Dios.** Todos estos diferentes epítetos y alabanzas son muy verdaderos, en relación a las diferentes maravillas y gracias que el Altísimo ha hecho en María. ¡Oh, qué riquezas! ¡Oh, qué gloria! ¡Oh, qué placer! ¡Oh, qué felicidad de poder entrar y morar en María, donde el Altísimo ha puesto el trono de su gloria suprema!

263. Pero, ¡cuán difícil es a pecadores como nosotros conseguir el permiso, y la capacidad, y la luz para entrar en un lugar tan alto y tan santo, que es custodiado no por un querubín, como el antiguo paraíso terrenal (Gen 3, 24), sino por el mismo Espíritu Santo, que se ha hecho dueño absoluto de él, y del cual dice: *“Hortus conclusus soror mea sponsa, hortus conclusus, fons signatus”*. María está cerrada; María está sellada; mis miserables hijos de Adán y de Eva expulsados del paraíso terrenal, no pueden entrar en éste sino por una gracia toda particular del Espíritu Santo, que deben merecer.

264. Luego de que por su fidelidad se ha obtenido esta gracia insigne, es necesario morar en el santuario interior de María con complacencia, descansar allí en paz, apoyarse confiadamente en él, ocultarse allí con seguridad y en él perderse sin reserva, a fin de que en este seno virginal: **1. – Sea el alma alimentada con la leche de su gracia y de su maternal misericordia; 2. – Quede allí libre de sus angustias, temores y escrúpulos; 3. – Permanezca en él segura contra sus enemigos, el demonio, el mundo y el pecado, que jamás han entrado ahí.** Esta es la razón por la cual Ella afirma que aquellos que obran en Ella no pecarán: *Qui operantur in me, non peccabunt* (Eccl 24, 30); es decir, aquellos que moran en espíritu en la Santísima

Virgen, no cometerán pecado considerable; **4. – Para ser formada en Jesucristo, y Jesucristo formado en ella**, puesto que su seno es como dicen los santos Padres la sala de los sacramentos divinos, donde Jesucristo y todos los elegidos han sido formados: *Homo et homo natus est in ea*.

4. Hacerlo todo para María

265. 4º – Finalmente, es necesario que todas las acciones sean hechas *para María*, ya que como se ha entregado totalmente a su servicio, es justo que todo sea hecho para Ella, como un criado, un siervo y un esclavo; que no la tome como al fin último de sus servicios, que es sólo Jesucristo, sino como a su fin próximo, su medio misterioso y su medio fácil para ir a Él. De igual manera que un buen servidor y esclavo, no debe [el siervo de María] permanecer ocioso, sino que apoyado en su protección, es menester emprenda y haga grandes cosas para esta augusta Soberana. Es necesario defender sus privilegios, cuando se los disputa; es preciso sustentar su gloria, cuando se la ataca; atraer a todo el mundo, si se puede, a su servicio y a esta verdadera y sólida devoción; es preciso hablar y levantar la voz contra aquellos que abusan de su devoción, para ultrajar a su Hijo, y establecer al mismo tiempo esta verdadera devoción; no se debe pretender de Ella en recompensa por estos pequeños servicios, más que el honor de pertenecer a una tan amable Princesa, y la felicidad de estar por Ella unida a Jesús, su Hijo, con un lazo indisoluble en el tiempo y en la eternidad.

¡Gloria a Jesús en María!

¡Gloria a María en Jesús!

¡Gloria sólo a Dios!

Capítulo IX

Modo de practicar esta devoción al recibir la Sagrada Eucaristía

★ Antes de la Comunión

266. **1.**– Os humillaréis profundamente delante de Dios; **2.**– Renunciaréis a vuestro fondo todo corrompido, y a vuestras disposiciones, por buenas que vuestro amor propio os las haga ver; **3.**– Renovaréis vuestra consagración diciendo: *Tuus totus ego sum, et omnia mea tua sunt*: “yo soy todo vuestro, mi querida Señora, y todo lo mío es vuestro; **4.**– Suplicaréis a esta cariñosa Madre que os preste su Corazón para recibir en él a su Hijo con sus mismas disposiciones. Le haréis presente cuánto conviene para la gloria de su Hijo que no entre en corazón tan manchado y tan inconstante como el vuestro, en menoscabo de su gloria o de perderle a Él, pero que si Ella quiere venir a morar en Vuestra alma para recibir a su Hijo, puede hacerlo en virtud del dominio que Ella tiene sobre los corazones; y que de esta manera, su Hijo será por Ella bien recibido, sin manchas y sin peligro de ser ultrajado ni perdido: *Deus in medio ejus, non commovebitur*. Le diréis confiadamente que todo lo que le habéis dado de vuestros bienes, es poca cosa para honrarla, pero que por la Sagrada Comunión queréis hacerle el presente que el Padre eterno le hizo, y que de esa forma será más honrada que si le dieseis todos los bienes del mundo; y que, en fin, Jesús, que la ama singularmente, desea también tener en Ella sus complacencias y su descanso, aunque en vuestra alma más sucia y más pobre que el establo donde Jesús no tuvo dificultad en venir, pues allí estaba Ella, le pediréis su corazón con estas tiernas palabras: “*Accipio te in mea omnia; praebe mihi cor tuum, o Maria* – Os recibo por mi todo; dadme ¡oh María! vuestro Corazón”.

★ En la Comunión

267. Dispuesto ya a recibir a Jesucristo, después del *Padrenuestro* le diréis tres veces: *Domine non sum dignus*, etc., como si por pri-

mera vez le dijeseis al Padre eterno que no sois digno, por causa de vuestros malos pensamientos e ingratitudes para con un Padre tan bueno, de recibir a su Hijo único, pero que he ahí a María su esclava, *Ecce ancilla Domini*, que intercede por vos, dándoos una confianza y esperanza singular ante su Majestad: *Quoniam singulariter in spe constituiste me*.

268. Diréis al Hijo: *Domine, non sum dignus*, etc., que no sois digno de recibirlo por causa de vuestras palabras inútiles y malas, y vuestra infidelidad en su servicio; pero que, entre tanto, que le pedís que tenga piedad vuestra, pues lo introduciréis en la casa de su propia Madre y de la vuestra, y que no lo dejaréis ir sin que haya venido a alojarse en ella: *Tenui eum, nec dimittam, donec introducam illum in domum matris meae*. Le rogaréis que se levante y venga al lugar de su descanso y al arca de su santificación: *Surge, Domine, in requiem tuam, tu et arca sanctificationis tuae*. Le diréis que de ninguna forma colocáis vuestra confianza en vuestros méritos, en vuestra fuerza y en vuestras preparaciones, sino en las de María, vuestra querida Madre, como el humilde Jacob en los cuidados de Rebeca; que aunque pecador y Esaú como sois, osáis aproximaros a su santidad, apoyado y adornado con las virtudes de su Santísima Madre.

269. Diréis al Espíritu Santo: *Domine, non sum dignus*, etc., que no sois digno de recibir la obra maestra de su caridad, por causa de la tibieza e iniquidad de vuestras acciones y de vuestra resistencia a sus inspiraciones; mas que toda vuestra confianza está en María, su fiel Esposa; y diréis con San Bernardo: *Haec mea maxima fiducia est, haec tota ratio spei meae*. Le podréis también rogar que venga a María, su Esposa indisoluble, pues su seno está tan puro, y su Corazón tan abrasado como nunca, y que sin su descenso a vuestra alma, ni Jesús ni María podrán ser formados ni dignamente alojados.

★ Después de la Sagrada Comunión

270. Después de la Sagrada Comunión, quedando interiormente recogido y con los ojos cerrados, introduciréis a Jesucristo en el Corazón de María. Le daréis a su Madre que lo recibirá amorosamente, lo colocará honrosamente, lo adorará profundamente, lo amará perfectamente, lo abrazará estrechamente, rindiéndole en espíritu y en verdad muchos oficios que nos son desconocidos en nuestras

espesas tinieblas.

271. O bien, os mantendréis profundamente humillado en vuestro corazón, en la presencia de Jesús residiendo en María; o quedaréis como un esclavo a la puerta del palacio del Rey, donde está para hablar con la Reina; y mientras ellos hablan el uno con el otro, sin necesidad de vos, subiréis en espíritu al cielo e iréis por toda la tierra rogando a las criaturas que den gracias, adoren y amen a Jesús en María en vuestro lugar: *Venite adoremus, venite.*

272. O bien, pediréis vos mismo a Jesús, en unión con María, el advenimiento de su reino sobre la tierra por medio de su Santísima Madre, o la divina sabiduría, o el amor divino, o el perdón de vuestros pecados, o cualquier otra gracia, mas siempre por María y en María, diciendo, mientras fijas los ojos en tu miseria: *Ne respicias, Domine, peccata mea:* Señor, no miréis mis pecados; *sed oculi tui videant aequitates Mariae:* y vuestros ojos no miren en mí sino las virtudes y méritos de María. Y recordándoos de vuestros pecados, añadiréis: *Inimicus homo fecit:* Yo que soy el mayor enemigo mío de cuantos tengo que combatir, soy quien ha hecho estos pecados, o bien: *Ab homine iniquo et doloso erue me* – librame del hombre inicuo y falaz, o entonces: *Te oportet crescere, me autem minui* – ¡Mi Jesús, es preciso que Vos crezcáis en mi alma y que yo decrezca! María, ¡es necesario que crezcáis en mí y que yo sea menos de lo que he sido! *Crescite, multiplicamini:* ¡Oh Jesús y María, creced en mí y multimplicaos fuera en los otros!

273. Habría una infinidad de otros pensamientos que el Espíritu Santo sugiere y os sugerirá si sois verdaderamente interior, mortificado y fiel a esta grande y sublime devoción que acabo de enseñaros. Mas recordaos siempre de que en la medida que más dejareis actuar a María en la Comunión, tanto más Jesús será glorificado. Y dejaréis tanto más actuar a María para Jesús y a Jesús en María, cuanto más profundamente os humillareis y los escuchareis con paz y silencio, sin importaros nada el ver, gustar, ni sentir, pues el justo vive en todo de la fe: *Iustus meus ex fide vivit.*

Consagración de sí mismo a Jesucristo, Sabiduría encarnada, por manos de María



H SABIDURÍA ETERNA Y ENCARNADA! ¡Oh amabilísimo y adorable Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, Hijo único del Padre Eterno y de María, siempre Virgen! Yo os adoro profundamente en el seno y en los esplendores de vuestro Padre, durante la eternidad, y en el seno virginal de María, vuestra dignísima Madre, en el tiempo de vuestra Encarnación.

Os doy gracias porque os habéis anonadado Vos mismo, tomando la forma de esclavo, para sacarme de la cruel esclavitud del demonio. Os alabo y glorifico, porque os habéis dignado someteros a María, vuestra Santísima Madre, en todas las cosas, a fin de hacerme por Ella vuestro esclavo fiel.

Pero ¡ay!, por seros ingrato e infiel, no he guardado las promesas que tan solemnemente os hice en el Bautismo; no he cumplido mis obligaciones; no merezco ser llamado vuestro hijo ni vuestro esclavo, y como en mí nada hay que no merezca vuestra repulsa y vuestra cólera, no me atrevo por mí mismo a acercarme a vuestra santísima y augusta Majestad.

Por eso recorro a la intercesión de vuestra Santísima Madre, que me habéis dado como medianera ante Vos, y por este medio espero alcanzar la contrición y el perdón de mis pecados, la adquisición y la conservación de la Sabiduría.

Os saludo, pues, ¡oh María Inmaculada!, tabernáculo vivo de la divinidad, en donde la Sabiduría eterna, escondida, quiere ser adorada por los ángeles y por los hombres. Os saludo ¡oh Reina del cielo y de la tierra!, a cuyo imperio está sometido todo lo que hay debajo de Dios. Os saludo ¡oh Refugio seguro de los pecadores!, cuya misericordia no falta a nadie; escuchad favorablemente los deseos que tengo de la divina Sabiduría y recibid para ello los votos y las ofrendas que mi bajeza os presenta.

Yo, [mencionar nuestro nombre], pecador infiel, renuevo y ratifico hoy en vuestras manos los votos de mi Bautismo. Renuncio para siempre a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y me doy todo entero a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, para llevar mi cruz en su seguimiento todos los días de mi vida. Y a fin de serle más fiel de lo que he sido hasta aquí:

Os escojo hoy, ioh María!, en presencia de toda la corte celestial, por mi Madre y Señora. Os entrego y consagro, en calidad de esclavo, mi cuerpo y mi alma, mis bienes interiores y exteriores y aun el valor de mis buenas acciones pasadas, presentes y futuras, dejándoos entero y pleno derecho para que dispongáis de mí y de todo lo que me pertenece, sin reserva, según vuestro amable beneplácito, a mayor gloria de Dios, en el tiempo y en la eternidad.

Recibid, ioh Virgen benignísima!, esta humilde ofrenda de mi esclavitud, en honor y unión de la sumisión que la Sabiduría eterna se ha dignado tener a vuestra maternidad; en homenaje del poder que ambos tenéis sobre este pobre gusanillo y miserable pecador; en acción de gracias por los privilegios con que la Santísima Trinidad os ha favorecido. Protesto que en adelante quiero, como verdadero esclavo, procurar vuestro honor y obedeceros en todas las cosas.

¡Oh Madre Admirable!, presentadme a vuestro querido Hijo, en calidad de esclavo eterno, a fin de que, pues me rescató por Vos, me reciba también por Vos.

¡Oh Madre de Misericordia!, concededme la gracia de alcanzar la verdadera Sabiduría de Dios y de colocarme, por tanto, entre los que Vos amáis, enseñáis, conducís, alimentáis y protegéis como a vuestros hijos y esclavos.

¡Oh Virgen fiel!, hacedme en todas las cosas tan perfecto discípulo, imitador y esclavo de la Sabiduría encarnada, Jesucristo, vuestro Hijo, que llegue, por vuestra intercesión y a ejemplo vuestro, a la plenitud de su edad sobre la tierra y de su gloria en los cielos. Amén.

Preparación para la Consagración a la Santísima Virgen

A quienes deseen realizar la *Consagración*, San Luis María les recomienda prepararse durante treinta días con algunos ejercicios espirituales (compatibles con las ocupaciones de la vida cotidiana).

“... después de haber empleado en la primera parte de esta preparación al reino de Jesucristo *doce días* al menos *en vaciarse del espíritu del mundo*, contrario al de Jesucristo, emplearán *tres semanas en llenarse de Jesucristo, por las manos de la Santísima Virgen*. He aquí el orden que podrán observar:

“Durante la primera semana emplearán todas sus oraciones y actos de piedad en pedir el conocimiento de sí mismos y la contrición de sus pecados; haciéndolo todo con espíritu de humildad. Para ello podrán, si así lo desean, meditar todo lo que hemos dicho sobre nuestro mal fondo, y no mirarse durante los seis días de esta semana, sino como caracoles, babosas, sapos, cerdos, serpientes y machos cabríos; o bien, meditar esas tres palabras de San Bernardo: *‘Cogita quid fueris, semem putridum; quid sis, vas stercorum; futuris sis, esca vermium* – Piensa en lo que tú has sido: un poco de barro; en lo que eres: un poco de estiércol; en lo que serás: pasto de gusanos’; rogarán a Nuestro Señor y al Espíritu Santo que les ilumine, con estas palabras: *‘Domine ut videam* (Lc 18, 41): Señor, haced que yo vea’; o *‘Noverim me*: que yo me conozca’ – S. Agustín; o *Veni, Sancte Spiritus*, y rezarán todos los días las letanías del Espíritu Santo y la oración que sigue” en la primera parte de esta obra. Recurrirán a la Santísima Virgen, suplicándole esta gran gracia que debe ser el fundamento de las otras, y para ello dirán todos los días el *Ave Maris Stella*, y sus letanías.

Para facilitar esta preparación, damos a continuación las indicaciones necesarias para cada uno de los períodos. Se hará todo lo posible cada día para, según la edad y los deberes de su estado:

1º – Rezar fielmente y con piedad las oraciones indicadas.

2º – Leer con atención algunos textos propuestos, tratando de comprender las verdades que encierran y grabarlas profundamente en su memoria.

3º – Meditar, o sea, reflexionar con amor sobre el objetivo pro-

Imagen
Peregrina del
Inmaculado
Corazón de
María de
Fátima.



pio a cada período, a fin de llegar por su esfuerzo auxiliado por la gracia, a un real perfeccionamiento.

4º – Esforzarse en la práctica seria de una o de varias virtudes.

De este trabajo de preparación dependerá a menudo el grado de sinceridad e inteligencia de nuestra consagración y su alcance práctico en nuestra vida.

PRIMER PERÍODO

★ DOCE DÍAS empleados en vaciarse del espíritu del mundo

“El espíritu del mundo –nos dice san Luis María– es contrario al de Cristo. No se deben creer ni seguir las falsas máximas del mundo; no se debe pensar, hablar ni actuar como los mundanos.

“Ellos tienen una doctrina tan contraria a la de la Sabiduría encarnada (Cristo), como las tinieblas a la luz, y la muerte a la vida.

“Examinad bien sus sentimientos y sus palabras: ellos piensan y hablan mal de todas las grandes verdades. Si bien es cierto que no mienten abiertamente, disfrazan sus mentiras bajo apariencias de verdad. Por lo común no aconsejan el pecado de forma declarada, pero lo califican como acto de virtud o de honestidad, o como cosa indiferente y sin consecuencias importantes. El mundo está todo lleno de mal espíritu y ahora más que nunca.

“No debemos amoldarnos a las modas exteriores de los mundanos, en los vestidos, en los muebles, en las casas, en las comidas, en las diversiones, y demás usos y actividades de la vida. Poner esto en práctica es más necesario de lo que se piensa...”

Pongamos manos a la obra de vaciar nuestra alma de todo lo que se piensa, dice, gusta y hace según el espíritu del mundo, que es un espíritu de negación de Dios. El mundo es orgulloso e impuro, envidioso y rebelde, egoísta y falso, amigo de la contienda. El discípulo de Jesús y de María debe ser humilde y puro, condescendiente y pronto a la obediencia, generoso y sincero, amigo de la paz en el Señor.

Empleemos los doce días de este período en este gran trabajo de renuncia, mucho más necesario de lo que se piensa, como afirma San Luis María de Montfort.

★ Pequeña regla cotidiana de estos Doce Días

Oraciones:

- Veni Creator Spíritus
- Ave Maris Stella



VENI, CREATOR SPIRITUS

Ven, Espíritu Creador,
visita las mentes de
tus siervos, llena con
la gracia de lo alto los
pechos que Tú creaste.

Tú, que eres llamado
Paráclito, don de Dios
altísimo, fuente viva, fuego,
amor, y unción espiritual.

Tú septiforme en el don,
dedo de la paterna diestra,
Tú, auténtica promesa del
Padre, que enriqueces las
lenguas con palabras.

Enciende lumbre en
los sentidos, infunde
amor en los corazones,
robusteciendo con vigor
constante la fragilidad

de nuestro cuerpo.

Rechaza más y más lejos
al enemigo, concede
prontamente la paz, y así
yendo Tú delante como
guía, evitemos todo mal.

Haz que por Ti conozcamos
al Padre, y conozcamos
también al Hijo, y por Ti,
Espíritu de entrambos,
creamos en todo tiempo.

A Dios Padre sea la gloria,
y al Hijo, que entre
los muertos resucitó,
y al Paráclito, por los
siglos de los siglos.
Amén.

AVE MARIS STELLA

Salve, Estrella del mar,
Madre que diste a
luz a Dios, quedando
perpetuamente Virgen,
feliz puerta del cielo.

Pues recibiste aquel
Ave de labios de
Gabriel, ciméntanos
en la paz, trocando
el nombre de Eva.

Desencadena a los reos,
da luz a los ciegos,
ahuyenta nuestros
males, recábanos
todos los bienes.

Muestra que eres Madre,
reciba por tu mediación

nuestras plegarias el que
nacido por nosotros,
se dignó ser tuyo.

Virgen singular, sobre
todos suave, haz que
libres de culpas, seamos
libres y castos.

Danos una vida pura,
prepara una senda
segura, para que viendo
a Jesús, eternamente
nos gocemos.

Gloria sea a Dios Padre,
Loor a Cristo altísimo,
y al Espíritu Santo,
a los tres un sólo
honor. Amén.

Lecturas:

- Evangelio según S. Mateo: Caps. 5, 6 y 7.
- “Imitación de Cristo”: L. I, Cap. 13, 18-25; L. III, Cap. 10, 40

Ejercicios espirituales: Meditación y examen de conciencia sobre el espíritu del mundo. Práctica de las virtudes evangélicas: olvido de sí mismo, caridad, obediencia.

SEGUNDO PERÍODO

TRES SEMANAS CONSAGRADAS A LLENARSE DE CRISTO POR LA SANTÍSIMA VIRGEN

★ PRIMERA SEMANA empleada en adquirir el conocimiento de sí mismo

Esto es lo que dice S. Luis María de Montfort: *“Durante la primera semana emplearán todas sus oraciones y actos de piedad en pedir el conocimiento de sí mismos y la contrición de sus pecados; haciéndolo todo con espíritu de humildad...”*

“Nuestras mejores acciones quedan ordinariamente manchadas y corrompidas por el mal fondo que hay en nosotros. Cuando se coloca agua limpia y cristalina en un vaso con mal olor, o vino en una cuba cuyo interior se deterioró por otro vino que contuvo, el agua cristalina y el buen vino se dañan y toman fácilmente su mal olor. De igual manera, cuando Dios vierte en el vaso de nuestra alma, deteriorada por el pecado original y actual, sus gracias y rocíos celestiales o el vino delicioso de su amor, sus dones son ordinariamente corrompidos y manchados por la mala levadura y el mal fondo que el pecado ha dejado en nuestras almas; nuestras acciones –aun las virtudes más sublimes– de ello se resienten. Para adquirir, por lo tanto, la perfección que no se obtiene más que por la unión con Cristo, es de grandísima importancia vaciarnos de lo que hay de malo en nosotros...”

“...es necesario en primer lugar conocer bien con la luz del Espíritu Santo nuestro fondo de malicia, nuestra incapacidad para toda forma de bien útil para la salvación, nuestra debilidad para todas las cosas, nuestra inconstancia en todo tiempo, nuestra indignidad de toda gracia, y nuestra iniquidad en todo lugar...”

“... es preciso que muramos todos los días a nosotros mismos. Es decir, es menester renunciar a las operaciones de las potencias de nuestra alma, y a los sentidos del cuerpo...”

“... es preciso escoger entre todas las devociones a la Santísima Virgen, aquella que más nos lleve a esta muerte de nosotros mismos, como

siendo la mejor y más santificante, pues no se puede creer que todo lo que brilla es oro, que todo lo dulce es miel, y que todo lo que es fácil de hacer y practicado por la mayoría sea lo que más nos conduce a la santificación...”

“... rogarán a Nuestro Señor y al Espíritu Santo que les ilumine, con estas palabras: “Domine ut videam (Lc 18, 41): Señor, haced que yo vea”; o “Noverim me: que yo me conozca” – S. Agustín; o Veni, Sancte Spiritus, y rezarán todos los días las letanías del Espíritu Santo y la oración que sigue...”

“... Recurrirán a la Santísima Virgen, suplicándole esta gran gracia que debe ser el fundamento de las otras, y para ello dirán todos los días el Ave Maris Stella, y sus letanías...”

Durante esta semana miraremos menos la oposición que existe entre el espíritu de Jesús y el nuestro, que el estado miserable al cual nos ha reducido el pecado. Por otro lado, una vez que la “Verdadera Devoción” es un camino fácil, corto, seguro, y perfecto para llegar a la unión con Nuestro Señor, objeto de la vida cristiana, debemos saber que no entraríamos seriamente en esta vía magnífica de amor sobrenatural, si no estuviéramos fuertemente convencidos de nuestra miseria y de nuestra falta de fuerzas.

Ahora bien, ¿cómo llegar a esto sin el conocimiento de nosotros mismos?

★ Pequeña Regla cotidiana de esta Primera Semana

Oraciones:

- Letanía del Espíritu Santo
- Ave Maris Stella
- Letanía de la Santísima Virgen

Lecturas:

- Evangelio según S. Mateo. Caps. 24 y 25.
- Evangelio según S. Lucas. Caps. 11, 13, 16, 17 y 18.-
- “Imitación de Cristo” L. I, Cap. 24: L. II, Cap. 5: L. III., Caps. 7, 8, 13, 20, 30, 47.
- “Tratado de la Verdadera Devoción”. Nros. 78-82, 227-228.

LETANÍA DEL ESPÍRITU SANTO

V. Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, ten piedad de nosotros.

**R. SEÑOR, TEN PIEDAD
DE NOSOTROS.**

Divino Espíritu Santo, óyenos.
Espíritu Paráclito, escúchanos.
Dios Padre Celestial,
TEN PIEDAD DE NOSOTROS.
Dios Hijo Redentor del mundo,
Dios Espíritu Santo,
Santísima Trinidad que sois un
solo Dios,

Espíritu de la verdad,
Espíritu de la sabiduría,
Espíritu de la inteligencia,
Espíritu de la fortaleza,
Espíritu de la piedad,
Espíritu del buen consejo,
Espíritu de la ciencia,
Espíritu del santo temor,
Espíritu de la caridad,
Espíritu de la alegría,
Espíritu de la paz,
Espíritu de las virtudes,
Espíritu de toda la gracia,
Espíritu de la adopción
de los hijos de Dios,
Purificador de nuestras almas,
Santificador y guía de
la Iglesia Católica,
Distribuidor de los do-
nes celestiales,
Conocedor de los pensamientos
y de las intenciones del corazón,

Dulzura de los que comienzan
a servirlos, **TEN PIEDAD...**

Corona de los perfectos,
Alegría de los ángeles,
Luz de los Patriarcas,
Inspiración de los Profetas,
Palabra y sabiduría
de los Apóstoles,
Victoria de los Mártires,
Ciencia de los Confesores,
Pureza de las Vírgenes,
Unción de todos los Santos,
Sednos propicio,

PERDÓNANOS SEÑOR.

Sednos propicio,
ESCÚCHANOS SEÑOR.

De todo pecado, **LÍBRANOS SEÑOR.**

De todas las tentaciones
y celadas del demonio,

De toda presunción y
desesperación,

Del ataque a la verdad conocida,

De la envidia de la
gracia fraterna,

De toda obstinación
e impenitencia,

De toda negligencia y
liviandad de espíritu,

De toda impureza de la
mente y del cuerpo,

De todas las herejías y errores,

De todo mal espíritu,

De la muerte mala y eterna,

Por vuestra eterna procedencia
del Padre y del Hijo,

Por la milagrosa concepción
del Hijo de Dios, **LÍBRANOS...**
Por vuestro descendimiento
sobre Jesús bautizado,
Por vuestra santa aparición en
la transfiguración del Señor,
Por vuestra venida sobre
los discípulos del Señor,
En el día del juicio,
Aunque pecadores,
TE ROGAMOS ÓYENOS,
Para que nos perdones,
Para que te dignes vivificar
y santificar a todos los
miembros de la Iglesia,
Para que te dignes concedernos
el don de la verdadera
piedad, devoción y oración,
Para que te dignes inspirarnos

sinceros afectos de
misericordia y de caridad,
TE ROGAMOS...
Para que te dignes crear
en nosotros un espíritu
nuevo y un corazón puro,
Para que te dignes
concedernos verdadera paz
y tranquilidad de corazón,
Para que nos hagas dignos
y fuertes, para soportar
las persecuciones por
amor a la justicia,
Para que te dignes confirmarnos
en vuestra gracia,
Para que nos recibas en el
número de tus elegidos,
Para que te dignes atendernos,
Espíritu de Dios,

V. Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo.

R. ENVÍANOS EL ESPÍRITU SANTO.

V. Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo.

R. MÁNDANOS EL ESPÍRITU PROMETIDO DEL PADRE.

V. Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo.

R. DADNOS EL BUEN ESPÍRITU.

V. Espíritu Santo.

R. ÓYENOS.

V. Espíritu Consolador.

R. ESCÚCHANOS.

V. Envía tu Espíritu y todo será creado.

R. Y RENOVARÁS LA FAZ DE LA TIERRA.

OREMOS: Oh Dios, que aleccionaste a los corazones de tus fieles con la ciencia del Espíritu Santo, haz que guiados por este mismo Espíritu, apreciemos las dulzuras del bien y gocemos siempre de sus divinos consuelos, por Cristo Nuestro Señor. Amén.

Ave Maris Stella (ver más atrás)

LETANÍA DE LA VIRGEN MARÍA

V. Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, ten piedad de nosotros.

**R. SEÑOR, TEN PIEDAD
DE NOSOTROS.**

V. Cristo, óyenos.

R. CRISTO, ESCÚCHANOS.

Dios Padre Celestial,
TEN PIEDAD DE NOSOTROS.
Dios Hijo Redentor del mundo,
Dios Espíritu Santo,
Santísima Trinidad que sois un
solo Dios,

Santa María,
RUEGA POR NOSOTROS

Santa Madre de Dios,
Santa Virgen de las Vírgenes,
Madre de Cristo,
Madre de la divina gracia,
Madre purísima,
Madre castísima,
Madre intacta,
Madre sin temor,
Madre Inmaculada,
Madre amable,
Madre admirable,
Madre del buen Consejo,
Madre del Creador,
Madre del Salvador,
Virgen prudentísima,
Virgen digna de veneración,
Virgen digna de alabanza,
Virgen poderosa,

Virgen clemente, **RUEGA...**

Virgen fiel,
Espejo de justicia,
Trono de la sabiduría,
Causa de nuestra alegría,
Vaso espiritual,
Vaso de honor,
Vaso insigne de devoción,
Rosa mística,
Torre de David,
Torre de marfil,
Casa de oro,
Arca de la alianza,
Puerta del cielo,
Estrella de la mañana,
Salud de los enfermos,
Refugio de los pecadores,
Consuelo de los afligidos,
Auxilio de los cristianos,
Reina de los ángeles,
Reina de los patriarcas,
Reina de los profetas,
Reina de los apóstoles,
Reina de los mártires,
Reina de los confesores,
Reina de las vírgenes,
Reina de todos los santos,
Reina concebida sin
pecado original,
Reina llevada al cielo,
Reina del Santo Rosario,
Reina de la Paz,

- V.** Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo,
R. PERDÓNANOS, SEÑOR.
- V.** Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo,
R. ESCÚCHANOS, SEÑOR.
- V.** Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo,
R. TEN PIEDAD DE NOSOTROS.
- V.** Ruega por nosotros Santa Madre de Dios.
**R. PARA QUE SEAMOS DIGNOS DE ALCANZAR LAS PROMESAS
Y GRACIAS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO. AMÉN.**

OREMOS: Señor Dios, te suplicamos que concedas a tus siervos gozar de perpetua salud de alma y cuerpo; y que por la intercesión de la bienaventurada siempre Virgen María, seamos libres de la presente tristeza y gocemos de las alegrías eternas. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.

★ SEGUNDA SEMANA empleada en adquirir el conocimiento de la Santísima Virgen

“... Durante la segunda semana –nos dice san Luis– se dedicarán en todas sus oraciones y en las obras de cada día, a conocer a la Santísima Virgen. Pedirán este conocimiento al Espíritu Santo. Podrán leer y meditar lo que ya hemos dicho sobre ello. Rezarán, como durante la primera semana, las letanías del Espíritu Santo y el Ave Maris Stella, y además un rosario completo todos los días, o al menos la coronilla de los cinco misterios, en esta intención...”

Debemos unirnos a Jesús por María; esta es la característica de nuestra devoción: he ahí porque san Luis María pide que esta segunda semana sea empleada en el conocimiento de la Santísima Virgen.

María es nuestra Soberana y nuestra Medianera, nuestra Madre y Señora. Apliquémonos, pues, a conocer las funciones de esta realeza, de esta mediación y de esta maternidad, así como las grandezas y prerrogativas que le son fundamento y consecuencia.

Nuestra Madre es también un molde perfecto que debe formarnos, a fin de que lleguemos a ser conformes a Nuestro Señor Jesucristo. Nos es necesario tomar las disposiciones e intenciones mismas de este molde divino, y esto no lo podremos hacer sin estudiar atentamente la vida interior de María, es decir, sus virtudes, sus sentimientos, sus acciones, su participación en los misterios de Cristo y su unión con Él.

★ Pequeña Regla cotidiana de esta Segunda Semana

Oraciones:

- Letanía del Espíritu Santo
- Ave Maris Stella
- Letanía de la Santísima Virgen
- Oración de María para sus fieles esclavos (ver más abajo)
- Un rosario completo o al menos cinco misterios (corona).

Lecturas:

- Evangelio según S. Lucas, Caps. 1 y 2.
- Evangelio según S. Juan, Cap. 2.
- Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen.
- El Secreto de María.

Ejercicios Espirituales: Actos de amor, afectos piadosos a la Santísima Virgen; imitación de sus virtudes, en particular su humildad profunda, su fe viva, de su obediencia ciega, su oración continua, su mortificación universal, su pureza divina, su caridad ardiente, su paciencia heroica, su dulzura angélica y su sabiduría divina, “*que son*—escribe san Luis— *las diez principales virtudes de la Santísima Virgen*”. Jaculatorias recomendadas por san Luis M^a: “*A ti me doy por entero, oh María, y te tomo por todo mi bien*”.

ORACIÓN DE MARÍA PARA SUS FIELES ESCLAVOS

Yo os saludo ioh María! Hija bienamada del Padre Eterno; os saludo ioh María!, Madre admirable del Hijo; os saludo ioh María!, Esposa fidelísima de Dios Espíritu Santo; os saludo ioh María!, mi querida Madre, mi amable Señora y poderosa Soberana; os saludo, imi alegría, mi gloria, mi corazón y mi alma! Vos me pertenecéis toda por misericordia, y yo os pertenezco todo por justicia. Pero aún no os pertenezco suficientemente. De nuevo me doy a Vos todo entero en calidad de esclavo perpetuo, sin reservar nada para mí o para otro. Si veis en mí cualquier cosa que nos os pertenezca, yo os suplico que la toméis ahora, y os

tornéis Señora absoluta de todo cuanto poseo; destruid, desarraigad y aniquilad en mí todo cuanto desagrada a Dios, y plantad, promoved y obrad en mí todo lo que os agradare.

Que la luz de vuestra fe disipe las tinieblas de mi espíritu; que vuestra humildad profunda tome el lugar de mi orgullo; que vuestra contemplación sublime detenga las distracciones de mi dispersa imaginación; que vuestra visión continua de Dios llene mi memoria de su presencia; que el incendio de la caridad de vuestro corazón dilate y abrase la tibieza y frialdad del mío; que vuestras virtudes substituyan mis pecados; que vuestros méritos sean mi adorno y suplemento delante de Dios. En fin, ¡Madre querida y amada! haced si fuere posible, que yo no tenga otro espíritu sino el vuestro, para conocer a Cristo y su divina Voluntad; que no tenga otra alma sino la vuestra para alabar y glorificar al Señor; que no tenga otro corazón sino el vuestro, para amar a Dios con un amor puro y ardiente como Vos.

No os pido visiones, o revelaciones, o deleites, o placeres, ni aún espirituales. Es privilegio vuestro ver claramente sin tinieblas, deleitaros plenamente sin amargura; triunfar gloriosamente a la derecha de vuestro Hijo, en el cielo, sin humillación alguna; dominar absolutamente sobre los ángeles, los hombres y los demonios, sin resistencia, y en fin, disponer de todos los bienes de Dios según vuestra voluntad, sin restricción alguna.

He ahí, divina María, la óptima parte que el Señor os dio y que no os será quitada, lo cual me deleita sobremanera. Por mi parte, no quiero en esta tierra sino lo que Vos tuvisteis, a saber: creer puramente, sin nada sentir o ver; sufrir alegremente sin consuelo de las criaturas; morir continuamente a mí mismo, sin treguas; y trabajar resueltamente hasta la muerte, por Vos, sin interés alguno, como el más vil de los esclavos. Una sola gracia os pido por pura misericordia: es la de que todos los días y momentos de mi vida, yo diga tres veces amén:

– Así sea a todo lo que hicisteis en la tierra, mientras en ella vivisteis. Así sea, a todo lo que hacéis ahora en el cielo. Así sea, a todo lo que obráis en mi alma, a fin de que en ella sólo Vos estéis para glorificar plenamente a Jesús en mí, en el tiempo y en la eternidad. Amén.

★ TERCERA SEMANA empleada en adquirir el conocimiento de Cristo

“Emplearán la tercera semana –dice san Luis María– en conocer a Cristo...”

“¿Se puede amar lo que no se conoce? ¿Se puede amar ardientemente lo que no se conoce más que imperfectamente?”

“¿Por qué se ama tan poco la Sabiduría eterna y encarnada, al adorable Jesús, sino porque no se la conoce, o muy poco? Casi nadie estudia como sería necesario, con el Apóstol, esta ciencia super eminente de Jesús, que entre tanto, es la más noble, la más dulce, la más útil y necesaria de todas las ciencias y conocimientos del cielo y de la tierra”.

“... La más noble..., pues ella tiene por objeto lo que existe de más noble y de más sublime, la Sabiduría increada y encarnada, que encierra en sí toda la plenitud de la divinidad y de la humanidad, todo lo que hay de grande en el cielo y en la tierra...”

“... No hay nada tan dulce... Los que guardan sus caminos... experimentan en su corazón esta dulzura infinita que es el gozo y la felicidad del Padre Eterno y la gloria de los ángeles...”.

“... es la más útil y necesaria, pues LA VIDA ETERNA CONSISTE EN CONOCER A DIOS Y A SU HIJO JESUCRISTO”.

“Conocer a Cristo es conocer bastante, es conocerlo todo. Y no conocerlo, es no conocer nada” (Tratado del Amor de la Sabiduría Eterna, Cap. I – Nos. 8 a 11).

“... Emplearán la tercera semana en conocer a Cristo. Podrán leer y meditar lo que sobre ello hemos dicho, y recitar la oración de san Agustín, que está puesta hacia el comienzo de esta segunda parte. Podrán con el mismo santo, decir y repetir cien y cien veces por día: ‘Noverim te: ¡Señor, que yo te conozca!’, o bien, ‘Domine, ut videam: ¡Señor, que yo vea quien sois Vos!’. Recitarán como las otras semanas precedentes las letanías del Espíritu Santo y el Ave Maris Stella, y agregarán todos los días las letanías del Santo Nombre de Jesús.”

Estudiaremos, pues, a Nuestro Señor. ¿Pero qué estudiar en Cristo? En primer lugar, al Hombre-Dios, su gracia y su gloria; después sus títulos en el dominio soberano sobre nosotros (el Verbo, por quien todo fue hecho, y de quien dependemos para todas las cosas;

nuestro Redentor, que con su muerte nos ha librado del pecado y nos abreva en su Sangre; nuestra Cabeza, que nos anima, y a quien debemos obedecer sin cesar; el Esposo de nuestra alma, que por ella se entregó a los sufrimientos de la Pasión, y a quien debemos devolver amor por amor).

¿Qué más estudiar? Sus acciones exteriores en el Evangelio, también su vida interior, es decir, las virtudes y los actos de su Sagrado Corazón; su relación con María en los misterios de la Anunciación y de la Encarnación, en su santa Infancia y su vida oculta, en las Bodas de Caná y en el Calvario; en el cielo mismo, donde reina en compañía de su Madre Virginal, a quien Él ha asociado a su gloria y a sus poderes.

Después de haber renunciado a Satanás y al mundo, debemos tomar a Nuestro Señor por nuestro Rey y nuestro único Amo y Señor.

Estudiemos, reflexionemos, y sobre todo, roguemos a María que nos descubra a su divino Hijo, a fin de que Él reine en nosotros enteramente.

★ Pequeña Regla cotidiana de esta Tercera Semana

Oraciones:

- Letanía del Espíritu Santo
- Ave Maris Stella
- Letanía del Santo Nombre de Jesús compuesta por san Luis Grignon (ver más adelante) o del Sagrado Corazón
- Oración de san Agustín (ver más adelante)
- Oración “¡Oh Jesús viviendo en María!”

Lecturas:

- Evangelio según S. Mateo: Caps. 26 y 27.
- Evangelio según S. Juan: Caps. 13 y sigs.
- Imitación de Cristo: L. II, Cap7, 11 y 12; L. III, Caps. 5, 6 y 57; L. IV, Caps. 1, 8 y 13.
- “Tratado de la Verdadera Devoción a la Virgen”: 1ª y 2ª Verdad, Nos. 61 a 67.
- “Tratado del Amor de la Sabiduría Eterna”, los 5 primeros

capítulos y toda la segunda parte.

- “Carta Circular a los amigos de la Cruz”, escrita también por san Luis de Montfort.

Ejercicios Espirituales: Meditación sobre Nuestro Señor Jesucristo. Actos de amor a Dios y de caridad hacia el prójimo. Soportar las pruebas y perdonar las injurias. Camino de la cruz. Acción de gracias por los beneficios de Jesús, por los sacramentos, por el don que nos ha hecho de su Madre. Resolución de hacer o renovar nuestra consagración a María, para ser un perfecto esclavo de amor de Jesús.

ORACIÓN DE SAN AGUSTÍN

Tú eres, ¡oh Cristo!, mi Padre santo, mi Dios misericordioso, mi rey poderoso, mi buen pastor, mi único maestro, mi mejor ayuda, mi amado hermosísimo, mi pan vivo, mi sacerdote por la eternidad, mi guía hacia la patria, mi luz verdadera, mi dulzura santa, mi camino recto, mi Sabiduría preclara, mi humilde simplicidad, mi concordia pacífica, mi protección total, mi preciosa herencia, mi salvación eterna.

¡Cristo Jesús, Señor amabilísimo! ¿Por qué habré deseado otra cosa en mi vida fuera de Ti? ¿Dónde estaba yo cuando no pensaba en Ti? Deseos todos de mi corazón, inflámense y desbórdense desde ahora hacia el Señor Jesús; corran, que mucho tardaron ya; apresúrense hacia la meta, busquen al que buscan.

¡Oh Jesús! ¡Anatema el que no te ama! ¡Rebose de amargura quien no te quiera! ¡Dulce Jesús, que todo buen corazón dispuesto a la alabanza te ame, se deleite en Ti, se admire ante Ti!

¡Dios de mi corazón y porción mía, Cristo Jesús! Que desfallezcan los alientos de mi pecho y vivas Tú en mí, y se enciendan en mi espíritu las brasas vivas de tu amor, creciendo hasta convertirse en fuego perfectísimo; que éste arda siempre en el altar de mi corazón, hierva en mis entrañas e incendie lo íntimo de mi alma, para que en el día de mi muerte me presente ante Ti consumido por tu amor.

Amén.

LETANÍAS DEL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS

V. Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, ten piedad de nosotros

**R. SEÑOR, TEN PIEDAD
DE NOSOTROS.**

V. Cristo, óyenos.

R. CRISTO, ESCÚCHANOS.

Dios Padre Celestial,

TEN PIEDAD DE NOSOTROS.

Dios Hijo, Redentor del mundo,

Dios Espíritu Santo,

Santísima Trinidad que sois un
solo Dios,

Jesús, Hijo de Dios vivo,

Jesús, esplendor del Padre,

Jesús, pureza de la luz eterna,

Jesús, Rey de la gloria,

Jesús, sol de justicia,

Jesús, Hijo de la Virgen María,

Jesús amable,

Jesús admirable,

Jesús, Dios fuerte,

Jesús, Padre del siglo futuro,

Jesús, ángel del gran consejo,

Jesús poderosísimo,

Jesús pacientísimo,

Jesús obedientísimo,

Jesús, manso y humilde
de corazón,

Jesús, que amáis la castidad,

Jesús, que nos amáis,

Jesús, Dios de la paz,

Jesús, autor de la vida,

Jesús, ejemplar en todas las
virtudes, **TEN PIEDAD...**

Jesús, celador de las almas,

Jesús, nuestro Dios,

Jesús, nuestro refugio,

Jesús, Padre de los pobres,

Jesús, tesoro de los fieles,

Jesús, buen Pastor,

Jesús, luz verdadera,

Jesús, sabiduría eterna,

Jesús, bondad infinita,

Jesús, nuestro camino

y nuestra vida,

Jesús, alegría de los ángeles,

Jesús, Rey de los Patriarcas,

Jesús, Maestro de los Apóstoles,

Jesús, Doctor de los Evangelistas,

Jesús, fortaleza de los Mártires,

Jesús, luz de los Confesores,

Jesús, pureza de las Vírgenes,

Jesús, corona de

todos los Santos,

Sednos propicio,

PERDÓNANOS SEÑOR.

Sednos propicio,

ESCÚCHANOS SEÑOR.

De todo mal, **LÍBRANOS, JESÚS.**

De todo pecado,

De tu ira,

De las celadas del demonio,

Del espíritu de la impureza,

De la muerte eterna,

Del desprecio de tus

inspiraciones, **LÍBRANOS...**

Por el misterio de tu
santa Encarnación,
Por tu nacimiento,
Por tu infancia,
Por tu santísima vida,
Por tus trabajos,
Por tu agonía y pasión,
Por tu cruz y desamparo,

Por tus angustias,
Por tu muerte y sepultura,
Por tu resurrección,
Por tu ascensión,
Por la institución que hiciste
de la Sagrada Eucaristía,
Por tus alegrías,
Por tu gloria,

V. Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo,

R. PERDÓNANOS, JESÚS.

V. Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo,

R. ESCÚCHANOS, JESÚS.

V. Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo,

R. TEN PIEDAD DE NOSOTROS, JESÚS.

V. Cristo, óyenos.

R. CRISTO, ESCÚCHANOS.

OREMOS:

Señor Jesús que dijiste: Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; toquen y se les abrirá. Te suplicamos que nos concedas los afectos de tu divino amor, a fin de que podamos amarte con todo el corazón, palabras y obras, y nunca dejemos de alabarte.

Permite, Señor, que tengamos temor y amor por igual a tu santísimo Nombre, pues no dejas de gobernar a quienes consolidas en la firmeza de tu amor. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

Virgen de la
Inmaculada
Concepción
(Santiago de
Chile)



ORACIÓN ABRASADA

Señor, acordaos de vuestra Congregación *que habéis poseído desde el principio, pensando en ella desde la eternidad* (Sal 73,2); que teníais en vuestra mano todopoderosa cuando con una palabra sacasteis el universo de la nada; que ocultabais aún en vuestro corazón cuando vuestro Hijo, al morir en la Cruz, la consagró con su sangre, y la confió, cual precioso depósito, a los cuidados de su Santísima Madre.

Cumplid, Señor, los designios de vuestra misericordia, suscitad a los hombres de vuestra diestra, tales como los habéis mostrado, dando ilustraciones proféticas a algunos de vuestros más grandes servidores: a San Francisco de Paula, a San Vicente Ferrer, a Santa Catalina de Siena, y a tantas otras grandes almas del siglo pasado y aun del presente.

INVOCACIÓN A DIOS PADRE

Dios Todopoderoso, acordaos de esta Compañía empleando la omnipotencia de vuestro brazo nunca menguado, para darle vida y llevarla a su perfección. *Renovad los milagros, haced nuevos prodigios* (Eccl 36,6.), dejadnos experimentar el socorro de vuestro brazo (Sab 5,17). Oh gran Dios, que de piedras toscas (Mt 3,9) podéis hacer otros tantos hijos de Abraham, decid una sola palabra en Dios, para enviar buenos “operarios a vuestra mies” (Lc 10,2), y buenos misioneros a vuestra Iglesia.

- Dios de Bondad, acordaos de vuestras antiguas misericordias y por esa misma misericordia acordaos de esta Congregación; acordaos de las reiteradas promesas que nos habéis hecho por medio de vuestros profetas y de vuestro mismo Hijo, de escuchar nuestras justas peticiones. Acordaos de las plegarias que a este fin os han hecho vuestros siervos y siervas desde hace tantos siglos; que sus súplicas, sus gemidos, sus lágrimas y su sangre derramada acudan a vuestra presencia, para implorar poderosamente vuestra misericordia.

Pero acordaos sobre todo de vuestro querido Hijo: *contempla el rostro de tu Ungido* (Sal 83,10) Acordaos de su agonía, su confusión y su queja amorosa en el Huerto de los Olivos cuando dijo: *¿De qué sirve mi sangre?* (Sal 29,10) Su muerte cruel y su sangre vertida os claman misericordia, para que, mediante esta Congregación, su imperio sea establecido sobre las ruinas del de sus enemigos.

• Acordaos, Señor, de esta comunidad en los efectos de Vuestra Justicia. *Es hora de que actuéis, Señor; han quebrantado vuestra ley* (Sal 118,126); abandonado vuestro evangelio; torrentes de iniquidad inundan toda la tierra y arrastran a vuestros mismos siervos. *Desolada está la tierra* (Jer 12,11), la impiedad se asienta en los tronos, vuestro santuario es profanado, *la abominación está en el mismo lugar santo* (Dan 9,27; Mt 24,15; Mc 13,14). ¿Lo dejaréis todo así abandonado, justo Señor, Dios de las venganzas? ¿Todo llegará a ser como Sodoma y Gomorra? ¿Os callaréis, siempre? ¿Seguiréis soportándolo todo? ¿No es preciso que vuestra voluntad se haga en la tierra como en el cielo, y que venga a nosotros vuestro reino? ¿No habéis mostrado de antemano a algunos de vuestros amigos una futura renovación de vuestra Iglesia? ¿No han de convertirse los judíos a la verdad? ¿No es lo que espera la Iglesia? ¿No os claman todos los santos del cielo: *¡Justicia, Venganza!* (Ap 6,10)? ¿No os dicen todos los justos de la tierra: *Venid, Señor Jesús* (Ap 22,20)? Todas las criaturas, hasta las más insensibles, gimen bajo el peso de los innumerables pecados de Babilonia y piden vuestra venida para restaurarlo todo. *La creación entera gime...* (Rom 8,22).

INVOCACIÓN A DIOS HIJO

Señor Jesús, acordaos de dar a vuestra Madre una nueva Compañía para renovar por ella todas las cosas y para concluir por María los años de la gracia como los habéis comenzado por Ella. Dad hijos y siervos a vuestra Madre; *de lo contrario, dejadme morir* (Gén 30,1).

Para vuestra Madre os pido. Acordaos de sus entrañas y de sus pechos, y no me rechacéis; acordaos de quién sois hijo y escuchadme: acordaos de lo que Ella es para Vos y de lo que Vos sois para Ella y satisfied mis deseos.

¿Qué os pido? Nada para mí, todo para vuestra gloria.

¿Qué os pido? Lo que podéis, y hasta me atrevo a decir, lo que debéis concederme, como verdadero Dios que sois, *a quien todo poder ha sido dado en el cielo y en la tierra* (Mt 28,18), y como el mejor de todos los hijos, que amáis infinitamente a vuestra Madre.

¿Qué os pido? **Hijos:** Sacerdotes libres con vuestra libertad, desprendidos de todo, sin padre, sin madre, sin hermanos, sin parientes según la carne, sin amigos según el mundo, sin bienes, sin estorbos, sin cuidados, y hasta sin voluntad propia (Mc 10,29; Lc 14,26).

Hijos: Esclavos de vuestro amor y de vuestra voluntad, hombres según vuestro corazón que, sin voluntad propia que los manche y los detenga, cumplan siempre la vuestra y derriben a todos vuestros enemigos, como David, con el cayado de la Cruz y la honda del Rosario en las manos (1 Re 17,40).

Hijos: Nubes levantadas por encima de la tierra, y llenas de celestial rocío que sin impedimento vuelen por todas partes al soplo del Espíritu Santo. Ellos son del número de los que vuestros profetas tenían ante la vista cuando preguntaban: *¿Quiénes son estos que vuelan como las nubes?* (Is 60,8) *Iban a doquiera los impulsaba el Espíritu* (Ez 1,12).

Hombres siempre prontos a servirlos, siempre dispuestos a obedecerlos a la voz de sus superiores, como Samuel: *Aquí estoy* (1 Re 3,16) siempre listos a correr y a sufrirlo todo con Vos y para Vos, como los Apóstoles: *Vamos también nosotros para morir con Él* (Jn 11,16).

Hijos: Verdaderos hijos de María, vuestra Santísima Madre, engendrados y concebidos por su caridad, llevados en su seno, pegados a sus pechos, alimentados con su leche, educados por sus cuidados, sostenidos por su brazo, y enriquecidos por sus gracias.

Hijos: Verdaderos siervos de la Santísima Virgen quienes, como Santo Domingo, con la antorcha brillante y ardiente del santo Evangelio en la boca y el santo Rosario en la mano, vayan por todas partes, ladrando como perros, ardiendo como hogueras, e iluminando las tinieblas del mundo como soles, y que por medio de una verdadera devoción a María, esto es, interior sin hipocresía, tierna sin indiferencia, constante sin ligereza, y santa sin presunción, aplasten doquiera que vayan la cabeza de la antigua serpiente, para que se cumpla plenamente la maldición que habéis pronunciado contra ella: *Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu raza y la suya; ella aplastará tu cabeza* (Gén 3,15).

Es verdad, Señor, que el demonio, como habéis predicho, pondrá grandes asechanzas al calcañar de esta mujer misteriosa, es decir, a esta compañía de hijos suyos que vendrán hacia el fin del mundo, y que habrá grandes enemistades entre la bienaventurada posteridad de María y la raza maldita de Satanás. Pero es una enemistad netamente divina y la única de que sois autor: *pondré enemistades*. Pero esos combates y esas persecuciones que los hijos de Belial (2 Cor 6,15) suscitarán contra el linaje de vuestra Santa Madre sólo servirán para que

brille mejor el poder de vuestra gracia, la intrepidez de su virtud y la autoridad de vuestra Madre; pues desde el principio del mundo le habéis confiado la misión de aplastar a aquel orgulloso por la humildad de su corazón y de su talón.

De lo contrario, dejadme morir. ¿Acaso no es preferible morir, Dios mío, que veros tan cruel e impunemente ofendido todos los días, y hallarme cada vez más en peligro de ser arrastrado por los torrentes de iniquidad que van creciendo? Prefiero mil veces la muerte. O enviadme socorro desde el cielo, o quitadme la vida. Si no tuviera la esperanza de que, mirando por vuestra gloria, escucharéis tarde o temprano a este pobre pecador, como habéis escuchado a tantos otros –*este pobre clamó y el Señor le escuchó* (Sal 33,7)– os pediría lo mismo que un profeta: *llevad mi alma* (1 Re 19,4).

Pero la confianza que tengo en vuestra misericordia me mueve a decir con otro profeta: *no moriré, sino que viviré y contará las obras del Señor* (Sal 117,17); hasta que pueda decir con Simeón: *Ahora despedid, Señor, a vuestro siervo en paz... porque mis ojos han visto vuestra salvación* (Lc 2,29-30).

INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

Espíritu Santo, acordaos de producir y de formar hijos de Dios con María vuestra divina y fiel esposa. Habéis formado a Jesús cabeza de los predestinados, con Ella y en Ella; con Ella y en Ella debéis formar también todos sus miembros. No engendráis ninguna persona divina en el seno de la Divinidad pero Vos solo formáis todas las personas divinas fuera de la Divinidad, y todos los santos que han sido y serán hasta el fin del mundo son tantas obras de vuestro amor unido a María.

El reinado especial de Dios Padre ha durado hasta el diluvio, y concluyó con el diluvio de agua; el reinado de Jesucristo terminó con un diluvio de sangre; pero vuestro reinado, Espíritu del Padre y del Hijo, continúa, y terminará con un diluvio de fuego de amor y de justicia (1 Jn 5, 8).

¿Cuándo vendrá ese diluvio de fuego de amor puro, que debéis encender en toda la tierra, de una manera a la par tan dulce y vehemente que abrasará y convertirá todas las naciones: los turcos, los idólatras y aun los mismos judíos? *No hay quien se esconda de su calor* (Sal 18,7).

Enciéndase ese fuego divino que Jesucristo vino a traer a la tierra,

antes de que encendáis el de vuestra cólera, que ha de reducir el universo a cenizas. *Enviad a vuestro Espíritu y serán creados, y renovaréis la faz del mundo* (Sal 103,30). Enviad a la tierra ese Espíritu que es todo fuego purísimo, para formar sacerdotes llenos de fuego por cuyo ministerio sea renovada la faz de la tierra, y reformada vuestra Iglesia.

Es una reunión, una asamblea, una selección, una segregación de predestinados que debéis hacer en el mundo y de entre el mundo. *Yo los elegí de en medio del mundo* (Jn 15,19).

Es un rebaño de corderos apacibles que debéis juntar entre tantos lobos (Lc 10,3); una bandada de castas palomas y águilas reales entre tantos cuervos; un enjambre de abejas entre tantos zánganos; una manada de ágiles ciervos entre tantas tortugas; un batallón de valientes leones entre tantas liebres tímidas. *¡Ah Señor! congrega nos de nationibus* (Sal 105,47), juntadnos, reunidnos a fin de que alaben y bendigan por ello a vuestro Nombre santo y poderoso.

LA COMPAÑÍA DE MARÍA

Habéis predicho esta ilustre Compañía por vuestro profeta, que habla de ella en términos muy oscuros y misteriosos, pero enteramente divinos: *“Hiciste caer una lluvia generosa, para reanimar a los tuyos redimidos. Y tus familiares hallaron reposo, en el lugar que tu bondad les preparó. El Señor da a los mensajeros la noticia: Dios dispersó un inmenso ejército. Huyen reyes, huyen con sus tropas; una mujer en su carpa reparte el botín: alas de paloma cubiertas de plata y de oro en su plumaje. Mientras el Todopoderoso vencía a los reyes, caían nieves sobre el Salmón (Jue 9,48). Montes de Dios, montes de Basán, altos y encumbrados, montes escarpados, montes de Basán. ¿Por qué miran celosos al monte que Dios quiso habitar, en que el Señor habita para siempre?”* (Sal 67,10-17).

¿Y qué otra cosa es, Señor, esa lluvia generosa que habéis preparado para vuestra empobrecida heredad, sino esta falange de santos misioneros Hijos de María, vuestra Esposa, que debéis reunir y separar del común de las gentes, para bien de vuestra Iglesia, tan debilitada y manchada por los crímenes de sus hijos?

¿Cuáles son esos animales y esos pobres que vivirán en vuestra heredad alimentándose de la divina dulzura que les habéis preparado? Son esos pobres misioneros abandonados a la Providencia, que rebo-

sarán de vuestras divinas delicias; son esos animales misteriosos de Ezequiel (Ez 1,5-14) que tendrán la humanidad del hombre por su caridad desinteresada y benéfica hacia el prójimo, la bravura del león por su santa cólera y su celo ardiente y discreto contra los demonios y los hijos de Babilonia; la fuerza del buey por sus trabajos apostólicos y su mortificación de la carne, y en fin, la agilidad del águila por su contemplación en Dios. Tales serán los misioneros que queréis enviar a vuestra Iglesia. Tendrán una mirada de hombre para el prójimo, una mirada de león contra vuestros enemigos, una mirada de buey contra sí mismos y una mirada de águila para Vos. Esos imitadores de los apóstoles predicarán con tal virtud y fortaleza que removerán todos los espíritus y los corazones en los lugares donde prediquen. Les daréis vuestra palabra: y aun vuestra boca y vuestra sabiduría: *a la que no podrá resistir ninguno de sus adversarios* (Lc 21,15).

Ellos son los predilectos en quienes Vos en calidad de Rey de las virtudes, de Jesucristo el muy amado, tendréis vuestras complacencias, ya que no perseguirán otro fin en sus misiones que el de tributaros la gloria de los despojos arrebatados a vuestros enemigos.

Por su abandono a la Providencia y su devoción a María tendrán plateadas alas de paloma, es decir, la pureza de doctrina y de costumbres; y dorado el dorso, esto es, una perfecta caridad para con el prójimo para soportar sus defectos, y un gran amor a Jesucristo para llevar su cruz.

Vos sol como Rey de los cielos y Rey de Reyes, separaréis del común de las gentes a esos misioneros para hacerlos más blancos que la nieve del monte Selmón, que es monte de Dios, monte abundante y fértil, monte fuerte y macizo, monte en que el Señor se complace de modo maravilloso, y en donde habita y morará hasta el fin.

¿Quién es, Señor, Dios de verdad, esta montaña misteriosa, de la que nos decís tantas maravillas, sino María vuestra amada Esposa, cuyos cimientos habéis puesto sobre las cumbres de las más altas montañas? (Sal 86 1; Is 2,2; Miq 4,1)

Dichosos mil veces los sacerdotes que os habéis dignado escoger y predestinar para que moren con Vos en esa abundante y divina montaña para llegar a ser reyes de la eternidad por su desprecio de la tierra y su elevación en Dios; para hacerse más blancos que la nieve por su unión a María, vuestra Esposa toda hermosa, toda pura e inmaculada; y para enriquecerse con el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra (Gén

27,28), con todas las bendiciones temporales y eternas de que María está llena.

Desde lo alto de este monte, como Moisés, lanzarán dardos contra sus enemigos, por medio de sus ardientes oraciones para postrarlos o convertirlos (Ex 17,8-13). Sobre este monte aprenderán, de la boca misma de Jesucristo que siempre mora allí, la inteligencia de sus ocho bienaventuranzas (Mt 5,3-11).

Sobre este monte de Dios serán transfigurados con El como en el Tabor, morirán con El como en el Calvario, y subirán al cielo con El como en el monte de los Olivos.

A Vos sólo corresponde reunir, por medio de vuestra gracia, esta Congregación. Si el hombre inicia la obra, nada se hará; si toma parte en ella, la dañará, y la echará a perder. Es vuestra obra, gran Dios. Realizad vuestra obra puramente divina; juntad, llamad, traed a vuestros elegidos de todos los lugares de vuestro imperio, para formar un cuerpo de ejército contra vuestros enemigos.

LLAMAMIENTO FINAL:

Ved, Señor, Dios de los ejércitos, como los capitanes forman escuadrones completos, los potentados levantan grandes ejércitos, los navegantes equipan flotas enteras, los mercaderes acuden en gran número a ferias y mercados.

¡Cuántos ladrones, impíos, borrachos y libertinos se juntan contra Vos todos los días tan presto y tan fácilmente! Un simple silbido, un toque de tambor, una daga embotada que muestran, un ramo seco de laurel que prometen, un pedazo de tierra roja o blanca que ofrecen, en tres palabras: el deseo de un honor fugaz, de un miserable interés, de un mezquino placer sensual, reúne en un instante a los mercaderes y cubre tierra y mar con una turba-multa de réprobos, que, siendo divididos entre sí o por la distancia de lugares, o por los intereses opuestos, se unen sin embargo hasta la muerte para haceros la guerra bajo el estandarte y el mando del demonio.

¡Y Vos, Señor! Habiendo tanta gloria, dulzura y provecho en servirlos ¿casi nadie tomará partido por Vos? ¿Serán tan escasos los soldados que se alisten bajo vuestra bandera? ¿No habrá alguno que otro que, celando por vuestra gloria, grite en medio de sus hermanos, como San Miguel: *Quis ut Deus?* ¿Quién es como Dios?

¡Ah! permitidme decir a voces por doquiera: ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Fuego en la casa de Dios! ¡Fuego en las almas! ¡Fuego hasta en el mismo santuario! ¡Socorro para vuestro hermano, que lo asesinan! ¡Socorro para nuestros hijos que van degollando! ¡Socorro para nuestro querido padre que están apuñalando!

El que sea del Señor que se junte conmigo (Ex 32,26) Que todos los buenos sacerdotes que están esparcidos por el mundo cristiano, ora se hallen actualmente en el combate, ora estén ya retirados de la lucha en los desiertos y soledades, vengan a unirse con nosotros: la unión hace la fuerza a fin de que formemos, bajo el estandarte de la Cruz un ejército dispuesto en orden de batalla y bien disciplinado, para atacar en masa a los enemigos de Dios que ya han dado el toque de alarma (Sal 45,4): *rechinaron los dientes* (Sal 34,16), *bramaron* (Sal 2,1), *se multiplicaron* (Sal 24,19). *Rompamos sus coyundas, arrojemos de nosotros sus ataduras. El que mora en los Cielos se ríe de ellos* (Sal 2,3-4). *¡Levántase Dios! ¡Se dispersan sus enemigos!* (Sal 67,1).

¡Señor, levantaos! ¿Por qué aparentáis dormir? Desperézate! (Sal 43,24) Levantaos con toda vuestra omnipotencia, vuestra misericordia, vuestra justicia para formaros una compañía escogida de guardias reales que custodien vuestra casa, defiendan vuestro honor, y salven a vuestras almas, para que no haya más que *un redil y un pastor* (Jn 10,16) *y que todos os tributen gloria en vuestro templo* (Sal 28,9). Amén.

¡Dios solo!

SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT
(APROX. 1713)

ÍNDICE

Breve biografía del autor	7
Capítulo I	
Necesidad de la Devoción a la Santísima Virgen	11
Artículo I. Principios	11
Artículo II. Consecuencias	18
Capítulo II	
Verdades fundamentales de la Devoción a la Santísima Virgen	28
Artículo I – Jesucristo es el fin último de la devoción a la Santísima Virgen	28
Artículo II – Pertenece a Jesucristo y a María en calidad de esclavos	33
Artículo III – Debemos vaciarnos de todo lo malo que hay en nosotros	37
Artículo IV – Tenemos necesidad de un mediador para con el mismo Mediador que es Jesucristo	39
Artículo V – Nos es muy difícil conservar las gracias y los tesoros recibidos de Dios	41
Capítulo III	
Elección de la verdadera devoción a la Santísima Virgen	43
Artículo I – Características de la falsa y de la verdadera devoción a la Santísima Virgen	43
Artículo II – Las prácticas de la verdadera devoción a la Santísima Virgen	53
Capítulo IV	
Naturaleza de la perfecta devoción a la Santísima Virgen ó la perfecta consagración a Jesucristo	57
Artículo I – Una perfecta y entera consagración de sí mismo a la Santísima Virgen	57
Artículo II – Una perfecta renovación de los votos del santo bautismo	59

Capítulo V

Los motivos que nos deben hacer recomendable esta devoción	63
Artículo I – Esta devoción nos coloca enteramente al servicio de Dios	63
Artículo II – Esta devoción nos hace imitar el ejemplo dado por Cristo Nuestro Señor y por el mismo Dios, y practicar la humildad	64
Artículo III – Esta devoción nos atrae los buenos oficios de la Santísima Virgen	67
Artículo IV – Esta devoción es un excelente medio de procurar la mayor gloria de Dios	70
Artículo V – Esta devoción conduce a la unión con Nuestro Señor	70
Artículo VI – Esta devoción otorga gran libertad interior	78
Artículo VII – Esta devoción consigue grandes bienes al prójimo	79
Artículo VIII – Esta devoción es un medio admirable de perseverancia	80

Capítulo VI

Figura Bíblica de esta Perfecta Devoción: Rebeca y Jacob	85
Artículo I – Rebeca y Jacob	85
Artículo II – La Santísima Virgen y sus esclavos de amor	93

Capítulo VII

Efectos maravillosos que esta devoción produce en un alma que le es fiel	100
Artículo I – Conocimiento y menosprecio de sí mismo	100
Artículo II – Participación en la Fe de María	100
Artículo III – Gracia del Puro Amor	101
Artículo IV – Gran Confianza en Dios y en María	102
Artículo V – Comunicación del Alma y del Espíritu de María	103
Artículo VI – Transformación de las almas en María, a imagen de Jesucristo	105

Artículo VII – La mayor Gloria de Cristo	106
Capítulo VIII	
Prácticas particulares de esta Devoción	108
Artículo I – Prácticas exteriores	108
Artículo II – Prácticas particulares e interiores para quienes quieren llegar a ser perfectos	120
Capítulo IX	
Modo de practicar esta devoción al recibir la Sagrada Eucaristía	125
1. Antes de la Comunión	125
2. En la Comunión	125
3. Después de la Sagrada Comunión	126
FÓRMULA DE LA CONSAGRACIÓN	128
Preparación para la Consagración a la Santísima Virgen	130
Primer Período	132
Doce días empleados en vaciarse del espíritu del mundo.	132
Veni, Creator Spiritus	133
Ave Maris Stella	134
Segundo Período	135
Tres semanas consagradas a llenarse de Jesucristo por la Santísima Virgen	135
Letanía del Espíritu Santo	137
Letanía de la Virgen María	139
Oración de María para sus fieles esclavos	141
Oración de San Agustín	145
Letanías del Santísimo Nombre de Jesús	146
Oración Abrasada	149

